G. humberto Mata

Juan Cuenca

JUAN CUENCA

G. H. Mata

JUAN CUENCA

BIOGRAFIA DEL PUEBLO SOMBRERERO

CUENCA — ECUADOR

1 9 7 8

COPYRIGHT

G. h. MATA

Editorial — Biblioteca "CENIT"
APARTADO 277 CUENCA — ECUADOR

INICIAL

Este libro "JUAN CUENCA", que fuera escrito devotamente desde el 27 de Marzo hasta el 25 de Julio de 1939, siempre en YANUNCAY, lugar de Cuenca en donde pasaba vacaciones, lo he tenido cordialmente cuidado, no traspapelado: porque fue concebido y ejecutado con todo El Cariño de MI SER CUENCANO: que miraba cómo por la vía de Yanuncay iban los chazos morlacos, desplazados del negocio del sombrero de paja toquilla, en busca del sustento para sus hijos y familia hacia las Minas de Portovelo. Erigí como principal personaje a un genuino hijo del PUEBLO MORLACO cuya vida, sacrificios y vicisitudes los narro esplanándolos con patente dilección emocionada y verídica: en todos los hitos vitales de Juan Cuenca. Quizá aquí mismo deba advertir que estas páginas no han sido retocadas ni mejoradas, corregidas, expurgadas, etc., etc., para falsificar su límpida nacencia; las doy como fueron creadas, si es que hubiesen errores y flaquezas literarias no me importa: porque así las he creado. No soy de los que "refacen" a sus hijos: persiguiendo fines de lucro.

1939... 1978... TREINTA Y NUEVE AÑOS que mi obra ha permanecido esperando su edición redentora; seguía así la tradición de todos mis libros que siempre tienen que estar inéditos hasta que encuentren una persona o institución comprensiva que los dé a luz; a algunos yo los he dado preferencia publicándolos mediante mis sacrificios económicos y, asimismo, con auspicio de dignos centros culturales que, aquilatadores de mi altiva tribulación de Escritor Independiente, han ayudado espontáneamente: pues yo no rebajo Mi Dignidad a mercadeos de famoserias industriadas ni a mendigueos siniestradores de La Lealtad de Mi Nombre Insobornable.

En Febrero de este año, el Doctor COLON TINOCO PINEDA, genuino Promotor y Subdirector de la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, NUCLEO DE EL ORO, apro-

ciando en mi querida MACHALA algunos capítulos de mi "JUAN CUENCA" hizo que el Núcleo de El Oro y El CENTRO ESCOLAR MUNICIPAL "GUILLERMO MALDONADO V.", así como el CIRCULO DEPORTIVO TREBOL, de Zaruma, protegiesen la lectura de algunas páginas de mi citada obra. Este acto se realizó en Zaruma en el local del "C. D. TREBOL" la noche del viernes 24 de Febrero de 1978. El éxito fue inaudito ya que, amparado por las palabras del Sr. ENRIQUE RODRIGUEZ ZAMBRANO, "JUAN CUENCA" vibró en todos los corazones, pues su "Visión telúrica del hombre y las minas de Portovelo" conmovió hasta el más cordial delirio: lo digo honradamente porque hay testigos de ello.

Y ahora el mismo Doctor COLON TINOCO PINEDA, genuino Promotor y Suscitador de Cultura en todo el Ecuador, no sólo en EL ORO, ha auspiciado la edición de este libro: que tengo el Honor de dedicárselo a él, a Su Mujer la Señora Gloria Emma María Márquez Asanza y a su hijita de ellos la preciosa e inteligente hija Tannya Tinoco Márquez. Asimismo me place dedicar estas páginas, honrándome, a los hermanos EDUARDO y VICENTE MARQUEZ ASANZA quienes, incrustados en su Zaruma natal, engrandecen la caballerosidad de esa Ciudad CAPITAL DEL CIELO. Ruego a todos mis amigos de Zaruma que también tengan como dedicado a ellos mi "JUAN CUENCA"; sería largo consignar nombres de todos: porque tanto los principales, así como los del pueblo, siempre me acogieron fraternalmente. Y Mi Esperanza es que las maravillosas mujeres de Zaruma consagren estas páginas leyéndolas.

Debo enfatizar, especialmente, que quiero y conmino al Doctor MAXIMILIANO ESPINOSA que tenga este libro como suyo: a que cuando lo lea se decida, de una vez, a hacerme caso escribiendo su memorial cuencano, cuyo título lo sugerí así: "MEMORIAS DE UN *MICO ZARUCHO* EDUCADO EN CUENCA". Hazlo, querido Max.

Una vez más Mi Gratitud para la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, NUCLEO DE EL ORO y su Gestor el Dr. COLON TINOCO PINEDA.

Cuenca, a 1º de Octubre - 1978

JUAN CUENCA

I

Quiero decir lo que sabe
cualquier hijo de vecina,
porque con sangre escribiera
su historia en papel de lloro.

Todo chaso de mi tierra
tiene historia dolorosa,
que basta que biografiemos
a cualquiera, "del montón",
para que hayamos narrado
todas las vidas en una...

Rechazando medias tintas,
soy hombre íntegro y leal:
definitivo y total
y definido también,
no importa que esa honradez
me consiga enemistad.
Sentada esta posición,
con un latido fraterno,
con oído sobre el Pueblo,
debo decir lo que he visto
-en visión estremecida-
diariamente junto a Cuenca.

NOSOTROS: que es cual decir
Nuestra Conciencia y Hombría;
NOSOTROS: que Hoy Mismo ha-
(bemos
de sudar mano y cerebro
cumpliendo aquella Consigna
de "comereis vos el pan
con el sudor de la frente";
nosotros, digo NOSOTROS
que de arriba hemos venido
a vivir a ras del suelo:
por Nuestro Honor y Deber,
sabemos de la desgracia,
de la miseria y congojas:
porque nos cercan resuellos,
porque giran torno nuestro,
y por más que los ladiemos
pretenden apercollarnos.
NOSOTROS somos humanos
y sabemos, convencidos,
que en el barro de la tierra
barro de chaso y de chola-
es donde cuajan los soles
más vitales brillanteces.
Arriba cabeza opaca,
ceguera de humo y vacío,
corazón apuntalado
por el oro poderoso.
Abajo... en la urbe del cholo...
De verdad que las estrellas
se sumerjen en los ríos
no en jofaias de **boudoir;**
también los árboles crecen
de la tierra, a perfumar
Viento y Constelación.
Y que es Un Mérito claro
elegirse Sangre y Alma,
seleccionar Los Caminos,
prefiriendo en Altivez:
de Honra y Honor Desafiantes,
las luces Yendo al Futuro...
FUTURO-UNANIME HERMANO.

Corazón ancho de Pueblo
me late aquí, por la sangre,
y en cada poro me irradian
su historia todos los cholos.

Y pues... les voy a contar
la vida de Don Juan Cuenca,
cuya historia representa
la verdad más verdadera,
de un hombre que es sólo Juan,
sin el "don" que le antepuse.

— 2 —

Juan Cuenca... chaso morlaco,
como todos sus paisanos:
Nacimiento, Vida y Muerte
pura pena desabrida.

Juan Cuenca vino a la vida,
de padres desarrapados.
Su padre fue sombrerero,
que malganaba a destajo.
En la casa de unos gringos
componía los toquillas,
a toda hora, mal comido,
golpeando su mazo obrero
como quien cava su tumba.
Blanqueando su pobre traje,
blanqueada su cara y manos,
era la sola blancura
de sus días de trabajo
el azufre del sombrero.
Blancura ya amarillenta...
Fría blancura asesina.
Velaba y se desgastaba,
noche a noche, medio ciego,
abriendo bien sus pupilas
a ver lo que trabajaba,
junto a la vela de sebo,
en la tienda diminuta,
horneada por los alientos
de la mujer y las hijas,
durmiendo, sobresaltadas,
con la miseria empacada
dentro la médula esclava.

Marcaba el mazo del padre
reloj fúnebre, en tic-tac,
acompasado de ahogo...

Juan Cuenca tuvo por madre
una chola tejedora:
chola que perdió colores
junto al fogón cabeceante,
junto a los haces de paja,
y al hacer cara, llorosa,
a los diarios sufrimientos.
Teje que teje, la chola
se consumía la vida:
por el hambre, alumbramientos,
por la tos que no dejaba;
viendo nacer hijas guapas
de la tierra de su vientre,
creía que terminaba
tarea que diera Dios...

Noche de lluvia insistente.
Noche de perros mojados.
Noche de nada en las ollas.
Noche de llanto estallando
su calor entre los labios,
Juan Cuenca vino a la vida.

Su nacimiento no trajo
ni bullanga ni sonrisas.
Las ojeras de su madre
se mostraron más moradas;
y ayes hondos, de su padre,
le recibieron huraños:
-"Ele... ya has visto, Mercedes,
ya tenemos otro guagua"...
-"Dios es grande pes, Luisito...
Así como El da la llaga,
también da la medicina...
Todo hijo que nace, dicen,
que viene con motecito".

De niño, el dicho Juan Cuenca,
no sufrió pena ni angustia.
Chupando vida a su madre,
se criaba, por criarse:
si no gordo, no era flaco;
si no alegre, no berreaba.
Sus dedos se entretuvieron
con la paja por juguetes:
y, muchos ratos, el barro
hizo las veces del pecho
desinflado de su mama.
Abandonado al umbral

de la puerta de la tienda,
los perros se lo oliscaban
para lamerle, después,
las mejillas con la leche
derramada en la succión.
El padre le machacaba,
sin reparar, en las manos;
y de su boca amargada
frases fuertes le soltaba...
Porque los chicos obreros
ignoran suaves palabras,
ya que sus padres, nerviosos,
no atinan delicadezas.
Ruda es la vida del pobre,
que a brazo partido lucha;
más parece ser un náufrago:
si no bracea y se mueve,
parece pronto absorbido
por las olas en su contra...

— 3 —

Ya maltoncito, Juan Cuenca
andaba siempre carcoso;
asomando por los huecos
del calzón y de su saco,
pedazos de carne prieta,
manchada no más de sucia
calcomanía de tierra...

Ya maltoncito Juan Cuenca,
llegaron Pases de Niño,
época azul de sonrisa
rescoldada en los anhelos
de las barriadas ufanas.
Y lo que nunca tuviera
besos ricos de su mama,
ahora lo acariciaba
mano febril y ancha risa.
Las hermanas trabajaron
un trajecillo de jíbaro:
reluciente de mil mullos,
de alas oro de cantáridas,
de dientecillos de tigre,
de plumas de diostedé,
una corona y la lanza,
un itipi colorado,
ajorcas y brazaletes.
Le ensayaban y probaban
el trajecillo al pequeño,
diciéndole parlanchinas:
-"Ay, bonito, guagua orito!
todo, todo para vos...
de comerte has de salir
en nuestro Pase de Niño!..."

Encendían a aquel tiempo
de Las Entregas las cholas
con sus risas burbujeando
sus gargantas descansadas
del sollozo y de los ácidos
de la estrechez cotidiana.
Es que en el tiempo de Pases,
el cielo se abre lucero
en las pupilas del Pueblo,
y hasta el dolor les concede
su tregua frutal de gracia;
entonces, las madres cholas
gozan, de veras, al hijo,
sintiéndose vanidosas
de haberle dado la vida.
Por este tiempo de Entregas,
los chasos reúnen plata
para la fiesta en común,
la noche de Velación.
Los niños son el pretexto
para el derroche de gusto,
ya que todos le festejan
al Niño Dios que ha nacido...

Juan Cuenca salió día jueves
en un Pase de San Blas.

Amarcado de su madre,
con la lanza en una mano,
y en la otra paugí difunto;
pintado todo su cuerpo
con veteaduras de achiote,
le bailaba en la cabeza
su coronilla de plumas;
era el imán de la mama,
y el centro de la reunión
de las miradas y afanes
de sus hermanas mayores,
que estaban no mas pendientes
de la actitud del guambrito.

Cuajada y densa la calle;

estridentes de colores,
las polleras de las cholas
hamaqueaban viento tibio
encima del acolchado
de las flores que, en regueros,
Plumajes de pavos reales
los paños finos ceñían
bustos erguidos de cholas,
ensuavizaban las piedras.
de las cuales borbotaba
ensuavizaban las piedras.
la flecadura de espuma,
marejada hacia los pies.
Cocktail de flores trizadas
reventaban el chagrillo
-ráfaga de iris soleado.
Manecitas infantiles
aleteaban de matices,
delante del Niño Dios.
20 monos y 10 osos;
6 luzbeles, 100 arcángeles;
30 gitanos montados,
30 gitanas a pie,
y puruháes, otavalos,
cañarejos, shyris, inkas,
pullmas, paltas, huancavilcas...
presentaban, sobre bestias,
los frutos de su región,
toda la fauna y la flora,
lo opimo de sus parcelas,
en colgajos policromos
a los lados de los burros
sombreando bajo las hojas
el pelo y las señoritas
de la pica del maíz.

Y era que aquí nuestro Pueblo
revivía el Inti Raymi
desbordante de los Inkas;
acaso en conciencia, o no,
pero eso sí que acatando
los ancestros de su Raza
que se conservan ilesos,
pese al cruce de sus sangres,
en la esencia primordial
de la masa de sus venas.

Pasaba el Pase de Niño,
en tropel de cornucopia
terrenal y materniega,
exhibiendo alumbramientos
de próvida Madre Tierra.
Más... las preciadas cosechas,
no eran ofrenda a los Inkas;
van a engordar los armarios,
los corrales y la mesa
del buen Párroco cuencano...

Oleada en colores tensos
subía la muchedumbre,
bamboleando las arterias
de la calle que cruzaba.
La capa pluvial del cura
reflejaba luminarias
en sus nubes plata y gualda
Los corazones salieron
a las cholas de los barrios,
para llevarlos en brazos
en los cuerpos de sus hijos.
Seguro que el Sol mareose
por la tromba de colores.

Juan Cuenca, luego del Pase,
lo que nunca... se atracó
de pastas finas y dulces,
de refrescos que aliviaron
la sed densa del ambiente:
melcocha y papel picado...
y a la noche no hubo lloros,
del niño, cuando sus taitas
se fueron a Velación;
quedose soñando en ángeles,
en jesuses rubicundos...
Porque los niños de cholos
no disponen de un Jesús
de su color y su sangre,
teniendo que rendir culto
a Niño Dios cariblanco...

— 4 —

Pasado el tiempo de luces,
-rota pompa de jabón-
los días grises tornaron
con su flacura de siempre.

De nuevo los gimoteos
de la madre, teje y teje,

anublándole la vista;
las hermanas, dale y dale,
deformándose los pechos
por la tabla del sombrero,
que apretaban y apretaban
contra el tórax entumido.
El Juan les daba canteando
las pajas para el tejido;
con mano diestra, a los bordes
los dejaba lisos, suaves,
graduando, al cantear la palma,
el grosor de los toquillas.

Sombreros, en mil de formas,
apilando sus pelambres
desgreñadas, color crema,
en espera de las manos
del padre del guambra Cuenca
a que les quite las pajas,
rape pantilla y los sahume,
despeluce, los azufre,
los planche y los deje ya aptos
para irse a la Extranjería,
donde la sangre del pueblo,
de estos obreros de Cuenca,
que los teje y los enluce,
nada diría a los gringos
que bautizan al toquilla
como "Made in Panamá"...

En ese ambiente, mezquino,
el chico no tuvo escuela.
¿Cómo pues darse ese lujo,
si necesitaban manos
a que allegasen dinero
que saque a flote el hogar?
Juan Cuenca no cogió nunca
ni la pluma, peor los libros;
que si la paja y la horma,
el azufre que molía
embarrándose las manos
en la lechada que entraba
a quemar toda su carne.
Y en la época en que los niños
usan sus manos en trompos,
en cien diabluras risueñas,
Juan Cuenca supo del puño
de su padre que adiestraba
un esclavo para el rico,
-sangre paria a los sudores,
y estómago siempre magro-
enseñándole el oficio
que los consume y los mata...
Ya no tejía sombreros,
porque el taita se empeñaba
hacerle compositor.

Con sus 8 años, el Juan
ya trabajaba de firme.
3 pesos la semana
sí aliviaban pues en algo
la esquivez de la miseria.

Gozo rico de sonrisas
tuvo Juan cuando le diera
a su madre las monedas
primerizas de su oficio.
3 pesos! soleados, plenos,
de redondez en sus dedos...
Creyó no más que su madre
iba a comprar una casa,
a reponer la postura
de cada una de sus ñañas;
o, también, también... pudieran
comer galinas un mes...
Juan Cuenca llenaba de humo
azules globos ingenuos,
creyendo que esos dineros,
ganados con su trabajo,
tenían virtudes mágicas
otorgadoras de todo.
Mas... pronto se desinflaron
aquellos globos de ensueño,
al precisar que la plata
casi nada les servía;
la suerte, severa y ruin,
se encargó de pisotear
las ilusiones ligeras,
y en la frase de la madre
gimió la desesperanza:

-"Ay, mi cholito, Juanchito...
la plata se tarda mucho
para venir donde el pobre,
pero para irse... tiene alas!"

Filosofía inflexible
de la boca materniega;

filosofía que ennegra
los colores refulgentes
en las auroras del Juan...
Es que los pobres no tienen
alegrías fulgurantes,
abocados, por la fuerza,
a la abrupta realidad,
vientre inmutable de tierra...
Juan Cuenca, pues, tuvo brío
de anudarse el corazón;
con lágrimas en los ojos
cortó guías de optimismo;
y ya sus miradas vieron
sólo lo turbio del medio
donde bregaban sus años.

Entonces... ya compelido
por la fuerza del destino,
se vio obligado a mentir.

Los domingos, de descanso,
marchaban a oir la retreta
que tocaban en el Parque
soldados del batallón.
Delante de escaparates
de los hoteles de lujo,
se paraba a contemplar
sabrosas uvas de Chile,
melones de California,
pasas, nueces y confites
que tentaban tumultuosos
en golosina de niño.
Entonces... hurtó dinero
del jornal que le pagaban,
para comprarse la fruta
que le hiciera agua en su boca.
A su madre le decía
que bien poco le pagaron...
Y la mentira no puso
su rojez en sus mejillas,
porque, dentro de su mente,
se decía el chico Cuenca
que él también debe gozar
lo que producen sus manos...

— 5 —

Una tarde el cañamazo
que le daba los sombreros,
le dio un real y le encargó
que le dijera a su hermana,
a la Julia, que viniera
"un ratito hasta su casa
para darle un trabajito"".

Sorprendido, el chico Juan
también llegó con la hermana;
vió cómo ella se ponía
colorada, inquieta, loca
delante de aquel señor
sofocado y resoplando.
Al contemplar esas caras,
llamaradas y nerviosas,
tuvo miedo el niño Juan;
y tanto, que a que se calme,
el señor le dió peseta,
recomendándole tome
una kola, allá en la esquina;
pero cuidado que vaya
a decir nada a los taitas...
Temeroso por la Julia,
con el ansia de la kola,
no atinó nada a pensar;
más... algo estaba pugnando
por rebelar su secreto...
Refrescado ya su espanto,
corrió de nuevo a la casa
donde quedara la Julia.
Mas colorada la ñaña,
que, entre caricia y caricia,
-y lo que nunca, muchándole!-

-"Oye, Juanchito- le dijo-
no dirás nada a mamita
que viné donde el señor..."

-"Algo malo debe haber
para tanta recomienda..."

-"No, hijito, ñañito... no!
Es que a mamita no gusta
que vengamos donde el grande..."

-"Serán pes malos los grandes?"

-"Ele no pes, mitayito!...
los señores son... señores!
Ay! mi billete he botado!"

-"Qué billete, Julia Elena?"

-"Un billete que tuvé!"

-"Y de cinco sucres era?"

-"De eso mismo pes, bonito!
Vos encontraste, no es cierto?
Dame, pronto! Juan, da pronto!"

-"Al venir vos no tenías
ningún billete de a cinco..."

-"Es que el señor me suplió
por los sombreros que tejo..."

Como al romper los amarres
de un haz de pajas sahumadas
se desparraman las fibras,
así... hilos de pensamientos
dieron vuelta en la cabeza
del hermano de la Julia;
y, ahí no mas se quedaban:
sueltos, flojos, sin concierto,
en la inocencia excitada.

Ocaso de cremas y ocres
retocando los celajes
disponiéndose a acostar.
Una estrellita zafir
recosió con sus agujas,
de parpadeos brillantes,
las pupilas del menor.
Viento de noche se entraba
a hacerle ruido en los labios.
Los pulsos del chico Cuenca
se acompasaron al ritmo
del latido de la estrella.

— 6 —

A las seis de la mañana,
todos los días de Dios,
ya estaba el Juan azocando
sus docenas de sombreros.
Tomaba las pajas largas,
que del filo del toquilla
pendían telar de nieve,
y apretaba filamentos,
de manera que quedasen
los remates ajustados
a la orilla de la falda
de los toquillas ariscos.
Muchas veces, en las pajas,
se le cortaban ssu dedos;
paja dura y resbalosa,
como cuchilla arrollada;
pero siempre por las yemas
de sus dedos, fatigados,
imprentábanse canales,
amarillentas, y ardiendo.
Juan Cuenca soplaba en ellas,
y notaba que en su aliento
había tufo de azufre.

Una mañana, a las nueve,
entró el dueño del negocio:
tropezándose en sus pies,
las manos en los bolsillos,
y de sus labios saliendo
continuas nubes de humo
que envolvían la cadena
que, sobre el vientre, babeaba
sus retorcijos de oro;
los pantalones, ajados,
de costoso casimir;
el saco, abierto, mostrando
el pecho y panza del hombre,
cubierto con camiseta
topografiada de pulgas;
en la cabeza un sombrero
bien hormado y diminuto,
que apenas si le cubría
solamente la corona,
dejándole al descubierto
sus parietales de chaso,
pelados por mal barbero...
Pies de lodo, crudo y negro,
desnudos, dentro alpargatas,
insensibles y pasposos,
con uñas amoratadas.
Lo más típico del hombre
era una ancha faja roja,
de esas que usan nuestros indios,
sosteniendo el pantalón...
Corpulento, cobrinegro,
demostraba la potencia

de su ancestro, irrecusable,
manifestando, a las claras,
la latencia de su raza...
pese al rico casimir,
a los colgajos del oro,
y a parietales rapados...

Que el mono de mono queda,
aunque lo vistan de seda...
La vida señala cunas,
a las que debemos todos
mantenerlas con honor.

Entre eructo y entre hipada,
recorría sus talleres,
aconsejando el trabajo,
controlando, minucioso,
la labor de cada cual.
En las frases emitidas
notábase olor de alcohol...
Con el maestro del Taller
se abrazaban por la huerta,
donde el sombrero, secándose,
levantaba mil volcanes,
hasta una cuarta del suelo

El Juan se quedó aturdido
cuando el dueño lo llamara,
y tendiéndole un billete,
-de cinco sucres, Dios santo!-
se riera, silencioso...
En seguida por sus ojos
pasó el rostro de su ñaña;
y ya iba a hablar, protestando,
cuando el señor ordenó:

-"Oye, chico, da trayendo
un litro de trago bueno;
aura quiero convidar
a los míos del negocio!"

Se asentó el alma del Juan...
Más tardaron en decirle,
que el chico estaba de vuelta,
entregando los ayoras
sobrantes de la botella.

-"Chico Cuenca, sirve vos:
tres dedos para cada uno.
Cuidado riegues, sonsito;
que no es de botar el trago!"

-"Buen chico cro qu'es el Cuenca;
qué dices pes vos, maistrito?"

-"Si trabaja medio cusi;
así también lo que el taita
le alecciona que da gusto!..."

Cuando el maestro nombrara
a su padre, el chico Cuenca
tuvo miedo... miedo loco,
de que su padre le viera
repartiendo sendos tragos.
...Un gato acertó a pasar;
enredándose en sus piés,
hizo rodar al muchacho
que rompió vaso y botella
contra una piedra puntona.

-"Longo sucio, malnacido!...
a que aprendas a servirnos!"

No bien no apagó la voz,
una horma rajó la frente
del pequeño sombrerero.
La sangre bajó a sus labios
en oscuras correntadas;
y aquellas hilachas granas
iban trensando su llanto
formando gotas extrañas...

Oyó una risa y blasfemias
que comprimían sus sienes.
Ya todo el ambiente se hizo
de densa neblina helada.
Tragándose su dolor.
él mismo limpió la herida.
En su mente, un temblorcillo
le pedía, mendicante,
la asistencia de la madre...
Se sobrepuso Juan Cuenca,
porque niño, niño pobre,
no le era dable el consuelo
de la caricia materna,
ya que la Michi diría
que por travieso y ocioso
se ha roto no más la frente...

Curándose como pudo,
siguió azocando sombreros,
sin siquiera adivinar
quién le hiciera la rotura;
y, además, qué iba ganando
descubriendo al malhechor?
El grande es el grande, siempre...

Pero algo, como un cohete
que tratara de estallar,
allá en el pecho del niño,
le imponía vigilancia
de rebelión incipiente.
Juan Cuenca pensó, fruitivo,
que cuando se vuelva un hombre
no habrían de tirar hormas,
porque sí, sin más motivo...
sin que le pese al muy perro!

(Pensamiento alentador
de la humana condición,
que pronto sería nada,
una nada deleznable,
el afrontarle a la vida;
porque el obrero no es más
al sentir de ciertos tipos,
que el estropajo del rico,
la tierra donde caminan
autos y botas patronas...

— 7 —

Juan Cuenca ya caminaba
para cumplir sus 10 años.
Sus hermanas se casaron,
mal que bien... pero se fueron
a que otro les alimente,
según el dicho del taita
que decía a cada rato:

-"La vida muestra es bien dura;
no hay que andarse con remilgos.
y a las cosas hay que verlas
por el lado más mejor;
no tenemos fantasías.
y por eso hay que llamarles
al pan, pan; y al vino, vino;
por eso digo, Mercedes;
que no la extrañe a la Elisa
ni a la pobre Julia Elena,
sacada por el Sargento
para llevarla a Riobamba.
Aquí nada tan hicimos
para alegrarles la vida.
Pobres somos, y, por pobres,
no podemos detenernos
llora que llora, a lo ocioso.
Siquiera algo nuestras guaguas
han de estar comiendo ahora,
Los maridos... qué más quieren?
afición de todos eran...
que les llenan pes la panza!"

Ojos adentro, apagados
en la cara de la madre,
temblorosa, esqueletada,
untando siempre en tristeza
la negrura de la tienda;
flotante negrura sucia,
que vuelve más negro el negro
de los días, renegridos,
deformándose fatales
en el cuerpo de la madre,
cuellilarga, transparente,
cera votiva quemando
la lágrima de su anemia...
Palos cafeces y tibios,
los brazos de la Mercedes
hubieran dado impresión
de ser miembros muertos, feos,
si unas venillas azules,
que más que azules, plomizas,
no le hubieran resaltado
con su presencia de vida,
vida-tierra...tierra-vida...
Juan Cuenca hubiera deseado
besarle, largo, a su madre
en las mañanas grisosas,
donde la lluvia provoca
buscar abrigos materinos;
pero el trabajo continuo
le malgastaba su gusto,
emparamando claveles
congelados el instinto...
Cuando va estaba cercano
de acariciarle las manos,
de sentir suave calor

en la carne de la madre,
la Mercedes le acuciaba:

-"Juanchito, ya ándate pronto;
ya ha de ser tarde al oficio..."

Entonces, el chico Cuenca
constataba, indiferente,
que la mama, en sus mejillas,
no disponía colores;
sólo pómulos salientes
alzaban, aviesos, fríos,
desteñida carne fofa;
los hombros de la Mercedes
llegaban a las orejas;
y una tos, que no dejaba,
le sacudía la voz...

— 8 —

Una mañana... que linda!
papel de plata en los charcos
de la calle puso el Sol;
en los hortales del barrio
crugía luz en las plantas;
las cañas de los maizales
levantan sus señoritas,
movedizas, hacia el cielo,
agitando dedos curvos
en pubertad primavera;
crestas de gallos sonoros
en las cañas encintadas
con el chas-chás de sus hojas.
Los pájaros, en los cercos,
flexionaban en sus saltos,
brincando, de luz en luz,
por encima de las sombras
de las venas del nogal.
Cómo olía, capitosa,
la mata de margaritas
de la niña de la esquina!
El Sol, al dar en los vidrios
de las vidrieras colmadas,
desparramaba en formas
de sombreros ya compuestos:
blancos, limpios, relucidos!
Mañana... bruñida loza
por lengueteos de Sol!

Una mañana... si vieran!
lo que nunca aconteciera,
la madre no estaba en pié
para darle el desayuno
-agua hervida de panela,
con su mestizo de a medio-.
Inquieto fué el chico Cuenca
a abrir ligero la tienda;
un rayo de Sol traspuso,
de sopetón, la tiniebla,
yendo a quedar enterrado
en el rostro de la madre...

Luz de Sol sobre la sangre.
Boca quemada de angustia.
Dilatados ojos quietos,
y una mano que crispaba
el enjire de un toquilla.
El busto de la Mercedes,
reclinado al espaldar
de la cama carcomida,
de la cama, donde novia,
gozó espumilla a la vida...
de la cama cuando, madre,
desfloró vida en su carne:
tres cielos en los tres hijos...
cielos que se iban ingratos...
En la cama era la Michi
crucifixión de su vida,
historia ilustrada en fuerza
de inapelable dolor;
la cama que fué su mundo,
su altar, su trono, su hogar...
era también catafalco!
He aquí la Michi, tiesa,
el cuello tenso, contrahecho,
tal como si su garganta
hubiera buscado el aire...
Paquete de carne y huesos,
todo el cuerpo violentado
en resto trunco de vida...

...Por la mañana ya corre,
desalado, el guambra Cuenca!
Que la luz de la mañana
no es persona a contenerle
que vaya donde su padre,
que velara en el oficio
de aquel gringo exportador.

Corre y vuela el chico Cuenca!
oprimiendo, entre los dedos
de su mano sudorosa,
la noticia, como un arma,
a sepultarle en el pecho
de su padre trasnochado.
...Oprimía y oprimía...
Sí, que dentro sus manos iba
la noticia de la muerte,
candente, llameante, bruta,
chorro líquido de plomo
arrastrado por las calles.

-"Taitito! Taitito... mama,
ya se ha muerto esta mañana!"

Dió vueltas la luz del día.
Pólvora quemada en grito,
en esferas restallantes,
que de chicas eran grandes,
que de grandes eran chicas,
expandiéndose, gigantes,
apagándose, encendiéndose...
pero, siempre, llamarando
todo ambiente, todo punto,
todo el norte, todo el sur,
todo punto cardinal
que rodaba, hecho cenizas,
en la mente de Don Luis...
Llamaradas y tinieblas!
rayas rojas y azulencas,
rayas cremas y moradas;
acecidos de minutos
masticados en congojas;
horas broncas, machacando
su dolor entre las sienes.
Luces... Luces fustigadas
en relámpagos funestos;
fogonazos, centelleantes,
multiplicándose, fieros,
en el iris de los ojos...
que veían, mas sin ver;
en la carne, que sentía,
se agitaba y debatía...
sin pensar y sin sentir.
Luces fuertes; y tinieblas
acorralando la vida.

Cómo fue lo que a la Michi
le llevaran a enterrarle,
devolviéndole a la tierra?

Luis Cuenca volvió a la vida
con el golpe de su mazo
maceteando en el sombrero.
...Entonces, lágrima amarga
se deslizó por la paja,
dejó su goterón turbio
por la trama del toquilla,
y Luis Cuenca, sí, de una hecha,
remachó su soledad
a golpes de mazo y pulso,
en el toquilla que iría
a dar lujo a la cabeza
de un gringo que no pensara
la viudez del sombrerero...

Tragedia anodina, ajena,
que sólo le llega a quien
es la víctima directa...

— 9 —

No hubo vestidos de luto
para este chico Juan Cuenca;
la misma ropa de siempre,
con una blonda en el brazo;
brazal de negra presencia
a sofocarle latidos.

Su soledad era tanta...
que a cada rato, a toda hora,
le contemplaba a la madre.
Y la orfandad era tal,
que le avivaba el recuerdo.
Las noches, solo, en la tienda,
Juan Cuenca revoloteaba,
pájaro ciego, sin alas,
en la penumbra del cuarto;
sus manos hurgaban todas
las paredes del chamizo,
encontrando trapos tiesos
de sangre vieja y café...
Con un vuelco de su vida
aprisionaba las telas;
se las ponía en los labios...
y al chico le parecía

que su madre le besaba
en los despojos infectos.

Al lavar tanto sombrero,
le dolían las espaldas;
y Juan Cuenca se aferraba
a la idea de la muerte,
como una abra azul del cielo,
para irse con alma y pena...

Los días fueron rodando,
hilachentos, pardos, grises,
mas, sin calor... ni jocundia...
Trabajaba, porque sí...
para ganarse el sustento,
para nutrirle a la vida
que no le brindaba halagos.
Cavilando... cavilando...
le remordió la conciencia,
y se dijo que, si en vez,
de gastarse su dinero
en golosinas de rico,
le hubiera dado remedios...
su madre no se muriera!

Trabajaba y trabajaba,
Reuniendo algunos ayoras,
una corona de flores
él fué a dejar a la madre.
Y ahí se estuvo, callado,
junto a la tumba en la tierra,
observando que las aves,
al trasbordar los celajes,
dejaban su sombra negra
en el lecho de la huesa.
Juan Cuenca también pensó
que sus suspiros volaban
encima de aquella greda;
pero sus sombras quedaban,
como queriendo enterrarse,
donde vivía su madre...

El padre se dió a la copa.
Con rostro congestinado,
con las ropas en girones,
le estaba siempre pidiendo
que le dé todo el jornal
que ganaba el chico Cuenca.
Cuando la madre vivía
le propinaba de golpes,
para enseñarle el oficio;
ahora, sin más ni más,
le pegaba de trompadas,
trashojando, cada día,
una fecha de dolores
en el cuerpo del pequeño
calendario amoratado...
Sin vergüenza, ni pudor
mendigaba el viejo Cuenca.

Por no pagar el arriendo,
de la tienda los echaron.
Entonces el chico fuese
a proponerle a la Elisa
que le diera un rinconcito,
que él daría su comida...
Enternecida, la ñaña
le dijo que estaba lista;
que para eso era su hermana;
que haría de madre suya;
que el corazón de los pobres
si sabe pues comprender.
Juan Cuenca sobre la paja
de otra tienda, halló su lecho;
la comida le costaba,
diariamente, 4 reales.
Una rabia, sorda y renga,
se le enraizó por la sangre
al constatar que los perros
de las niñas ricachonas
comen mejor que los pobres...
Sus puños se le cerraban,
amenazando las casas...
pero, pronto, desmayaban
y una congoja invadía
su brote de rebeldía.

Desaliento persistente
desmadejando la vida.

— 10 —

Pero vino el mes de Junio,
fragante de Setenario,
y un amigo le propuso
salir de noche a la plaza
para gustar el festejo.

La Catedral rebrillaba
de miriadas de bombillos
que reventaban de luz;
el atrio estaba alfombrado
con el oro de retamas
que navegaba en las calles
hacia las casas de priostes.
Hombres, soltaban cohetes;
raspaba el aire el sonido
de la pólvora chispeante;
luego el cielo, encapotado,
se duchaba con la cauda
de los colores disueltos.

El interior de la iglesia
era denso de perfume,
que, desde pomos costosos,
lo regaban en el piso;
tras la bruma del incienso
lengueteaban las espermas,
pintando de luz movible
los dorados del altar;
murmurios de los rezantes
levantaban chorro de hojas
que cayeran, volanderas,
en rumor de celofán,
sin término ni concierto.

Afuera, dentro del parque,
3 bandas, tocando todas;
los rayos de focos de arco
se trizaban en las faldas
de las niñas paseanderas;
y modas de años atrás
ostentaban en sus trajes
las chiquillas de los pueblos.
Olor a frita empanada
en las sartenes, chirriando,
debajo de los portales;
mesas, con rodapiés
de las camas de sus dueñas,
colmadas de dulces varios;
junto al suspiro dulzón,
la o monja del rosquete;
charoles de golosinas,
cuyes que se embalsaman
con la preñez de las papas,
y todo cuidado bien
por botellas centinelas,
hoja de naranja al pico,
de buena chicha de jora.

Pólvora en humerada,
atosigando las bocas;
un fortín insurrecciona
desde los muros añejos
de la gran Catedral Nueva,
no acabada de crecer...
La tierra tiraba estrellas
para alumbrarle a la noche;
estrellas azules, rojas,
amarillas, verdes, blancas;
cometas lanzan los cohetes
en la cola de sus chispas;
las girándulas barrenan,
en chorro de luz, las sombras;
ventrudos, suben los globos
obispos de luminarias,
con su mecha colorada,
quemando vientres de garzas,
de vaconas y elefantes.
Desde un tubo, medio oblicuo,
-arteria de fuego rota-
manaba soplete de oro.
Charcos de luz ondulada
en los vidrios de las casas,
desflecan sus charreteras.
Rizos de ángel, por el aire,
tirabuzonan, chasqueando.
Es fragua en chispas de noche
incendiada en purpurinas.

Gira y regira la gente,
en muestrario de colores,
de miradas que se tiñen
contagiadas de la fiesta.
Coqueteos de las niñas,
abren geranios de risas;
los chicos buscan los sitios
donde fregar a las cholas;
las empujan, entre chistes,
les lanzan rojo piropo,
y, con manos enfebridas,
constatan la calidad
de las polleras de lana
que se inclinan al soldado...

Alegre va el guambra Cuenca

atorándose en el humo
de su primer cigarrillo.
Agua se le hizo la boca,
sin poder golosinar
las viandas y confituras.
Y fué así que su compinche,
que le enseñara a fumar,
le dijo también, que espere,
que si quería empanadas
no había más que cogerlas...
Aconteció que los dos,
al descuido de las dueñas,
se atragantaron, de balde...

-"No seas tonto, ve, Cuenquita,
sólo los burros trabajan!
El vivo vive del tonto,
y el tonto de su trabajo...
No hay que apenarse, ni nada,
sino pasar buena vida!"

-"Yo si quisiera pes, Pepe,
hacer lo que dices vos!
pero... no sé que me está diciendo,
aquí en el pecho, que no!
No mismo puedo hacer nada!..."

-"Por zoquete y por cangrejo,
no serás nada en la vida!
Vos te augas no más, por bruto,
en batea con poca agua!"

-"Es que la suerte es bien perra
para mí... sin mi mamita!"

-"Ya tu mama está bien muerta,
y nadie puede empujarle
a que te venga a espulgar...
No pienses en eso, Juancho,
piensa en perradas mejor!"

-"No mismo puedo, Pepito...
Perro, caballo o gusano
yo debía de nacer!
Ellos tienen pes comida,
donde quiera, sin penar..."

-"Caballo ya sois, orate!
caballo para dejarte
que te monten quienes quieran!
...Hasta mañana, gusano!"

Sino aferrado en el alma.
Estrechamente, sin vuelo.
Sangre tornada horchata,
sin glóbulos optimistas...
La suerte se goza, a veces,
en pisarles a los niños,
en mancornarles al barro,
en hacer carne de pena
para soporte y puntal
de los ricos "elegidos".

Juan Cuenca oyó la campana
de un reloj dando las diez,
y los coheteros prendieron
el gran castillo mayor.

Lo menos 6 mil personas
en el cuadro de la plaza,
adentro y fuera del parque.
ojos siguen, lanzaderas,
pequeños puntos de luz
que al cielo se lo brotaban
un sarampión de colores.
Corazones en las bocas,
en las bocas las sonrisas,
en las sonrisas un nombre,
una charla veleidosa;
las niñas burguesas iban
pajareras al amor...

7 noches de jolgorio,
de bien emplear a la pólvora
en diversión popular;
de 7 a 10 de la noche
reluce de gente el parque;
sartas de bombillos prenden.
racimados, donde quiera;
humo, candela, y pregones,
música, globos y flores;
rechonchas damas, de negro,
que reparten los obsequios
de los dueños de la noche:
una noche, las señoras,
otra noche, chacareros,
abogados, comerciantes,
los curas y liberales,

y el Setenario termina
con la noche de los niños,
niños pues de los burgueses...

Carrusel de muchedumbre,
que gira y gira en el parque;
carrusel allá en el cielo
de luces policromadas
en día feria de matices.
7 noches de expansión
para el rico y el curioso;
7 noches de amargura
carbonizando la sangre
de este chiquillo Juan Cuenca,
que quedaba, negra y fétida,
igual a los esqueletos
de carrizo donde vuelan
las luces de Setenario...

Diez de la noche... Cerraban
la fiesta con el castillo,
chirriando por sus cañutos
en las vueltas de las luces;
torrente de chorros de oro
lamía su arquitectura,
soltando, de vez en cuando,
detonación y palomas;
guirigay de joyas claras
derraman írises múltiples,
para luego, en una trenza,
ir ascendiendo el castillo
hasta llegar a su cumbre,
donde se abría jugoso
un cáliz y una custodia.
Gemas entre humareda;
borbollones de topacios,
esmeraldas, amatistas,
plata, ópalos... hierro y zinc,
zafiros, ópalos... todo
el diccionario completo
de las piedras y metales,
en engarces cabrillantes
de afiebrados estallidos...
Enjambres caleidoscópicos
que todo rincón llenaban,
acribillando colores;
luces, luces y más luces...
Mas, luego, el castillo flaco,
sólo mostraba, en pavesas,
su armadura de carrizo
chamuscado y calentado,
con tenues pespuntes de humo,
por donde salió su sangre...

La gente ya se marchaba:
los guaguas haciendo almohada
los hombros duros del padre;
malhuomaradas las damas;
los mozos, fuma que fuma;
las cholas oliendo a manos
de soldados cazadores;
saturados todo en cuete,
y, acaso, alguno quemado
por humazo de petardo
que no subiera gallardo.

Las diez y media ya eran
cuando, solo, se iba el Juan
a la tienda de su hermana.
En la esquina del Correo,
pitos de chapa y gran bulla
cercaban a un bulto amorfo
que se arrastraba en el suelo,
entre los pies de los pacos.

-"Párate, bruto, borracho!"

-"Deja que pasen los niños,
borracho desvergüenzado!"

-"Venirse al centro de Cuenca,
esta peste de chumado!"

-"Cuenca... yo soy pes Cuenca!
-con voz ronca dijo el ebrio-
Que viva Cuenca, carajo!
Que viva yo, que soy Cuenca!"

-"Descrédito de humano,
camina pronto a capacha!"

-"Chapas perros, soga al cuello,
mantenidos, porquería,
para que muerdan a todos!"

Tac, tac... cayeron toletes
sobre el padre de Juan Cuenca,
arrastrado a Policía.

El niño, entre los curiosos,
se escabulló hasta la tienda...

Del Cuartel de Policía,
a un lecho del Hospital.
Pulmonía dizqué tuvo
el taita del guambra Cuenca.
Y un día, como cualquiera,
lo llevaron al panteón
4 rondas municipales ..

Carnaza para el gusano;
carne sin nombre ni honor;
carne que quedaría
sin lápidas ni una cruz.
Carne que la enterraban
a que no apeste la urbe,
con su roña que camina...

Cuerpo que tuvo un nombre
para mujer y las hijas,
pero nombre sin respaldo
de permanencias cordiales.
Casi era buena la muerte,
porque era... liberación.

Frías lágrimas instadas
por compromiso de deudos,
que no lloro acongojado
de una pena primordial.
Muerte que no era muerte,
que no creaba dolor
porque daba bienestar...

— 11 —

Creció... creció el chico Cuenca
pasando, sobre sus años
sin sentir pasmo ni dicha
12 años, 13 años, 15...
De continuo en el sombrero,
dale y dale con el mazo,
con la plancha y el azufre,
la tijera y el cepillo;
sombrero que Juan cogía
lo dejaba a perfección,
porque sus manos conscientes,
de 18 años cumplidos,
eran hábiles obreras
que prestigiaban al gringo
explotador del toquilla.
Trabajo extra le entregaban;
y Juan Cuenca, a la semana,
se ponía 30 sucres,
eso sí que con veladas,
sin parar un sólo instante.

Por la plata que allegaba,
la Elisa mostrose buena;
tienda con centro tenía,
dos gallinas, cuyes, pavo,
y una percha con botellas
y platos hierro enlozados.

El marido de la Elisa
pidió dinero del Juan,
diciendo que era un negocio
hacerse comisionista;
él iría por los pueblos
para comprar los toquillas,
que luego revendería
a algún señor del negocio,
al mismo gringo L.A. Buck;
nada arriesgaba el cuñado;
trabajando en el Taller,
cogía el tanto por ciento:
50, 50 por barba...

"Vay sé de empresa, cuñado!"
Juan Cuenca pensó un buen rato;
luego después, decidido,
convino en cerrar negocio;
-"Suerte o muerte pes, Julito!
La vida es siempre del vivo...
ya ves el Pepe, en la Costa,
una tienda bien montada
de toquillas dizqué tiene!
Helaqui 60 sucres;
guardaditos yo tenía,
sin hacerles dar ni el aire;
si crece la plata he de ver
si pongo sombrerería".

-"Negocio redondo es este,
al saber, como yo sé,
manejarle bien derecho!

Pero no ves pes, Juanchito,
que otros cholos, aquí en Cuenca,
más limpios que una patena,
aura tienen casa grande,
radios, autos y dinero
que mandan al Extranjero?
De léperos, han subido;
de chasos, son los señores
que se casan con las niñas;
nuestro Chorro ya dejaron
y viven en casas regias,
allí en la misma Bolívar.
Espera, espera, Juanchito...
a la vuelta de año y medio,
ya tendrás sombrerería!"

-"Un año es un ñaño, Juan!
Ya verás como el otro año,
las botas mos de ponernos!
Cuando Dios nos quiere dar...
por la puerta ha de entrar!"

-"Dios oiga! Dios te oiga Elisa!
Dios debe conmiserarse
de las desgracias del pobre.
Si yo salgo de pobreza,
misa cantada le ofrezco
a mi Santa Teresita,
en la misma Catedral!"

De lo que ganaba, el Juan
a la Elisa le pasaba
por el cuarto y la comida;
jamás le reconvenía
por los préstamos pedidos:

"Ve, Juanchito, presta un sucre..."
Cada dos días era eso;
pero cómo pues pedirle
si era tan buena la Elisa?
"Con tanto guagua, pobre ñaña,
debe mismo nesitar!...

Honrado a carta cabal,
Juan Cuenca no miente nunca;
cuando él prodiga su mano.
va untada de corazón;
en sus ojos hay firmeza
de una bondad remansada,
que puente de plata tiende
a que crucen sus amigos.
18 años trajinados
en recorrele a la vida,
peleando recio con ella:
aguantando, algunas veces,
y otras, las menos, a manos...
pero jamás declarando
que le hubiera derrotado.
Con la experiencia crecida
raíz eterna en su mente,
sabía que las palabras,
que una noche dijo el Pepe,
eran casi mandamientos
y condición inmutable
para que el triunfo sea de uno.
Trabajar... que sí lo hacía,
porque no le era dable
separarse de los gringos
metidos en el negocio,
pues que dinero no había
para ser independiente.
Trabajaba, pues, con gana,
eso sí predisponiendo
su espíritu al optimismo,
sin hurgar tanta negrura,
sin desear más que lo justo,
es decir, con el adagio,
no más que Juan se extendía
hasta donde dé la sábana.

Sincero, y sin un revés,
no malgastaba el dinero
en cantinas ni en el juego,
gastaba lo necesario,
sin permitirse siquiera
ni un mal tabaco lojano.
Vestía decentemente:
3 overoles azules
de remuda en su trabajo;
los domingos se ponía
buen terno de casinete;
bien lavado y bien peinado,
tenía respeto propio.
El sobrante de la plata
lo guardaba, en un pañuelo.
bajo un ladrillo del cuarto;
así pudo darle al Julio,
uno sobre otro, contados.

60 sucres de ahorros
para iniciar el negocio.

De frente miró a la vida,
zumbándole en la cabeza
las palabras del amigo;
aunque Juan sí divergía
con los métodos ilícitos
propugnados por el Pepe,
se dijo que triunfa pronto
el cínico y el malvado,
que la virtud es deshonra,
que el mentir es honradez,
que el ladrón es caballero
en esta época de engaño.
Con su experiencia sabía
desconfiar de los señores
que dan la mano al obrero;
por eso Juan sopesaba
lo malo, lo bueno, siempre,
no decidiéndose a obrar
de mala índole jamás.
Sabiendo todo lo feo
que flota por la existencia,
le defendía a su alma
de vil contaminación;
precisamente, en contraste
de las bajezas del mundo,
Juan Cuenca era un buen mu-
chacho.

De mañanita despereza
ante el brillo de las albas;
brazos cruzados al pecho,
las miradas en el cielo
por donde nace la luz,
y el pensamiento volando,
arriba, hacia el Sol nuevito
como sombrero ya listo
para irse a la Extranjería...
No se planteaba problemas
demandando soluciones
a su destino de obrero;
su suerte era conocida:
trabajar y trabajar,
hasta que ceje la vida
de jorobar la paciencia.
Confianza dentro del pecho,
músculos apretados,
y en su boca, bien surcada,
sonrisa y conformidad.
No llegaría a señor,
como aquellos cañamazos
que tienen casas lujosas;
pero sí conseguiría
ser un chaso de respeto,
con casa y su huerta propia,
aquí en el barrio de El Chorro.
En posesión de sí mismo,
se le expandía su tórax
en tambor de diana clara.
Lejano quedó aquel tiempo
de su vivir indeciso.
Y, muchas veces, poeta,
se comparaba a los árboles:
de chicos, les troncha el viento;
pero crecios, robustos,
con raíz honda a aferrarse,
esafían tempestades
con el vigor de sus troncos.

De tanta vida en hervor,
la sangre el cholo Cuenca
se inclinaba a compartir
con alguien aquel exceso
de enérgica potencial
que le sonaba en sus venas.

— 12 —

Y... así fué que la Loyola
-chola linda, tejedora,
costurera canelita,
16 años rosados,
ojos verdes en su cara
de panela gualaceña-,
sentó sus reales de amor
sobre los pulsos del Juan.

El Cuenca la conoció
el mismo 8 de Septiembre.

Todo el pueblo levantaba
polvaredas de camiones
en la vía Yanuncay,
de romería hacia Baños.
Casas y casas al lado
del camino, en recta tibia,

oliendo a sudor de chola,
a fritadas, a naranjas,
a guineos, a aguardiente,
a las cáscaras broncíneas
de los cuyes alargados
sobre el empedrado de oro
de las patatas cocidas,
que junto al cuy medias lunas
de huevo duro blanquean.

Doncellas de cara de llama;
candelas en los fogones,
lenguaraces, parlotean;
eucaliptus, atareados,
con sus plumeros angostos
no cesan de coger polvo;
caras de chasos alegres;
los niños lucen futboles
tras su pelota de trapo;
de vez en cuando, sus madres
les sacuden y reprenden,
no sea que un auto de esos
se los vaya a atropellar,
aguándoles toda fiesta.
Risas, palabras prendidas
con el calor de la tarde
que es carmesí incitación;
gente tras gente, y más gente;
peatones que se envuelven
dentro las trombas de polvo
que camiones, lanzaderas
desde la urbe hasta el santuario,
hilvanan todo el paisaje.
Quingos de los borrachos;
peleas de desalmados;
los caballos encabritan
al pitazo de las máquinas,
que estrechan la carretera
en la fricción de sus yantas;
polvo, amalgamado, espeso,
en torbellino perduzco
que hace toser a los vientos,
y a las polleras oscuras
las deja blancas no más...

Allá... sorteando sembríos
en congreso de maizales,
subido a la espalda verde
de un montículo sencillo,
el Santuario parpadeando
en hirvisión de sus cirios;
el párroco, orondo, cálido
a sus rosarios y a draques;
el sacristán, optimista
en la venta de la esperma
-lo menos 12 quintales!-
que ha dejado en el altar
la fe de los promesantes.

Fiesta de Baños... Septiembre...
domingo horneado de anhelos
que ya crecen siemprevivas
en los suspiros del Juan;
las mejillas de la Chocha
revientan tomates tersos
al estallar los piropos.
La tarde tuvo otro encanto
para los ojos del Cuenca.
La tarde tuvo otro rumbo
para la Chocha gozosa.
La tarde abrió sus arterias
para el Juan y la Loyola,
a que los dos se contagien
con el calor de la tarde...
La tarde, con sus esencias,
concrecionose en chamburos
en el busto de la Rosa.

Y así no más este mes
de Septiembre cosechero,
dió frutos esperanzados
a la pareja enyugada
en yugo azul de cariño.

Volvieron a Yanuncay
los cholos enamorados;
pero el paisaje latía
confidencial a los dos,
más íntimo y familiar;
en cada cerco un recuerdo,
evocación de esa tarde
en las tunas del nopal,
ya no con flores... con frutas!
frutas verdes, con espinas
cuidando voracidades...
Espinas entre las tunas...
Espinas entre la Chocha...
Y el Juan se estaba secando

de sed atrasada y viva...
Volvieron a Yanuncay,
pero más junto uno a otro.

Venían para el encuentro
del hermano de la Chocha,
que llegaba desde Loja:
Romero que fué hacia el Cisne:
con el balde de hojalata
echando cenit al anca
de la mula trotadora;
pañuelo rosa en el cuello,
terciado poncho otavalo,
toquilla recién hormado,
brios nuevos en las venas,
aturdiendo con palabras
el contento de viajar...
A los lejos, divisaron
la cabalgata inmigrante.
Corrieron no mas las cholas
al encuentro de su ñaño;
en un momento rodearon
a la mula y al jinete.
Abrazos... frases fogueadas...
y las miradas clavadas
en las alforjas repletas;
la concertina danzaba
sus tonos de bienvenida,
sobre el campo, bajo el cielo,
anegando lagrimales
dispuestos a desleir
su llanto sentimental.
Una churuca lojana
traía verano y sur
en sus cantos y en sus plumas.
Llegados a Cuenca, fiesta.
En la fiesta concertaron
la fecha del casamiento.
Chirotes primaverales
silbaban continuamente
en la pasión de los novios.
La vida se fundió en plata,
fulgencia, miel sobre espejo,
que confortaba el amor.
Amor que les dió optimismo,
confianza para el futuro
que se prestaba, obediente,
a voluntad de los novios.

Amándose, ellos creían
ser los dueños absolutos
de las riendas del destino.
Temperamento dichoso,
por tanta fuerza de vida
que irrumpe en el pecho de uno.
Estado maravilloso,
donde si el cielo pidiera
la Rosa, se lo daría...
Compensativa entereza
de la vida que atenúa
tanta miseria pasada...

La penumbra de la iglesia
se quedara boquiabierta
entre los brillos morados
del rebozo de la Rosa;
su pollera bamboleaba
ondulaciones auroras
olor de Agua de Florida.
Erguido y serio Juan Cuenca.
Cuando el cura les dijera
que se cambien sus anillos,
le entregaron dos sortijas
de dublé de baratillo,
compradas donde el Eljuri...
Porque los pobres no tienen
para alianzas de oro puro...
el oro está en el amor,
en cerco de aro luciente
de un amor sin interés,
natural, sin conveniencias
al modo que usan "los niños"...
Dote, no tuvo la Chocha;
qué más dote que honra limpia
de doncellez bien guardada?

Vihuelas y concertinas
tambaleadas en los draques,
festejaron el casorio.
A horizonte de chirimoya,
a tierra recién bañada.
a flor de lima arrancada
olió la noche de bodas!

En el Cielo manda Dios,
los diablos en el Infierno,
y en este pícaro mundo,
mi negrita, mandas vos!

3 días de diversión
bailó casi todo el barrio
donde vivía la Chocha.

Este corazón morlaco
como ningún otro siente
cuando le ablandan, guambrita,
el trago y agua caliente!

La Elisa suspireteaba
por la pena del hermano,
según ella lo exponía
a quién quisiera escucharle.
Pero... pero... no es hablar
con mala boca de ocioso;
200 sucres ya dió
el Cuenca para el negocio,
y él mismo manifestara
que no daría un centavo
a más que esa cantidad;
que le den los intereses,
o que vayan devolviendo,
poco, a poco, el capital;
al pesar los argumentos
del marido de la Elisa,
Juan Cuenca les prometió
que, si cobraba la plata,
les daría no mas algo...
y hoy, encima, casamiento!...

Malhaya la suerte mía
de haber tendido la cama!...
cama, para qué te hice
si no tengo compañía?
Draques seguidos y cantos

que burbuja perfumada
a la noche han encedido,
festejan ya 4 días
el matrimonio del Juan.

Desde que te ví venir
le dije a mi corazón:
que bonita piedrecita
para darme un tropezón!

Y se suspende a fiesta;
no porque el humor decaiga,
sino sólo por el monis
que ya comienza a escasear...

— 15 —

Junto con sus suegros vive
Juan, marido de la Rosa.
Trabaja que te trabaja,
llega a ganar buena plata;
50 ó 60 sucres,
a la semana sacaba.

Muy ladino, su cuñado
100 sucres los entregó,
diciendo que era ganancia
producida en el negocio.

-"Ele... ya ves, cuñadito,
cuánta plata hemos ganado
siendo yo comisionista
de los sombreros toquillas!
Lo que te doy, es lo tuyo,
lo que te toca a vos, Juan;
como yo puse pes más,
más debe corresponderme.
El otro mes te he de dar
ojalá 200 sucres".

-"200 sucres, de qué pes?"

-"De ganancia, pues, Juanchito!"

-"Si es ganacia, vos me debes...
del capital que te dí,
200 sucres más, Julio!

-"Si, si, te debo 200...
Espera, ya te he de dar!"

Casa pequeña compraron
la Eilsa con su marido;
polleras de paño-dama,
paños peruanos, costosos,
de 80 sucrse cada uno,
botines multicolores,
polcas de burato fino...
y vaya que si era rico
este gordo matrimonio:
hecha un anís la mujer,
dos dientes de otro se puso
la Elisa para una Pascua...
El chaso Julio gastaba

harta plata en casimires,
sombreros Tex-Tex usaba,
y, con decirles no más,
que cuando iba a comer cuyes
empleaba el auto mejor...

Juan Cuenca pensó que sí,
que el comisionista ganaba
mucha plata cuando diera
300 sucres sin pena,
diciendo que era ganancia...
y le hubiera dado todos
sus ahorros al cuñado,
-500 sucres total-
si la Chocha no le dice
que espere, que piense más,
que el casado pide casa,
que acaso no tarden mucho
los disgustos de familia...

Ni que adivina la Rosa!
Su ñaño, Víctor Loyola,
le dijo no más al Juan
que le preste los 300
sucres de la ganancia,
para montar su Taller
de maestro en Sastrería.
Juan Cuenca dijo que no,
que él también necesitaba
para comprarle una Singer
nuevecita a su mujer;
como ella hacía polleras,
era justo que tenga una.
Con boca inflamada, peste,
las palabras arrastraron
su mal cuajo, todo el día,
pusieron agrio en las vidas
de la Chocha y la del Juan.

-"Viven de balde los zánganos;
no los cobramos del cuarto,
puchuelas dan para el come,
y todavía se niegan
a hacer un triste favor..."

Hienas rabiosas gañían
en las frases prevenidas.
Con cocinas separadas,
la Chocha con el Juan Cuenca
para nada platicaban
con la familia del Víctor;
pero, imprevistos encuentros
trajeron roces amargos,
por quítame allá esas pajas;
la Rosa se devanaba:

-"Taita Diosito bendito...
que haiga cristianos tan malos
que así boten malmodiando!
Taita y mama, hermanos, todos,
en contra de una se ponen!
Bien dicen que no hay cariño
sin interés en el mundo...
Dizque estuviéramos dando
nuestra platita... jajay!
Mas mejor, oye, Juanchito,
comprémonos una tienda!
A mano he de hacer polleras;
y tejiendo los sombreros
robándole horas al sueño,
quizás no muramos de hambre!
Si ganas vos lo bastante
en el oficio del gringo..."

-"Un ángel te ha iluminado,
mujercita candelita!"

-"Verdiar miso mos de hacer
de pura envidia a los burros!
Como tacita de plata,
le he de tener a mi tienda,
a que todos tengan ganas!"

-"Casita quisiera, Chocha...
Aura tienda no más qué!..."

Como a todos los empleados
privados y a los obreros,
los patrones les descuentan
5% mensual
a la Caja del Seguro,
Juan Cuenca tuvo el acuerdo
de un préstamo hipotecario.
Sacando unos 2 mil sucres,
15 mensuales daría,
para cancelar su cuota
en 25 largos años;
15 sucres al mes

no hacían pues mucha falta;
"amarrando, como quiera,
la barriga mos de estar;
cuando se tiene pes monis,
se engaña no más al hambre
más que sea a puro mote,
y el hambre pasa volando...
y la casita nos queda!"

En el mismo Chorro hallaron
nua casa de 8 piezas,
con una huerta pequeña
y arbolillos de manzanas;
casa baja, pero buena,
de esas antiguas, macizas;
"arrendando 5 cuartos,
ya podemos ayudarnos
para pagar a la Caja;
y acaso... Dios quiera dar
algún entierro de plata!"

Ya concedido ese préstamo,
bienfachaban los esposos,
arreglando de mil modos
las piezas de la vivienda.
Alegre huasipichana
bailaron un día y noche,
haciéndole hincar al trago,
desflecando las canciones:

Bonita la casa nueva!
bonita la que está dentro:
bonita la posición,
la dueña del corazón!

Una sala, un dormitorio,
la cocina-comedor,
y pronto encontraron quien
les arriende lo demás;
8 sucres les pagaban
por 5 cuartos de arriendo,
así el Cuenca no tenía
que pagar sino 7 sucres
del préstamo que le dieran.
Mas clara estaba la casa
por mano de gato dada
con 100 sucres que empleó Juan.
Ropas nuevas se compraron,
ajuar de cama, rosado;
vajilla para cocina...
todo nuevo y todo bueno.
para hacer honra a la casa.
Como había plata pues...
reían los corazones!
Corazón pleno, ensanchado,
en casa propia contento!
Cada clavo que ponían
remachaban a conciencia,
clavando a la eternidad.
Las pisadas de la Chocha
se asentaban con imperio,
como diciendo inefables:
"esto es mío! mío! mío!"

Confiado deleite-luz
le cruzaba por la frente
al Juan, a cada Año Nuevo.
La Rosa se comportaba
dulce mujer de su casa:
ella lavaba, planchaba,
cocinaba y sonreía,
hacía muchas polleras,
y cada año nuevo, otro niño,
rozagante y bien formado,
hasta el cuarto de docena...

3 años altisonantes
por las risas infantiles
criadas a Sol y viento,
sin sombra de los pesares;
más claro alumbraba el Sol,
y hasta el cielo se tendía
con más gusto ante la luz.
Eje de vida, los niños
fomentaban el cariño
de sus padres satisfechos,
que ni frío ni calor dioles
el enojo con la Elisa,
cuando negaron más plata
al dicho comisionista.

-"Una vez sé perdonar,
pero dos... ni a Taita iDos!
Aunque les viera tragando
harta tierra, par de puercos,
aunque estén vela que vela
ni una miga de pancito,
ni nada miso he de dar

para el hueco de la muela!"
3 niños bien alumbraron
la carne de la mujer,
que no pudo gustar llenas
las caricias infantiles
en plenitud de gustura,
en toda época del niño:
cuando un pequeño gateaba,
ya estaba otra vez enferma;
y el cariño y el cuidado
de la madre acaparaba
al hermano que nacía...
A los dos años los niños
ya eran personas correctas,
andando no más, por su cuenta,
en libre libertad libre,
no criados en la cárcel!
de los muslos de nodrizas,
sin esforzar a las piernas
al desarrollo robusto;
criados a todo viento,
se estimulaban de firme
a bastarse por sí sólos
los niños de la Rosita
que, a cada niño, más gorda
y hermosa se iba poniendo;
así también... era justo
que demuestre las gallinas
que se comía en su dieta:
sus 20 días en cama,
20 días bajo toldo,
sus 20 gallinas buenas
realzando la ternura
del marido querendón...

Cómo crecían las bilis,
verdeamarillas, babosas,
en las caras vinagradas
del hermano y de los padres
de la mujer de Juan Cuenca!
Perros sarnosos ladraban
en las pupilas de todos...

— 14 —

Y fué cuando los niños
curuchupas se acercaron
a decirle al chaso Cuenca:
-"Nosotros sabemos, Cuenca,
que vos tienes gran influjo
aquí entre los sombrereros.
Has de saber que ya estamos
trabajando en elecciones,
para mandar diputados,
de los nuestros, al Congreso.
Nosotros somos los buenos,
y los únicos honrados;
que si nosotros mandáramos
en esta República fuera
felicidad de por vida,
y el obrero ahí tuviera
su bienestar más completo.
Así, nosotros, pedimos
que vos, buen cholito Cuenca,
trabajes por esta lista,
y hagas votar a toditos
tus amigos y compinches.
Debes saber que la Patria
está esperando el empuje
de todos los hijos puros,
de nosotros salvadores,
los únicos limpio de alma!"

Ahumadas sus experiencias
por chamiza zalamera,
aconteció que Juan Cuenca,
empezó a hilar, finito,
en el vellón de la Patria.
Consistía antes su patria
en la casa que adquiriera,
los brazos de su mujer,
las mejillas de sus guaguas,
el sombrero del trabajo
que daba para la vida,
el Sol claro de su Cuenca,
el sabor de capulíes,
el mote abierto en substancia
dulce, blanca, algodonosa,
nieve tibia de sustento
que prodigaba energías.
"Qué más, qué más es la Patria"
-se preguntaba Juan Cuenca.

Y hete aquí... que le decían
que la Patria requería
el concurso de su empuje
para mandar diputados

LA CHOCHA Y EL HUAHUA

a un Congreso no sé qué!...
Cómo sería pues, que antes,
la Patria se descuidaba
de pedirle que le ayude,
cuando él era un pobre diablo,
sin autoridad ni influjo?
No harían sólo la Patria
los blancos y los ricachos?
Cómo será que no ponen
un cholo de autoridad,
si la Patria era de todos?
Juan Cuenca sólo veía
que los obreros eligen,
por la fuerza de su número.
senadores, diputados;
luego, después... los señores
ni paran mientes en ellos!
Regresan los diputados,
-tal regresa el huasicama
que ya cumplió su quincena
en la casa de sus amos-
con terno nuevo y billetes...
y en esto se diferencian
del humilde huasicama
que hace el regreso sin medio,
y más ensuciado el traje...
Remeseros de la Patria,
los señores regodean
amparados por el cholo
que, inconsciente, les da ayuda z
a que saquen sin pena
la plata de la Nación,
que allegara el cholerío.

Juan Cuenca no comprendía
ni pizca de la mentira
de los señores patriotas.
Hizo pues su propaganda
entre todos sus amigos;
les ponderó a sus compinches
la bondad de los señores
señalados en la lista.
De noche, en las "asambleas",
instaladas en cantinas
ya que la taberna es centro
de sociedad del morlaco
que en ella implanta su club,
se reúne, cambia ideas,
discute, se forjan planes,
y hacen de ella el organismo
primordial de actividad,
decía... que en la cantina,
trasegando sendos draques,
hablaban de la política.
de la Patria, del descuido
con que al obrero lo tratan;
que sólo los curuchupas
salvarían al País,
y por ello era preciso
hacer triunfar diputados
que respeten, reverentes,
la Religión y la Patria...
Discursos tan sazonados,
los del Juan, los convencían.
Quedaban todos absortos
del derroche de palabras,
y, más que nada, contentos
de los draques que tzungaban,
admirando que Juan Cuenca
dé botella tras botella,
de aguardiente de Zhumir,
hasta 8 en toda la noche...
Pero... ignoraban los cholos
que los señores le dieron
dinero para ese gasto...

Advino el último día
del torneo electoral.
Los curuchupas flaqueaban
en los diarios escrutinios;
pero -hoy era la sorpresa-
verían los liberales
la eficacia de la unión
de las huestes curuchupas.
Era domingo ese día.
A la misa de las 11
citaron a todo chaso.
Como 500 reunidos;
cuando quisieron salir,
se encontraron que las puertas
de calle estaban cerradas.

-"Hijitos, no deben irse.
Voy a dar un piacolabis
para que repongan fuerzas
para ir a las votaciones.
Una estampa y un detente.
per cápita, voy a darles!"

4 horas de permanencia
en el local de los gremios.
Tragos nutridos bebieron;
con comida en abundancia,
todos sintieron arder
sangre azul por sus entrañas...
sangre azul de curuchupas...

-"Que voten sin meter bulla!
Pero si alguien les torba...
que pruebe lo que es canela!
que le hagan oler membrillo!"

Con la conciencia escamada.
Juan Cuenca sentía náuseas
de los "honrados" "patriotas"!
y... más que nada, los curas
metidos a hacer política...

Juan Cuenca creía en Dios.
Lo veía en las estrellas,
en el Sol que vivifica
las aguas y los maizales,
en pájaros picoteros
a canciones las campiñas;
Dios era el viento y la nube;
Dios era el mote y el pan;
Dios se asomaba en los ojos
de sus hijos a mirarle;
Dios era la boca fresca
de la Chocha querendona;
Dios era su vida limpia,
sin roña ni enfermedad;
Dios era... Dios era, sí,
lo que dentro de su mente
le estaba guiando siempre
por el buen camino recto,
lo que en su pecho golpeaba
a gloria en el corazón.
Era Dios algo inaudito
que, por su misma grandeza,
se escapaba a definidos
interesados del hombre,
que a Dios se lo siente vivo,
inmenso, inmanente, vasto,
en todo átomo movible;
profundo y alto, ancho y disperso,
Dios es la cima cimera
del pensamiento del hombre;
Dios es la gran dignidad
de la voz de la conciencia!
Y, por lo mismo, no es dable
intentar aprisionarle
en ruin acuerdo de símbolos.
Dios no acepta simbolismos,
y no es necesario que vanos
comisionistas se encarguen
de hacérnoslo comprender,
y menos sean terceros
que pasen tanto recado
de los pobres penitentes.
Dios está en nosotros, uno,
indivisible, eterno...
Dios... es Dios, y se acabó!

El Juan se estaba doliendo
que los curas les engañen
con el infierno, las llamas,
los castigos de ultratumba;
y, no contentos con eso,
ahora viene la política
impulsándole a la Iglesia
para muy sucios manejos.
Se prestaban para aquello
quienes deben dar ejemplo...
Pues si es necesario el cura,
debe ser para que dé
imagen en que mirarse,
rumbo para seguir,
ejemplo para imitar,
prestigiar y mejorar...
espejo que copie cielo,
que no ciénaga podrida!

Juan Cuenca pues se juró
no meterse en la política,
política que no es mas
que pus, denso y pestilente,
que invade conciencia y sangre.
Política ecuatoriana,
política de la América,
política del Mundo todo...
no es más que simple palabra
para dorar todo vicio,
las ambiciones, insidias,
cinismo, pillaje ducho,
turbideces, fetidez,
crímenes y venganzas,

todo lo malo y dañado
que el hombre lleva en sí mismo!
Política es emporcarse,
tomar el alma y jalarle,
de los pelos, por el lodo...
Política, en sí, es claror
para alumbrar permanente;
pero, como el hombre la hace...
por fuerza infecta y enferma,
degenera y envilece.

Con sus hijos y la Rosa,
Juan Cuenca fué a Yanuncay,
para tener su domingo
en libre Naturaleza.
Gozó del aire, del vuelo
de gorriones buhoneros;
del veloz tijereteo
de golondrinas flecheras;
del sapo que corre vallas
sobre la grama del llano;
del pez, relampagueante,
desfoliando, cuchillo, el agua;
del eucalipto que expande
sus resuellos de mentol
del perro que, con su cola,
cuida el tráfico de moscas;
del cerdo que se revuelca
-político- en su pantano...

Viento, purísimo y frío,
vidriaba humedad y paz
la laringe de Juan Cuenca.
Volatines retozones
de sus chicos en el césped;
carreras a todo impulso;
las patatas, arenosas,
desabrochaban chaquetas,
provocando a los mordiscos;
el ají sacó su lengua,
salpicada de semillas;
los cuyes que no acababan
de pronunciar testamento
en sus bocas entreabiertas.
La luna, como un paréntesis,
impar, opaco, forastero
en el tazón azulino
del cielo rasgado en luz.
Sol y gloria. Risa y paz.

Remecerse de hojarascas
en la Tierra que derrama
la esencia de sus pezones.

El rescoldo acogedor
de las polleras de la hembra,
hace un estuche al cariño...
La espalda de la señora
se satura a arena seca,
a yerbabuena y a berro!
En el tórax de Juan Cuenca
bulle gozo la mujer,
la Chocha que era sol-aire,
su fuego, su sal, su dulce,
su mote, su tierra y su agua!

Juan Cuenca creó ese día.
Timonel de latitudes,
viajó con rumbo a sí mismo.
Sumergiéndose en el río,
filtraba carne y conciencia;
el río es arteria de agua
para acequias con sangre de agua;
el agua fluyó buída,
fraternal, regenerando
las zonas de manchas feas;
con el agua, también cielo
-cielo que viaja en el agua-
se trocó en cerebro limpio
del marido de la Chocha.

Domingo en el campo puro.
A sorbo lento y delicia
se sorbe a Dios en el río.
La Tierra, a compás, palpita
en los pulsos de los hijos!

— 16 —

Crepúsculos en semáforos.
A cada minuto el cielo
cambia toda la tramoya
de sus nubes y colores.
Ocaso de concha y ambar,
de granate y lapizlázuli,
de nacar y de azafrán,
de miosotis y de malva,
de hoja de lima y limón.

Sumergida está la urbe
dentro la luz que reflota
sus ondas de vaso de agua;
las calles, con lenguas largas,
acarrean el fulgor
de la luz abierta venas;
jardines de sombra y luz
titilan en todo Cuenca.
A lo lejos, está Turi
temblando, viva esmeralda,
en un tamiz de neblina;
y en la corona del monte,
está presa una casucha
que, vista de aquí, del Parque,
parece no más el Arca
de Noé, luego el diluvio...
Tiembla colores el aire.
Y en los alambres desnudos
recorren hilillios-luz.
Arboles mojan sus frondas
en los nervios del crepúsculo.

Crepúsculo desde el cielo.
Crepúsculo aquí, en la Tierra.
Crepúsculo al corazón
de Juan Cuenca que, en su huerta,
escarmena pensamientos...

Sin un sentir definido,
Juan Cuenca exhala suspiros,
sin precisar por qué causa;
ojos empañados shullan
de lágrimas, sin motivo;
ve a sus niños y le punza
desvanecida ternura;
estira manos a ellos,
como intentando abarcarlos
a todos dentro del ruedo
anchuroso de ssu brazos,
y una congoja enfermiza
trepando va su garganta...
El Cuenca se esfuerza por ver
qué maleficio le cierne
alas negras en su mente;
ve círculos mortecinos,
cerrando vuelos siniestros,
sobre el cielo de su hogar;
pero no sabe a qué lado
hacen su ruido esas alas;
mas... las ve: sombrosas, feas,
encima de las mejillas
de su mujer y los hijos;
un sentimiento funesto,
con su color de temblor,
se arrastra por torno de él.
Mas, el cholo es impotente
a conjurar los presagios...
Si hubiera bebido... bueno:
su sentimiento sería
la sedación, el chuchaqui
en los nervios flagelados.
Pero el Juan no hubo bebido,
desde hace un mes, ni una gota..

Queriendo poner cerrojo
a fantasmagorías vanas,
entra a su cuarto y enciende
de súbito, luz eléctrica.
Remansó un poco su espíritu.
Ve a la Chocha, y se enardece;
busca su boca, y la muerde;
recorre, con apretones,
toda su carne candela;
la besa... la besa, y se enerva,
pidiendo que, con su vda,
ahuyente sombra enemiga...

La noche da tumbos negros,
tal que un perro envenenado.
A la tierra no se la oye...
cántaro sin fondo, está...

— 17 —

2 años iba pagando
el préstamo de la Caja
por la compra de su casa.
Cada día un trecho más
era ya propio del Juan;
hoy una teja, un ladrillo,
mañana un árbol, un cuarto...
hasta ser dueño absoluto.

De pronto... careado aliento
enturbió el alba blancura
de los días de Juan Cuenca.
Un día... el tal Mr. Buck
ordenó que no compraran

más toquillas sus agentes.
Decía que estaba llena
su bodega de sombreros,
listos para exportarlos;
que el Exterior le decía
no precisar uno más;
que por esto era que él,
Mr. L.A. Buck, de New York,
restringiría el negocio;
quién sabe si necesite
a tanto compositor;
que se fuesen ya buscando
otra casa que los coja...

Entenebreció el ambiente
del obrero del toquilla.
De noche, todos rezaban
pidiéndoles a sus santos
que no dejen en la calle
a tanto trabajador;
que hicieran que el Exterior
reclamara más toquillas,
y que no falte a sus brazos
sombreros de componer.
Debatiéndose en sus lechos,
sentían frío, calor,
cargado de sobresalto;
daban vueltas en sus camas,
oyendo el lloro del guagua,
el viento entra en la alcoba,
al ratón en ajetreos,
y ese ruido, que no es ruido,
del silencio en la oquedad
de la noche apelmazada.
Al alba, ya se dormían,
criando esperanzas leves;
pero la luz los llamaba
con blanco despertador
hostigando las pupilas,
y... tenían que marchar
al Taller centralizado,
no sea que hoy día fuera
último día de pan...
postrer día de trabajo...

Situación desprevenida
que altera todo optimismo;
el mañana hace rodar
calaveras descarnadas
que ríen, desaforadas,
con risa que no se escucha,
pero que barrena el alma...
Que la risa de las cosas,
son sorna inarticulada,
es peor que de los hombres...

De los campos inmigranban
procesión de campesinos,
hacia la urbe salvadora.
Habían pasado las siembras;
y lo mismo las desyerbas;
la campiña está quieta,
germinando las cosechas
abonadas del sudor
del indio, que despreciaban
después de darles la vida.
Los indios esperanzaban
que la ciudad los ampare,
haciéndolos jornaleros
en las obras municipales,
obras públicas que empleaban
brazos, sangre, sudor y hambre
de la herramienta del campo
insertada a la ciudad;
porque el indio no es persona
para el sentir de los blancos,
del morlaco señor y amo...
apenas si es instrumento,
para usarlo y explotarlo,
para que rinda provecho
en beneficio del niño,
que luego que lo ha exprimido
hasta la última potencia,
lo deja morirse de hambre,
lo deja que se consuma,
como cáscara de plátano
botada en cualquier camino...
Pero... es un decir galano:
como cáscara de plátano;
la cáscara es requerida
por las cholas, para engorde
preferente de sus chanchos;
mientras que el indio... nada...
Cuando se vuelve piltraja,
desecho de las ciudades,
hasta los piojos y pulgas
emigran de su materia
—ellos también... remilgados!—;

de muertos, como la cáscara,
no engordan lustrosos cerdos;
quién sabe si los gusanos,
la podre exterminadora,
dejan intactos sus cuerpos...

Les decía que los indios
se llegaron hasta Cuenca
para salvarse del hambre;
tejedores del sombrero,
no podían desligarse
de ese su vicio congénito:
tejedores sus abuelos,
tejedores ellos mismos,
tejedores hijos, nietos...
tenían pues que seguir
sepultados en el vicio,
en la industria criminal
que engaña falsas promesas,
pero, que al fin... mata de hambre,
son su cortejo de tisis
y miserias hechas larvas...
Suicidio, siempre en acecho
del poblano del Azuay...

Un día... era Jueves Santo.
Juan Cuenca vió en el Mercado
a un indio cargado un guagua;
11 años tendría el niño,
muriéndose por el hambre;
desde Ricaurte vinieron,
con su carga de desgracia,
con su amor hecho agonía,
a ver si los ciudadanos
se condolían del indio.
Por las calles y las plazas
presentaban su miseria;
con ojos suplicatorios,
miraban a los católicos
implorando una limosna
para el niño que boqueaba,
que cielo, mojado en lluvia,
fallecía en sus pupilas.
Hombres de negro pasaban,
agachados la cabeza,
pasa y pasa sebo y rezos
en los mullos del rosario;
sus pies limpiaban el barro
en la bayeta del indio
sentado sobre el alar.
Cargado el niño, su taita
ponia su corazón
en las alas de su poncho
cubriendo las piernas flacas.

—"Por caridad... den agüita,,
para mi hijo, que agoniza!..."

Susurro de voz de madre,
tendiendo manos heladas
a los cielos que lloraban
por Jesús en la prisión...

Qué también sería, pues,
del niño que agonizaba
desamparado en las calles!
Qué también sería, pues,
de los padres que portaban
carga de amor hecha muerte!

Crugieron huesos del hambre
por aceras y obras públicas.
Mano, esquelética, bronca,
hizo sonar sus falanges,
sin calor ni tendón tibio,
dentro del barrio de El Chorro...
Las costillas asomaban
más que nunca, ahí en el cuerpo
de perros de lana sucia;
sólo las aves volaban,
aviesas, agilizadas,
contrastando con lo turbio
de las miradas obreras,
pesadas, a ras de tierra...
de tierra hueca, sin fondo...
Pensamientos pesimistas
salían de los estómagos
ayunos, flojos, helados...

Los cholos comisionistas
se quedaron con sus compras;
sus docenas de sombreros,
ahí estaban, empolvando
la blancura de sus pajas,
tirados bajo las camas.
Los cholos se desprendieron.
perdiendo, de sus toquillas;
favor hacían los niños

y los gringos negociantes,
en comprar mercadería
para tenerla guardada...
Así, Mr. Buck compró
sólo a dos sucres toquillas
que valían más de 3...

El marido de la Elisa
se jalaba de los pelos,
y envidiaba lo que el Juan
se retiró sin perder,
y eso que el Julio la plata
del capital hizo juruca...
500 sucres el Julio
iba perdiendo hasta ahora;
rencores sordos zumbaban
su malhumor en el chaso,
al constatar que Juan Cuenca
todavía trabajaba
los toquillas de L. A. Buck.
Hace tiempos que dejara
lujos de rico el tal Julio...
Ahora, casi agachado,
andaba con overol
y zapatazos de suela.

Algunas casas cerraron,
por completo, sus negocios;
y era de ver a los cholos
del Taller centralizado,
buscando, por todas partes,
sombreros de componer.
Ofrecían trabajar
por un más bajo salario;
pero aquellas casas grandes,
demás tenían obreros,
y no iban a contratar
compositor de otro Taller...
El sombrerero angustiaba.
Los hogares zozobraban
por la falta de trabajo;
libremente no podían
agenciarse sus docenas,
a que les dieran sustento.
Sórdidas competencias
inquinaron a los cholos,
que maldecían la hora
de haber servido en Taller
de casa centralizada;
si no más por cuenta de ellos
hubieran trabajado antes,
este rato no estuvieran
casi muriendo de hambre...
Ya nadie los contrataba,
porque el gringo de New York,
hasta en la tierra morlaca
implanta su imperialismo...

Se acabaron los toquillas
del Taller de Mr. Buck,
que un mal día dijo al Cuenca:

—"Oiga, John, yo aprecio osté,
pero ya no hay trabaja,
para nadie, en mi Taller.
I'm sorry, but no job!"

Con lágrimas en sus ojos,
alambres de púas finas
le raspaban en la sangre
al obrero chaso Cuenca.
Sus negros presentimientos
tomaban cuerpo maldito;
y una sombra, sombra dura,
se alzaba entre él, y la vida,
tratando de aniquilarle.
Sollozo que en la garganta
rueda presencia de zinc:
tosco, grisoso, ondulado,
para que sobre él goteen
hilos salados de lloro.
La existencia se cuajaba
gota aceitosa, enturbiada,
en mortecinas pupilas
de la Chocha y de Juan Cuenca;
que a los hijos no horadaba
todavía la desgracia.

Con cruz de entrañas amargas,
Juan fué recorriendo todas
las casas de los señores.
Se tropezaba en sí mismo,
sin atinar las palabras
que habían de convencer.
La sangre le iba pesada,
como si, a más de la suya,
las sangres de padre y madre
resucitaran en él...

En todas partes: "no hay nada...
buen chasito sois vos, Juan;
si te diéramos trabajo,
pero aura no puede ser!"
Juan recordaba de Cristo
destilando su viacrucis...
Lanzadera de derrotas,
el Cuenca enredaba nervios
desde el alba hasta el ocaso,
y en ellos crucificaba
la anodinia de su nombre.
De hora en hora sucumbía
al pesimismo larvado,
agrandando el vencimiento
en mar de imaginaciones.

Sus colegas, por lo bajo,
estaban no mas alegrando;
y, aunque pena era de todos
los que estaban sin trabajo,
gozaban, diciendo entre ellos:
"aquí, chaso desgraciado,
te quise y te quiero ver!
Antes eres pretencioso,
hasta casa te compraste
para darte pes de faite...
Aura paga tanta prosa,
aura agacha pes el moco!"
Y, con malsanos humores,
se reían de Juan Cuenca,
porque sí... por hacer daño,
por espíritu... perverso.

La Rosa haciendo polleras
vuelta que vuelta la rueda
de su máquina, cosía,
escondiéndole su llanto,
presentándole sonrisas
que le dieran fortalezas;
pero el Cuenca, empesinado
en que le muerda la pena,
criaba, entre pecho y mente,
ramas y raíz de ortiga...
Le escocía al cholo Cuenca,
como yodo derramado
sobre el mismo corazón,
contemplar cómo los pies
de la Chocha se movían
en alas aprisionadas,
funcionando velozmente
la vitalidad de su Singer.

"Juanchito... ve, no te angusies...
yo sí saco algo de plata
para pagar la casita.
Teje sombrero mejor,
y nos dará para el come.
Ya ves que niños decentes,
a la ponderación: todo hombre
de nuestro Cuenca ajetrean
buena plata en el tejido;
el toquilla es el que da
sustento a todo cristiano.
No hagas mala sangre, Juan,
hay que tener pes coraje
en esta prueba que manda
Taita Dios para probarnos!"
"Ele... áhi están pes los guagas
raspándose la barriga,
"¡pan! ¡pan!", todo el día,
sacándome de paciencia.
Si no encuentro en este mes
trabajo... me he de largar!
a la Costa! a donde quiera!
a donde pueda hacer plata
para vos, para los guaguas...
Que triste es nacer pobrete,
pobrete hasmerreir de todos!"

Tejió toquillas el Juan.
Se pasaba muchas noches
velando sobre el sombrero,
trenzando, entre paja y paja,
sus suspiros y el cansancio.
Como una noche tosiera,
con tos hueca y continuada,
se acordó de la Mercedes;
recordándole a su madre,
sintió siniestro placer;
tosió, y escupió en la mano,
para ver si la denuncia
de la sangre traicionera
le salvaba de la vida...
Pero nada!... el limpio esputo
soltó su rabia y su llanto.
Precisó que 15 días
ya estaba desocupado;
15 días sin trabajo

son muchos para un obrero,
que vive no más al remo
de lo que produce al día.
Los fondos individuales
de la Caja del Seguro,
no podía retirarlos
antes del mes de cesante;
y si dejaba tres meses
de pagar de la casita,
se llevaría la Caja...
la Rosa y los guaguas, al aire,
pedirían pues posada
donde los suegros del Juan. .

-"Pero eso nunca!-se dijo-
mas que sea bato lodo,
pero no he de mendigar
la caridad de mis suegros!"

El lloro del último hijo
le arañó dentro el cerebro,
y el acento de la Chocha,
al engañarte al pequeño,
estaba roto en congojas...

Juan Cuenca se imaginaba
estar andando un desierto:
piso blando bajo el pie;
horizonte movedizo;
por todas partes el cielo,
el cielo y piso flexible;
la sed que le consumía
no hallaba agua a mitigarle.
Y nadie... nadie en redor,
el silencio centelleante
de las arenas fulgidas...
Con la cabeza entre manos,
reventaba el pensamiento;
el corazón, a la boca,
le atragantaba el respiro.
Vió el sombrero que tejía:
ushuro, informe, chorreando
-sería de agua o de llanto...-;
las pajas desparramaban
filamentos de tortura
envolviendo voluntades,
nervios trizados de pena,
vida embalada en miseria.

Contemplando su toquilla,
la sangre le saltó en garra;
asió el sombrero e, iracundo,
quiso romperlo en pedazos,
consiguiendo solamente
arrancar algunas pajas,
achucharrarle la copa,
hacer que pierda su facha,
pero que quedase intacto
el tejido de sus dedos;
la tramazón de sus cuadros,
apretados, firmes, muertos,
le decía, sin palabras,
que en ella estaba latente
la historia de su desgracia,
el memorial de sus días...
Madeja de sangre tierna
resbalaba por las uñas
del trabajador Juan Cuenca...

Telón de fondo el celaje.
Resaltaba el Guaguallzhuma
con sus espaldas violáceas,
gigante que está dormido
sobre sus entrañas de oro.
Juan evocó la leyenda
que dizqué un chaso del Sígsig,
con varillas San Cipriano,
cada vez sacaba el oro
donde indicaban sus fierros.
Se dijo que Dios no es justo,
que reparte ssu mercedes
solamente para algunos...
Pero blasfemias calientes
no salían de sus labios;
algo alentaba, impreciso,
en su esperanza pequeña;
algo... que no sabía
de qué modo llegaría,
pero que estaba presente,
vivificando el rescoldo
ansioso de persistir
erguido frente a la vida...

Con la aurora, el chaso Cuenca
se dispuso a descansar.
Ya la Rosa, despertada,
trataba de levantarse,
arropando a los pequeños

con la cobija salvada
de ir a la tienda de empeños.
-"Qué crees que es la vida, Chocha?"

-"Ay, calla, Juanchito... tonto!
Vienes no más con preguntas
del Atacocos demente...
La vida, la vida... es pues...
lo que vivimos, bonito!"

-"No, mujercita... la vida
es un monte de colores,
con Sol, palomas y frutas...
un monte, bien empinado,
donde para ir a la cumbre
tenemos pes que luchar,
agarrando a los espinos,
ensangrentando las manos,
dejando trozos de carne,
suspiros, lloro y dolores,
para llegar a la cima.
Y cuando estamos arriba,
hay un tablón, bien planito,
que da gusto de pisarle.
Y al otro lado una peña,
cortada a tajo, bien lisa,
como untada de jabón,
lleva a lhombre a la desgracia...
La vida es subir el monte,
mantenerse allá, en la cumbre.
riendo, feliz, contento...
Para subir esa loma
tardamos no más un mundo!...
Y los pobres no podemos
mantenernos allá arriba,
rodamos, rodando a tumbos,
por la peña jabonosa...
La vida es un monte, Chocha!"

-"Duerme mejor, maridito!...
No te hagas aura el poeta...
Con tanta pena, como hay,
vienes a perder el juicio...
De Dios sería pues, Juan,
que nos venga este penar!"
-"Oye, Chocha, aura recuerdo
que a mi Virgen le ofrecí
una misa si zafaba
de la pobreza... Te acuerdas?"
-"Si ayudó pes Mama Virgen!
En el negocio del Julio
monsrro plata nos pusimos.
Voy a empeñar, lo que quiera,
para pasarle la misa!
Por ingratos nos castiga..."

-"Mañana mismo, Chochita!
El cristiano, cuando rico,
se olvida de sus promesas...
Que perdone Mama Virgen,
más vale tarde que nunca!"

— 18 —

Profundamente durmió
Juan Cuenca el 3 de Noviembre.
Ele... áhi estaba la dicha
Fiesta Patria del cuenqueño:
cañonazos, cuetes, flores,
desfiles y peroratas,
chuma del blanco, en hoteles;
bailes en el club del niño;
champañas, bombardas, luces...
pero el Pueblo que, con sangre,
afirmó el 3 de Noviembre...
ni hostia le daba el grande!
Juan Cuenca durmió hecho tronco.
Las 8 de la mañana
le cayeron en los ojos
con sus brochazos de cal.
Se despertaba risueño;
pero, en seguida, la vida
le acorralaba en el cerco
de su diaria nesidad,
manteniéndole amargado,
erizo en furor de nervios...

Apartaba a sus pequeños
con rencores agresivos,
en reacciones de impotencia
de su cariño de padre,
inútil de mantener
la sonrisa en el hogar.
Costra dura el corazón,
forrándose a los dolores;
que dejaba traspasar
pero cáscara delgada,

a lo vivo del sentir,
a lo hondo, a lo hondo, la pena:
ratón que estaba royendo
la pulpa del corazón.
En tórax robustecido
por optimismos pasados,
ahora desinfla el Juan
todo su pecho en suspiros...
Pupilas vueltas al cielo;
escalofrío en el cuerpo;
los ojos, como los pinos,
chorreando llanto sus grietas
para que forme la goma
que su misma herida pega,
dejando dentro la angustia...
fibra abundante y maleada...

Salió de su casa el Juan,
como el masho va a la luz:
ciego, aleteando loco,
topeteándose en su vuelo,
raspando en la nube virgen
la penumbra de sus alas.

-"Dónde bueno, amigo Cuenca?"

Iba a reaccionar violento,
pensando que se trataba
de los señores políticos...
Pero no! El Vichi le sonreía,
tendiéndole mano prieta.
-"Por qué te asustas, hermano?
Ya casi te desconozco...
has flaqueado, pobre Cuenca!
Acaso estuviste enfermo,
o, quizás... más bien me callo!"

-"Eso que aurita has pensado
me está ocurriendo, Vicente...
Ya un mes que no tengo nada!
De milagro estoy viviendo...
La Rosa... los guaguas... todo!
se compromete conmigo
para sacarme de juicio!
Cierto que ellos nada piden,
pero a mí me da vergüenza
que siendo un hombre derecho
esté sin calé al bolsillo!..."

-"Vente a tomar unas copas.
Con la barriga caliente
podremos hablar mejor."

-"De puro hombre me contengo
de darme a la borrachera!
o será... más bien, Vicente,
que Dios me libra y ampara
de imitar no más, en todo,
así como era mi taita?"

-"Ve Juan... te rompes los sesos
por la gana de fregarte.
La vida es mula mañosa;
no hay que estar pensando mucho,
no hay que buscarle el estribo,
no hay que estar dándole vueltas
para poderle montar;
un salto, zaz... y ya está!
Luego, montado, te agarras;
a ver quién te bota al suelo!
Ya me ves, mi hermano Juan!
Casi un botado yo era...
antes de irme a Portovelo;
por mí nadie daba medio;
me ladiaban con el pie
como a pucho de tabaco;
pero aura... Vicente Parra,
para servir a cualquiera!
Traiga 2 draques, patrón!"

-"Ay... cuenta, cuenta, Vicente,
cómo te ha ido pes allá?"

-"Largo y lindo es de contar...
mas parece cuento, vieras!
Una semana pudiera
contar y contar y contar
sin que vos sientas la gana
de comer y de dormir.
Pero, a que sepas, te digo:
que Portovelo es el cielo:
con las casas bien aseadas,
con las cubiertas de zinc,
con alambre en la ventana
para que no entren los moscos;
hay almacén, una fonda,
comida mejor que aquí...
y el trabajo de las minas

casi se hace sin sentir,
por el buen trato que dan
capataces y los gringos.
Después... cojes tu jornal;
gastas en esto, en lo otro,
y lo que sobra derrochas
con mujeres de vestido,
perfumadas y pintadas,
en el buen barrio "Machala".

-"Bueno... pero, Vicente...
el trabajo de las minas..."

-"Es bien sencillo, Juancito!
Vos entras con lamparita,
que te amarras en la frente,
para ver dónde trabajas;
donde vos pones el ojo,
ahi también pones la luz,
y ahi donde has puesto la luz,
vas metiendo tu barreno
que hace saltar, hechas polvo.
hasta a las rocas más duras;
después, los dinamiteros
hacen volar grandes bloques
en donde vos has cavado;
después, enmaderadores
van sosteniendo la mina
a que no aplaste al obrero.
Es lindo trabajo, Juan!..."

-"Adentro ha de hacer calor,
como un horno atascadote
de candela hasta la boca..."
-"Ni nunca, tontito Cuenca!
Hay mucha ventilación,
con máquinas de los gringos;
y, a ratos, hasta hace frío...
y eso que uno se destila,
suda que suda,, a chorreras..."

-"Pero... no dará pues miedo
meterse dentro la mina?"

-"Jaja!... Te acuerdas, Cuenca,
que, de guambras, nos metíamos
en esos tubos de fierro
que del tanque bajan agua
a la Planta Municipal
para darnos luz eléctrica?
Allá, es lo mismo, mi Juan;
solamente que no hay luz
del otro lado del tubo...
Vestido con ropa vieja,
descalzo, vos vas entrando
a la entraña de la mina;
porque es a la misma entraña
de la tierra que te metes,
hasta el mismo fondo de ella!
En la mina hay estaciones
que tienen luz natural;
pero te sigues metiendo;
ya no ves día, ni nada,
sólo se anda iluminado
con la lámpara a carburo,
igual que, cuando muchachos,
poníamos en la frente
la luz de los ninacurus!
Allí en la mina se nota
lo que vale el compañero!
todos nos ayudamos
para trabajar mejor;
y es un consuelo la voz
de un cristiano, ahí, a tu lado.
Al principio la tiniebla
te asusta, pero después
parece que vos manejas
el mundo desde la mina.
Entonces, vos te haces hombre,
por la fuerza del destino,
y ves que esos, que habitan
sobre el suelo de la tierra,
no se comparan, en nada,
con lo macho del minero,
del que trabaja en lo hondo
del cimiento de la roca!
Tienes oro por tus dedos,
oro que se hace billetes
en el día de los pagos!
Que linda es la mina, Juan!
Ahí dentro se está abrigado,
como debe estar el guagua
en el vientre de la mama..."

"Oite, Vichi... si yo fuera...
a trabajar... en las minas...
me aceptarían los gringos?"

—"Ya lo creo, pues, mi hermano!
El serrano es preferido,
nunca dejan de cogerle
viendo su robustez!
Y nosotros, los cuenqueños,
bien comidos, somos fuertes,
dejando nombre bien puesto
allá en las minas del gringo!
Al año yo me ganaba,
de maquinista, veamos...
unos mil quinientos sucres!
Pues, andate allá, Juan Cuenca,
has de hacer plata a zurrones,
para gastar... Eh, patrón:
denos cerveza Cristal!"

—"Cerveza Cristal, Vicente?
Tomemos mejor más draques,
un sentido dizqué cuesta
la cerveza que pediste...
No seas tan botarate!"

—"Sentido?... no friegues, hombre!
Para eso yo tengo plata,
para enterrar a cualquiera!"

—"Por ónde tendré pes que irme,
a Portovelo, Vicente?"

—"Por Loja te debes ir.
De ahí no más que un pasito
al campamento minero.
Verás, verás que agradeces
el consejo que te he dado!
Caray... la cerveza chuma!"

—"Mezclada con aguardiente
es fea pues la cerveza.
A mi también me comienza
a coger la chuma el cuero...
Pero, qué importa, Vicente?
Todos mismo se emborrachan...

Que viva el 3 de Noviembre!"

—"Qué viva! Que viva Cuenca!"

—"Yo soy pes Cuenca, Vicente!"
—"Qué viva el Parra y el Cuenca!

En Portovelo extrañaba
esta fiesta de mi Llacta...
Por más que me haya ido bien,
dice de verdad el pueblo
que el morlaco ha de morir
abrazado al capulí!
Que viva el 3 de Noviembre!"

— 19 —

Por más que hiciera la Chocha,
atarantábase el Juen
con su viaje a Portovelo.
Pidió reintegro de aportes
de la Caja del Seguro;
190 sucres
recibió de ese concepto.
50 ayoras de a uno
dejó en manos de la Rosa,
recomendando a los guaguas
que cuide la propiedad,
que trabaje en sus polleras,
que pague puntual la cuota,
con lo que pueda, la Chocha,
a que no quiten la casa;
más que sea que se humane
a vivir donde sus taitas,
para que arriende la casa,
y todo lo que produzca
entregue no mas al Seguro.
El también le mandaría
todo el dinero que sobre
de sus gastos en las minas.
Emborracharse... ni nunca!
vida honrada llevaría,
como hasta aura la llevara.

—"Verás como vengo, Rosa
mejor que el Vicente Parra!"

—"Dios te oiga pes, bonitico!
Ya ves que yo así, almitica,
me quedo no más sin nadie,
sin varón que haga respeto...
Por los guaguas... cuidaraste!
no harás ninguna imprudencia,
no vayas... no vayas, Juan,
a dejar allá los huesos!
Tienes que venir, Juanchito,

para ver nacer al guagua
que aquí dentro te estoy dando..."

Trozadas frases de lloro
en los pulsos de ambos dos.

Los lamentos de la Chocha
se fueron entremezclando
con los ruidos del camión,
que le arrancaba el marido.

Juan Cuenca acopió de nuevo
más bríos vitalizados;
su pecho es una alcancía
con monedas de esperanza.
Cree llegar a Portovelo,
y, enseguida, estar empleado;
para eso tiene sus bíceps
en pelotas de trabajo;
su cara está arrebolada
de viento de Sierra Azuaya;
el mote blanco de Cuenca
se ha trocado en vitaminas
en la sangre de este chaso,
prototipo de su tierra.
Va en son de conquistador,
con imperio permanente
de su sangre hecha bandera
de optimismo sin cuartel.
Para el camino veloz
trashojando los paisajes
como láminas de un libro,
en chiflón alborotado
de luces y de matices,
de kilómetros y días,
de vientos y de jilgueros,
La geografía arrugada
en sus fantásticas gamas.
de ríos y sementeras.

Juan Cuenca viaja orgulloso,
reencontrándose a sí mismo,
jinete en mula mañosa,
montada así, zas... de un salto!

...De pronto quedó Juan Cuenca
deslumbrado ante ZARUMA.
Si es que el chazo fuese leído
hubiese pensado así:

Zaruma: jardín del Cielo,
con calles tres metros de ancho
y con aceras de gradas
que cuando no dan a casas
abren flores a millares
en sus vallas polícromas;
callecitas con sus casas
ostentando en sus fachadas
sus portales entablados
abiertos a todo público.
Colinas en gran diadema
que el Infinito se trepan
ansiosas por encontrarle
a Alonso de Mercadillo
su Fundador-Criador
que le entregó El Corazón,
Su Coraje y Su Nobleza
incrustándolos inmune:
hacia el Norte está El Calvario,
al Noreste Colina
signada La Libertad,
al Noreste Zarumurco
y allá al Sur el Portobelo...

Montículos con sus casas
de Nacimiento de monjas,
en el valle van sus ríos
el Güichigüichi, Amarillo,
el Calera... todos ellos
acezando sobre piedras
asombrosas en esmaltes,
soroche, vieja cristales.
Zaruma en donde el tiempo
colonial se ha detenido
para mirar, aplaudiendo.
cómo es que está progresando.
Qué caballeros sus hombres!
Qué maravilla en mujeres:
en donde se huele a Dios,
a la Novia y a La Madre!
Zaruma que el mismo vientre
de su Museo atesora
reliquias de relumbrancia
de El Génesis de Zaruma;
allí sus hitos geográficos,
y sus históricas marcas;
sus vegetales latidos,
virtualidad de sus hijos
que supieron gemelarse

al portento de su tierra;
se siente hervir en La Sangre
Fe de Presencia Vital
de Un Paraíso Terrígeno:
paisajes diminutivos
en belénicos facsímiles.

Zaruma: que el 26
de Noviembre y en el año
de 1820
alcanzó Su Libertad
y sus Derechos Humanos
de Patriotismo e Igualdad:
que hasta Hoy empuña viril
Su Civismo y Lealtad
consagrada Honra y Honor.

Zaruma: aquí en cuya Plaza
de La Independencia se hizo
la Asamblea Popular
que el 29 de Noviembre
mil 827,
decretó en Acta Solemne
Proclamación de PROVINCIA
DE EL ORO que es oro humano
de EL ORO que Es Patria Entera.

Zaruma fue destinada
a Capital de Provincia,
y bien que lo merecía:
por todos sus atributos
gestados en Guayquichuma!

Y... llevándose así a Zaruma
entre sus ojos abiertos
al corazón pasionista,
Juan Cuenca: que ahora pudo
bautizarse JUAN ZARUMA,
con justicia de morlaco
hermano de los **zaruchos,**
a Portobelo marchó.

— 20 —

Aquí las minas del gringo,
nutridas a plena sangre
por el cuerpo ecuatoriano,
que la soporta en su vida
como pústula infectada.

Juan Cuenca, con vista de ojos,
va descubriendo la carne-
geografía d la Patria,
y se entera que es distinto
aprender de nombre cosas,
y otra en el mismo terreno.
Portovelo... minas de oro
de propiedad de los yankis
que están en Cantón Zaruma.
de la provincia de El Oro;
subtropical en su clima,
y el cielo de azul completo...
Esto, casi lo sabía,
pero lo tuvo, flotando,
como hoy, todo el campamento
dentro sus ojos inquietos
-pájaros que buscan rama
para otear los horizontes...

Sobre del punto "El Castillo"",
en el dorso de un montículo,
la Gerencia se elevaba
bruja sentada al bochorno
del calor que trascendía
a la herida del subsuelo;
rodeándole a la Gerencia,
las casas de gringos zarcos
que fruncían caras rubias
al salir del Hospital,
que lo llaman"Curipamba"
-llanura áurea, dice el quichua-
denso olor a yodoformo.
Más abajo están las casas
del empleado ecuatoriano;
y, más abajo de todo,
la vivienda diminuta,
estrecha, insalubre, ciega,
del obrero ecuatorano...
3 niveles en el monte,
3 niveles de fortuna:
primero, están los señores,
en la cumbre de la tierra;
más abajo los vendidos
nacionales a los yankis
y, a ras del suelo caliente,
hundidos los pies al polvo,
casi fundiéndose en él,
los que son los natos dueños
de monte, cielo y de mar,

de viento, de lluvia y Sol
que vive aquí en Ecuador
pero... ya, como el nativo
tiene su semblante prieto,
es preciso que los blondos
ciudadanos extranjeros,
los sangren, vejen y roben
el natural patrimonio
que les da la propia tierra...

Y bueno... Juan conocía
casas como de barajas,
acentadas, alairito,
en las laderas rajadas
con anchas grietas de polvo;
pero no... no han sido grietas,
sino son las callejuelas
pavimentadas de todo
desperdicio del lugar.
Espesas rachas pungentes
emergen desde una acequia,
yendo a terminar al río,
llevando las inmundicias
del clima y de los mineros,
de la mujer alquilable
de la calleja "Machala",
y de algunos comerciantes
del barrio llamado "osorio".
Cordillera de madera,
pintada de bajo tono,
tiene en su vientre los cuartos
-3 metros por todo lado-
para que viva el obrero;
mas no individuo por pieza,
sino hasta 6 y hasta 9!...
Allí descansó Juan Cuenca,
junto al sudor de 8 cholos
de Ricaurte y de Nabón,
de Guachapala y Quingeo,
la noche que le tomaron
de enmaderador de mina.

Carne sudada y caída
de palúdicos azuayos,
que perdieron rozagancias
por el lívido amarillo.
Demás estaban las frases
para el paisano Juan Cuenca,
él mismo daría cuenta
de lo que era Portovelo...
En el santo suelo sucio,
se derrumbaban al suelo;
pues, primero era el comer,
luego después el dormir;
si apenas les alcanzaba
el jornal para alimentos,
cómo hubieran pues tenido
catre de palo y colchón?
Maquinistas y paleros,
carreros, despachadores...
denominaciones varias,
pero siempre eran esclavos
del explotaje del gringo;
esclavos que duermen hondo,
en sueño de semejanzas
con la quietud de la muerte.
Pasan las horas volando
sus minutos y segundos,
pero el dolor, siempre fijo
en la sangre del minero,
se va tornando presencia
de desgaste inalterable,
haciéndose estatua pétrea
dentro la piel del minero...
Porque la vida ramacha,
a cal y canto, en el alma,
espíritus de miseria...

Juan Cuenca no tuvo sueño.
Impacientaba, afiebrado,
por comenzar el trabajo;
pronto que venga la plata
pagadora de su esfuerzo,
la plata que mandaría
a la Chocha y a sus guaguas.
mil luces de restallido
de cielo contra la tierra,
por sus ojos penetraron
en el cuerpo de Juan Cuenca.
Olores desconocidos,
ambientes no presentidos;
hasta un sabor muy diverso
al desayuno morlaco,
tuvo el café que pagara
en la Fonda Nacional.

Como camisa de seda
del Gerente de las minas,

brillaba este día al Juan
que no cabía de gozo.
Pero, los otros mineros
marchaban sin energía,
cuerpos agónicos que andan;
la sola luz de sus cuerpos
es la lámpara prendida
con fulgurancias a sus frentes.
Con la lámpara, parecen
médicos puestos espéculos
que van a hacerle la autopsia
a la carne de la Tierra...

Por el "Pique Americano"
el Juan desciende a la mina;
el ascensor se sumerge
300 metros profundos
en la entraña de la Tierra;
la luz que portan los hombres
fosforece entre la roca
con pálidos lengueteos,
verde-amarillos y tísicos,
cual si los rostros obreros
iluminasen la hondura...
Mas parecen los mineros
ser ladrones con linternas
muy sordas, para robarles
las reservas del metal
que se guardan los subsuelos.
El aire llega a faltar,
y jadean los pulmones
como si fraguas soplasen
dentro la médula y ruina
de aquellos topos humanos.
Muñones negros, mojados,
a los lados del nivel,
hacen funesta la mina
asomando las heridas
causadas por voladuras.
Cuando sube el ascensor,
entonces los hombres quedan
condenados a tiniebla
que se rompe con la luz,
que, a cuchilladas, tajea
el ambiente que se masca
medio amargo, ácido, espeso,
en la misma boca humana.

Comienza ya el arrastrarse
por la estrecha madriguera.
Culebra se vuelve el hombre
para escurrirse sinuoso
con su equipo de minero,
Ruido rromo hacen los picos
al golpear contra la roca;
ruido igual al de cadenas
que engrilletan a los cholos;
pero el ruido es asordado
por el lugar tan profundo,
igual que los dictadores
amortiguan en presiidos
las cadenas que ellos clavan
al tobillo del rebelde...

Ya en la angosta cueva suena
raudo roer de la broca
del barreno que despide
sus nubecillas de sílice,
sutil, impalpable, fina,
que llega hasta los pulmones
acezantes del minero
chorreando copiosamente
por sudores pegajosos.
2, 4 perforaciones
ya listas para volarlas;
ponen mecha al orificio
los cholos maderadores;
le prenden fuego, y se alejan...
La dinamita se expande
reventando cabezasos
en la oquedad de la mina
retumbando tos y gases;
las vértebras del subsuelo
se trozan y se destrozan,
crujen entre ellas, desgonzan
violada articulación.
Y los hombres? ahí están...
Atontados por descargas
que remezonan el aire
pastoso, tenaz, concreto,
del socavón acechante.
Aprieta el calor la tráquea,
con mano peluda, ardiente,
y un cosquilleo de miedo
les electriza a los cholos.
Pudieron quedarse muertos,
por la roca que volaron...
Pero no! muertos no valen

para el provecho del gringo...

Flamea de ira la sed...
Ahí tienen llave de agua,
vayan a beber en ella;
qué importa si antes que uno
bebiera un tuberculoso?...
Mineros son todos ellos,
y, mineros que, a la larga,
todos echarán pulmones
en las hilazas de sangre
que se escarmena en el suelo...
Se suda, se suda... suda...
hasta estándose en reposo;
la ropa colada al cuerpo
con adherencias de caucho.

Pero, qué importa? Trabaje...
para eso pagan los gringos!

Trabaje, enmaderador!
forme la bóveda pronto,
porque si nó... viene al suelo
completa la galería
y mueren todos plastados!...
Apuntale, así, a conciencia,
el paladar de la mina.
No se rasque, remilgado!
lo que aquellas cucarachas
dan procesión de escozores
sobre sus mejillas, hombre!
Está en peligro, minero!
no por rascarse le caigan
los palos que va clavando
en el hueco ceguecido.
Aguante no más, cholito!
Sobre el endeble andamiaje,
hágace **z,** u ovillo;
sostenga sobre sus lomos
el mineral que da el oro
para el lujo de los gringos...
para pena del nativo...

Aguanta, minero! Aguanta!
en poses inverosímiles
trepado en el andamiaje;
tu columna vertebral
tienes que doblar, así:
saludando, respetuoso,
a los amos que te explotan.
Cúrvate! Cúrvate, cholo!
Se te rompe el peritóneo...
y qué más te da, minero?
Total: una hernia, no más!
pero la vida has salvado...
Eh... y ahora ya descansa;
siéntate un rato, minero.
Ves que suavito el asiento?
Pero apesta, no es verdad?
Te has sentado en deyecciones
mezcladas de mulas y hombres,
sobre lodo y los cadáveres
de cucarachas podridas.
A qué sulfurarte, cholo?...
Vos mismo sois deyección
que trabaja para el yanki;
deyección en forma humana...
pero, deyección al fin!
Y, sobre todo, no sientes
este airecillo que baja,
frío, frío, frío,
a ventilar madrigueras?
Te fijas vos, cholo Cuenca:
de 40 grados baja
la atmósfera hasta sus 20,
destemplándote la sangre
en continuo escalofrío
de brusca refrigerada.
Ya estás helado pues, cholo...
ya más tarde mudarás,
cambiando así, bruscamente,
de los calores al hielo.
Pero aquellos gases tóxicos
te dejaron hoy ileso;
ni siquiera te pescaste
la "borrachera del gas".
Trabaja... da el oro al gringo,
para eso naciste cholo!

El hombre respira aliento
de la mula, media ciega;
la mula respira aliento
del hombre, ya medio muerto...

Van los paleros cargando
paletadas de cuarzo áureo.
Las mulas, lisiadas, tardas,
van destapando Champaña,

con sus cascos, en el lodo...

Minero... Minero, cholo...
sigue jalando tu vida;
sois el hombre, sois el rey
de toda la Creación...
por lo mismo, duras más
que la vida de las mulas!
Las mulas, ya de esqueletos,
tienen su vivir tranquilo
para una muerte serena;
mientras que vos? -Oh, Juan
Cuenca!
trabajas hasta la muerte,
pensando que has de morir
dejando a los hijos carga
no podida alivianar...
La mula se muere sola;
con ella acaba su vida...
pues la mula no deja hijos!

Y finalizó la guardia
primeriza de Juan Cuenca.

Por la boca de la mina
negros, sucios, derrengados,
vómito inmundo del suelo,
reflotan ya los mineros.
Procesión de sombras vivas
-procesión de cucarachas-
con lucecillas verdeantes,
desde su frente, iluminan
la miseria de sus cuerpos;
hombres que hacen su velorio,
ellos mismos, cada tarde...
Viento helado los invade.
Residuos ambulatorios
de vida tornada cisco.
Ahí, en la ruina del hombre,
comienza a invadir la grippe;
y con las grippes se llega,
a tranco largo, la tisis...

Mudos, huraños, secos,
no tienen fuerza los cholos
para ir a buscar comida.
Sobre el camastro se tienden,
ásperos, estropajosos,
a que el sueño les reponga
sus maquinarias gastadas.
Secos, huraños, mudos...
demás están las palabras,
si no dan consolaciones.

Grupos de días, iguales:
embutidos en la mina,
suda que suda sus sangres,
al lado de los desechos
de animales y los hombres.
El cielo, la luz, paisajes,
son sólo dones de gringos
que habitan en "El Castillo",
sobre la tierra de El Oro,
sobre la vida total
de nuetra Patria Ecuador...

— 21 —

Días iguales, rajados,
sin pulsación de otro giro.
Los días que se hacen meses,
hasta que suman un año!...

Los mineros que se afianzan
al mañana que los salve
del presente agobiador:
"Mañana será otro día...
Mañana será otro día!"
Esperanza que se agita,
se retuerce y se agiganta
en la mente de los hombres
que se entregan al futuro
para salir del presente...

El Juan deseaba, anhelante,
que pase el tiempo veloz,
más que sea hasta 10 años;
y que ocurra lo que quiera
haya tenido que ser...
para ver si es que canbiaba
su negra suerte de hoy día.
Recordaba que las cholas
de su tierra presagiaban:
"un año es un ñaño pues..."
Mayormente se aferraba
a la fuerza del futuro
que, por ignoto, da alientos.
Pero aquí, los días, fieros,

oscuros, como la mina
que llora sus humedades
que se filtran al subsuelo.
Días iguales... iguales...
de bagazo abandonado...

Juan Cuenca tuvo mareos,
vómitos fuertes y náuseas,
y los mineros decían:
"El pobre Cuenca ha cogido
la "borrachera del gas"...
Sus colores se perdieron
sorbidos dentro la mina,
en 12 meses fatales;
tuvo dolor de cintura,
molestias en el estómago.
Pero... a quién iba a quejarse?
Los médicos recetaron
unas píldoras amargas,
que ningún alivio dieron.

-"La Chocha, con unas yerbas,
me curaba, más que médico,
los males del intestino...
Pobre Chocha... pobres guaguas!...
y yo sin mandarles plata,
como dije que he de hacer!
Pero cómo pues, Dios mío?
apenas si hay para mí..."

Ausencia..., Plomiza ausencia,
avivando los cariños
de la Chocha y de los guaguas.
A los males de la mina,
se juntaba estotro mal
Presentes, presentes, fijas,
ahí estaban las presencias
de los cariños del Juan;
todo el día los llevaba
en rincón de sus pupilas,
nutriéndolos con recuerdos.
Escenas casi olvidadas
se presentaban de nuevo
con fuerza vital de vida,
que más que recuerdo daba
su real autenticidad.
Y tanto... que allá en la entraña
del socavón nauseabundo,
el recuerdo de los suyos
se desdoblaba del Juan
y se andaba por la mina,
entre halos de nube azul;
cuando violaban la roca
se imaginaba Juan Cuenca
que su familia volaba
en los trozos de la tierra.
Una vez... gran barrenada
dentro una roca gigante,
y ahí mismo... ahí, la Chocha
y las caras de sus hijos...

-"Quítense, de ahí, carajo!"

El Juan, tapado los ojos.
temblada lenguas de perro
acezando entre sus nervios,
hecho un ovillo, temblando,
acongojado y con hipos.

-"Qué te pasa pues, morlaco?
Junto a vos estamos todos,
y te pones a gritar,
como loco, que se quiten!..."

-"Pobre morlaco!... Yo creo
que la mina dará cuenta
de la vida de este cholo..."

-Qué te pasa, pues, Juanito?"

-"De mi mujer me acordaba...
de mis guaguitos... en Cuenca"
Retumbó blasfemia enorme,
más explosiva que pólvora,
en la boca de un minero;
y, luego, le dijo al Juan:

-"Oye. Cuenca. Vos sois bruto,
un bruto entero y completo,
que a este infierno le traes,
más que sea en pensamiento,
a tu famliia de Cuenca!
Haste duro, piedra, roca,
corazón de acero y fierro
para que no pienses más
en tu mujer y en los hijos,
cuando revientan la roca;
ni siquiera en lo que piensas

deben ellos conocer
este lugar de martirio,
donde nosotros morimos.
Y hasta eso puede maliar
la suerte de tu mujer...
si es que tiene buena suerte!"

Juan Cuenca comprendió claro
las sentencias del amigo.
Se dijo que si él pensaba,
dando y cavando, en la Chocha,
por alguna cosa rara...
acaso le contagiara
de su suerte a su familia;
sabía que la desgracia
es el más veloz microbio,
que basta que se la mente,
a que ya esté dentro de uno,
más pegada que la sarna.
Juan Cuenca estaba pensando
que, muchas veces. él mismo
se labrara suerte y sino
por la fuerza de pensar
predisponiendo el futuro...
Resolvió pues no pensar.
Pero qué... ahí, en su adentro,
estaba fija la Chocha
barrenándole el cerebro.
Piensa que piensa, pensaba...
rescoldando el pensamiento
en la esquina de los ojos.
La Chocha.. los guaguas.. Cuenca...
El negror del intestino
donde los hombres arañan
el organismo terrestre,
produjo sueño al recuerdo,
y la Rosa y los 3 hijos
adurmieron, sosegados,
dentro los ojos del Juan...
Miento! que no durmieron...
se aletargaron, no más,
en la esquina de los ojos,
sin responder a las voces
del capatáz que pedía
trabajo consciente al Juan.

Afuera luz titilante
de día ganoso de irse;
el viento sonaba a goma,
goma de sudor compreso
en la camisa del Juan;
viento afilado de hielo,
de legítima gillette,
cortando la carne floja
minada por paludismo.
Afuera los focos daban
rayos de luz amarilla,
como rostro desleído
de agonizantes obreros.

-"Juan Cuenca. toma esta carta"!

Se abalanzó hacia el papel,
igual, que un ciego, de pronto,
vuelta la luz a sus ojos,
quisiera coger el Sol...

Era carta de la Chocha;
carta impresa con calores
de su terruño morlaco;
carta con tinta de Cuenca;
carta que hablaba, sin labios;
carta de nervios febriles
que acariciaba, sin manos.
Pensó en la Chocha, en el campo...
áhi cuando los dos mashaban
y el viento todo se olía
a la carne de la Rosa...
De un tirón hizo la lean;
y contemplaba al lector
sorbiéndose los renglones
de jugo de capulí
que le chorreaba en la boca
la misma sangre cuenqueña.
Si ignoraba la lectura,
él se aprendió de memoria,
como el agua, aquella carta.

Después... una pena tibia
se concretó en la garganta.
No era era de la Chocha,
porque la mujer del cholo
no entrara en ninguna escuela...
Sintióse pues defraudada
la codicia del marido
ajeno al rico contacto
de leer letra de la Chocha,
salida del pulso de ella

guiado con sangre de ella,
con la misma vida de ella...
La carta era de un doctor;
ahí estaba pues el modo
de hablar de los caballeros.
La carta se iba enfriando,
por lo dicho, tan de un modo...
que mala espina picaba
la emoción del chaso Cuenca.
A más de buenas noticias,
de la salud de los hijos,
del nacer del otro guagua,
del trabajo de polleras,
la Chocha le refería
que su máquina le daba
apenas, el alimento;
que ella cosía en el día
y que la noche el sombrero
le consumía las horas;
que se secaba clamando
la divina protección;
y que no era pues posible
pagar la cuota a la Caja
del préstamo concedido...
que ella tuvo que arrendar
otros cuartos de la casa,
reservándose uno solo,
que le servía de todo;
los arriendos, por los suelos;
los inquilinos, tramposos...
-pobre gente sombrerera,
apenas el come tiene-
no daban pues el mensual
para el pago de la cuota...
Por eso ella diera el sí
al Dr. Zeta, a que supla,
3 sucres por cada mes,
para abonarle a la Caja.
"El Dr. dijo, Juanchito,
que como buen corazón,
que por ser tu conocido
de los días de elecciones,
él emprestaba la plata
a que la casa persista
de propiedad de nosotros;
vos le pagarías todo.
Buena acción del Dr. Zeta!
Conservador y católico,
al cielo se ha de ir derecho!"

Carta escrita por un blanco,
por un blanco curuchupa,
por el Zeta de elecciones...
mala espina le punzaba,
en el corazón, al Juan...
Sin embargo, el cholo Cuenca
no quiso entenebrecer
con pensamientos fatales,
la esencia de su futuro;
si pensaba y cavilaba,
con pensamientos siniestros.
acaso, maleara, sonso,
el devenir del destino...

Con la carta humedecida
en su chaqueta minera,
el sobre se tornó sucio;
dentro del sobre latía
el corazón del nuevo hijo!...
así: alma de mecha viva
para quemarle a la carga
de dinamita de amor.
a descuajar palabrerío
de los recuerdos del Juan.
Por eso, cuando los otros
mineros le hicieran broma,
que la carta era de alguna
otra mujer que la suya...
Juan Cuenca se derramó
en espuma de relatos.
Echados sobre las tablas,
descuadernados los miembros,
con la luz reconstruyendo
retazos de humanidad,
los compañeros oían:
-"Aura, aquí, soy calchabotas,
todo sucio, enflaquecido
como perro chagracama
en tiempo de ricos choclos;
pero antes... caray! mi mama!
más futre que un chullaleva,
nadie me pisaba el poncho!
Roncha, roncha, de veritas!
era mismo por mi barrio.
Las más lindas buenamozas,
esas ricas camiseras
que en la plaza, en día jueves,
con mejillas rosaditas
al natural calorcito

hacen empachar de envidia
a las niñas que se pintan...
esas lindas bolsiconas
echaban baba por mí,
que tumbador dizque erá,
al dicho de mis donosas!...

-"Ay cállate, alabancioso!"
-"Achique, achique... compadre!"
-"No soy alabate coles
con su boca de chasquero.
Aura, lejos, los recuerdos
me hacen turumbas el pecho;
y, si no fuera sacando,
con lo que cuento a ustedes,
seguro que me atraganto...
como cuando, los domingos,
en Yanuncay, me atoraba,
por misharle a mi Chochita,
en los huesos de mi cuy!
Que me perdone la Rosa
si aquí les estoy hablando
de mis cueros de soltero.
Pero, púchica! si el hombre
bien labrado y pinganilla,
es, ni que el gallo, suertudo:
cada que él tiende sus alas...
polla gorda bajo de él!
Ishpingo y anís mis cholas,
a cualquierita le hacían
perder no más la cabeza!"
-"No sólo de mote se vive...
Sigue, sigue pues, Juanito!"

-"Qué lindas cholas de Cuenca!
querendonas, bien togadas,
reflejando mil colores
en las polleras de paño;
los pechos, bien paraditos,
como shilas de torneados,
brincando bajo los paños
que, como ríos azules,
azules y blancos ríos,
se despeñan de los hombros,
en cascada de espumilla,
hasta dar con los dibujos
de lentejuelas doradas,
en la orilla calientita
de los ucunchis castillas,
movedores, como pampas
de alverjas o de retama..."

-"Jajaa! te has vuelto poeta,
pobre minero, Juan Cuenca!"
-"En mi Llacta, todo el mundo
pica su algo de poeta.
Yo pobre, minero ahora,
no más he hecho solamente
decir lo que tengo adentro;
y, quizás, por lo que siento
con tanta emoción guardada,
me sale mishqui en palabras...
Además, hay el refrán
que dice, pura verdad:
"de chalán, poeta y loco,
todos tenemos un poco!"

-"Sigue, sigue, pues, Juanito...
Alegra un poco la pena
de este vivir de minero,
minero carne de gringo..."
-"Sin mujeres. envidiando
canela suerte del gallo!..."

-"Y otros cholos, oye, Cuenca,
no te quitaban las guambras?"
-"A mí nadie, en ese tiempo,
se atrevía a alzar el gallo!
Cholo de ñeque en el barrio,
era el timebum, el cucu,
y donde asentaba el puño...
ni la yerba que creía!
Pues verán... era una noche
de farra donde mi Juana,
festejando velación
de un Niño Dios de su mama.

Hola huiracocha,
nada me digais!
yo soy indiecito
de San Sebastián!
En ayunas vengo
y sin almorzar
por ser la vigilia
de la Natividad!
A este hermoso Niño,
Niño de achalay,

luego de que nazca
yo le he de cargar!

La noche linda, caliente,
por los cantos de nosotros;
y el aguardiente corría,
para mezclarse en el draque,
teñido de agua de ataco.

Desde lejos estoy viendo
la punta de tu nagüita...
el corazón me palpita
y la boca se hace agüita!

La concertina estiraba
su garganta de capishcas,
invitando a las polleras
y a los calzones al baile.

Aura si que estoy con gusto;
ya no siento la pobreza...
aunque vengan taita y mama
y me rompan la cabeza!

Sudorcito de doncellas
que se fueran a otra parte,
como pucón de mazorcas!
Y los hombres, bien plantados,
como postes de marcar,
para achagnarles a ellos
toretes fuertes y enteros.

Déjate querer guambrita!
que a ti no te cuesta nada...
En esto no tiene parte
ni tu taita ni tu mama!

Seguía el baile, en candela,
sofocado, en los alientos
de nosotros los tunantes,
cuando... golpes y más golpes
a la puerta de la tienda;
3 levas, chispos y hediondos,
que querían invitar
"no más que un draque, señor,
a la dueña de la fiesta".
De buenos modos les dije:
que se fueran a otra parte,
que cómo unos caballeros
querían estar con cholos;
que era indigno de señores
querer aguarnos la farra
que era de pura familia...
Mentí diciendo "familia",
pues eran mis lindas cholas...
ay, mi Juana y la Zoilita!...
que por ser marchante de ellas,
no quería que estuvieran
en manos de llustis levas.
Enchivados ya los "niños"
quisieron entrar a malas,
estrujándonos las puertas.
Poco me han dicho señor!
De un trompón, al más mozote
tiré, de coco, a la acequia,
mientras se daban puñete
mis amigos con los otros;
los dos levas sí eran fuertes:
con quiños y con patadas,
hicieron arar la tierra,
botándose, ambos, a mi.
A lo hecho, pecho! señor;
de un salto, clavé mis manos
en los pelos de los levas,
y les golpié las cabezas
como piedras de moler;
así como los soldados
golpean a los platillos,
de su banda, en la retreta...
retreta mismo hice yo
las cabezas de los levas;
botándoles contra el suelo,
les trillé con mis patadas,
hasta dejarles soñados
por haber querido entrar
a percudir la decencia...
Y no paró áhi la bullanga:
quitándoles los abrigos
los empeñé por buen trago...
Y otra vez a la tambarria!
Les hice chicha a los levas...
No han de creer que en estas lanas
haya hecho lo que les cuento...
Por Dios! que no son guayabas!
Hombre de ñeque y cachaco,
era este pecho, Juan Cuenca!"

Rumores de mar en celo,

roncaban los compañeros
del entusiasta Juan Cuenca,
que en qué vida eran dormidos!
Sin calor ni frío el cholo,
indiferente quedóse.
Les compadeció a los pobres
que no tenían arrestos
para crearse un contento,
evocando escenas dulces
de un dulce tiempo morlaco.
Y Juan, de un salto impetuoso,
se cimentó en superior
-aun cuando fuera un momento-
de aquella carne de mina.
No le importaba el desaire,
porque sabía el derrumbe
del cuerpo de sus amigos
agobiados de trabajo.
El encontrara un refugio
para quemar su castillo
de recuerdo y pillatunas,
aventando el corazón
en pura llama de anhelo.
La carta de su mujer
fué el fósforo que prendió
toda esa pólvora alegre.
Pero, ese mismo papel
impuso la realidad,
huraña, precisa, fosca,
en el iúbilo del cholo...

El tal Zea diera plata
a que no quiten la casa...
El Dr. le da a la Chocha,
dizqué, tres sucres al mes...
3 sucres al mes... al mes...
al mes 3 sucres... al año...
El Dr. le da a la Rosa...
3 sucres... 3 sucres... sucres...

Martajando pensamientos
cercados en los 3 sucres,
Juan Cuenca sepultó en sueño.

— 22 —

Coraje, rencor... la Tierra
puso de punta a los cielos;
rabia de su entraña rota,
del ultraje a su matriz,
la Tierra infundió al Obrero
su recóndita energía.
Portovelo comenzaba,
el Portovelo del cholo,
a estirarse del marasmo.

Tierra de venas tajadas.
Venas tajadas, al aire...
Socavones hacia el cielo...
Cielo vuelto socavones...

Hablaban, scretamente,
dentro de las minas, los hombres;
de unirse contra los yankis,
de formar asociación
donde el obrero encontrara
cohesiva, íntegra y viva
la fuerza que contrarreste
el expoliaje ominoso.
A la palabra del hombre,
la añadían "compañero".
Convencían con sus frases,
porque era el dolor de todos
que se erguía ya en persona,
en músculo amparador
para el derecho del cholo.
Y un día... a la luz y al aire,
enfrentándose a los gringos,
quedaba constituída
"Asociación Sindical Obrera".

Labor de cultura clara,
donde el libro fogaqueaba
el vivir del Campamento.
Los sucios mineros sienten
que su sangre se depura,
en el ambiente común
de unificación cordial.
Hermanos todos los hombres,
entre todos van criando
redes de afectos profundos
que les abriguen a todos
en calor colectivista .
Cada uno presta lo suyo;
la fuerza de su cerebro,
el afán de construir
un organismo potente
que vincula las conciencias

encauzándolas al triunfo.
Solidaridad humana
se zafó del habla huera
adquiriendo pulso estable,
sentido entrañable y hondo,
en corazón de los hombres...
que más que nunca sintieron
el valor trascendental
de la palabra que se usa
en germen de eternidad.

Todos afines, en lazos
indestructibles de afanes,
presentaron la demanda
de un mejor trato en la mina,
de un aumento de jornal,
las vacaciones pagadas,
y que los señores rubios
no inferioren al obrero
asestando bofetadas
en "superioridad"... brutos!...
Los yankis les rechazaron,
prepotentes de su fuerza
de señores de la Patria,
que la asaltaban aviesos.
Entonces sí los obreros
decidiéronse a huelguear,
para implantar, por derecho,
lo que no quisieron darles.

Sonó la Huelga, ululante,
raspando el viento y las horas,
crugiendo en las galerías
el poder, de fe y justicia,
de los hombres levantados
encima del basamento
de su conciencia de clase.

Marchaban los hombres, libres,
esponjándoles las sangres
un vigor de convicción.
Pero los gringos, alerta,
minábanle los cimientos
a la nacencia de la ASO.
Entre los mismos mineros
buscáronse los espías,
que delatasen el rumbo
de las acciones mineras.
Y... así fué como Juan Cuenca,
minero menesteroso,
recibió 50 sucres
para que actuase de Judas
del obrero compañero.
En las sesiones oía
deliberar a la masa,
y... enseguida, donde el gringo,
a que desvíe los golpes
que intentaban los mineros.
La Huelga, pues, abortaba
y el yanki quedó riendo.
El gusano de la tierra,
gusano humano con alma,
continuó arrastrando días
que sonaban en cadenas
remachadas al cerebro,
a la carne y a la sangre
de quién le parte la entraña
de la tierra ecuatoriana...
en nombre, no más, porque ella
les pertenece a los gringos
respaldados de Gobiernos
que venden el suelo patrio
cual si mercaran la madre...

Juan Cuenca mandó la plata,
en libranza, a su mujer.
Orgulloso, altanero, firme,
encabritaba jactancia
de fortaleza y varón;
y tanto... que el tórax magro
del cholo Cuenca minero,
resolló voz convencida
de sus arrestos de macho.
Vió a la Chocha, en el Correo,
recibiendo los dineros,
expresando, a quién oyera,
que esa plata le mandara
"mi maridito, el Juanchito!"
Más... algo, gota de plomo
que rueda su vertical
pesadez inexorable,
ponía ondas de inquietudes
en el gusto de Juan Cuenca.
Buscaba, dentro de sí,
el motivo de la alarma;
pero nada, nada, nada,
le libraba del martirio
que, a todo rato, encendía

una llama brava y alta
a quemarle el pensamiento.
Y, nada... nada concreto,
sacaba en limpio Don Cuenca...

— 23 —

El aliento matinal
regaba sollama de oro
sobre el vientre de la tierra
reflejada en los botones,
en las espuelas y el sable,
de los soldados enviados
por el Gobierno a que cuiden
"el orden de Portovelo"
con los hocicos y el casco
de un piquete de caballos
de Escuadrón "Febres Cordero".
Pasaba la caballada
dejando sombras de brutos
en las caras de los cholos
que, reducidos los ojos,
rechinaban sus colmillos;
y al puño toda su sangre
se apretaba de rencor.
A sus pequeños, las madres
los incrustaban al pecho;
y las manos de los guaguas
aleteaban en el aire
la frescura de su piel:
amasijo de geranios
empreteciendo de anemia,
despetalando a los potros
vuelo nimio de su carne...

Sudor de caballeria.
Sudor del cholo soldado.
Sudor de Oficial y arneses.
Sudor de cincha y gruperas...
Sangre: serena, templada,
en la frente del obrero,
en el vientre de las madres,
en el cuello de las jóvenes,
en los pulsos de los niños,
y en las bocas de las chicas.
Sangre del cholo minero...
Sudor del soldado cholo...

Juan admiraba la tropa;
y el sonar de los herrajes,
le traía a su memoria
el recuerdo de su viaje,
jinete en mula trotona,
montada así... como dije.

-**"Que buenos caballos tienen**
los soldaditos del "Febres"...
(Reventaba el subconsciente...
la Chocha... los hijos... Cuenca!)

Para qué hablaste, Juan Cuenca?
De gana estás filateando
ante quién bien te conoce!...
No ves lo que ya te dicen?

-**"Soldaditos"... si pues, Cuenca,**
"soldaditos" para vos,
Barrabás y Judas nuestro!"

De gana hablaste, Juan Cuenca...
en boca cerrada, cholo,
no penetra ningún mosco!
Aguántate ahora frases
de sangre hervida en justicia,
que te espetan los obreros:

-**"Soldaditos"**, para el Cuenca...
El peje, por bruto y peje,
por su boca se condena!"
-"Aura sí que ya sabemos,
por tu misma boca, Juan,
que vos nos has traicionado!"

-**"Soldaditos"... "soldaditos"...**
"soldaditos" para vos!
asesinos y enemigos,
para nosotros, son ellos!"

Quiso protestar el Cuenca,
pero Gilberto Gutiérrez,
retumbándole en su cara
las miradas afiladas,
cazándole en su actitud:

-"Cuencudo... si chistas algo,
te derramo los colmillos!"

Vertical péndulo el índice

amenazador, ardía...
como ardiera luz de espejo
puesta fija en las pupilas
del azorado Juan Cuenca.
La horma que rajó su carne,
cuando niño, en el Taller,
nació de su mente, chica,
para agrandarse después
en montaña desmedida,
obligando al chaso Cuenca
a cerrar tanto sus ojos...
que se vió el alma y los huecos!

Fué el viacrucis del morlaco
que perdió nombre y honor,
la estima del compañero
que le estigmaba a toda hora,
aunque no pronuncie voz...
"cholo alquilado", "morlaco",
"traidor de la Sindical"...

Solicitó de los yankis
trabajo de superficie,
que le salve del tormento
de estarse dentro la mina,
en la tiniebla chorreante,
al lado del compañero
que, a más del lodo del suelo,
untaba lodo en el alma.
Y ese lodo era de él mismo...
salido del mismo Cuenca...
Pero el gringo no hizo caso.
Les convenía que el Juan
tenga contacto directo
con el obrero rebelde
que trabaja en el subsuelo.
A flor de tierra, en la luz,
no había tanta pasión,
la vehemencia de la clase
minera que está sepulta
200 metros abajo;
arriba, en la superficie.
aún el hombre es un hombre,
aunque sea maltratado...
Pero allá, en las madrigueras,
con roca por todos lados,
con gases de toda especie,
desnudos, acorralados,
pisando cieno y majada
y desperdicios humanos...
allá... en la mina, les digo,
sin el Sol ni viento limpio,
el hombre, por la negrura
del intestino que araña,
acopia mayor venganza
contra quienes diariamente
se bañan, afeitan, comen
substanciosos alimentos,
y tienen vida debalde
a expensas de los mineros
que sólo aspiran humores
de bestia de hombre y de tierra...
tierra que su alma tritura
en el humor de los hombres...
Mineros que hacen la Patria,
la Patria... que da caballos
que protejen a los yankis.
Les convenía a los gringos
tener al Juan, allá adentro,
a que les moje la pólvora
de su unión a los obreros.

Cabizbajo el chaso Cuenca...
Sus ojos se acostumbraron
a andar solos por la tierra.
Descubría a los gusanos,
a toda la fauna chica;
muchas veces, contemplaba
la vida de comejenes,
y un sentimiento de pena,
de hombre que no reptea,
le carcomía la mente.
Juan Cuenca vivió la vida
de los seres diminutos,
remordimientos pasmados
le pululaban los nervios.
De tanto mirar las larvas,
comprendió el dolor del hombre,
la lucha de los mineros...
el alcance de su acción.
Cuando pasaba entre grupos
de los obreros de la ASO,
bajaba más las miradas
y un reguero, como pólvora
de improperios detonantes,
ya seguía tras sus pasos:

-"Morlaco... nunca decente.

Si al entrar no da patadas,
a la salida patea!"

-"Morlaco...
ni de poncho ni de saco!"

-"Morlaco perro, traidor!"

-"Cuencano...
ni en invierno ni en verano!"

Matar hubiera querido
a golpes, aquellas frases;
pero sus músculos, sueltos,
le negaban obediencia.
Oveja negra en rebaño
de borregos lana blanca,
Juan Cuenca era el señalado
con el dedo, dondequiera.
Sin amigos, solitario,
se consumía total,
como tizón de chamiza
retirado del fogón...
La plata que él les mandara
a la Chocha y a los hijos,
carbonizaba, continua,
resentida lengua estable,
corazón, nervios... aliento...

— 24 —

Cuando el río se embravece...
no hay tajamar que contenga!
podrá detenerse un rato,
pero rompe cal y arena
por el crecer de su fuerza,
que es sólo sumisa a Dios.
Retrocedidos los hombres,
tomaron mejor aviada
para su salto al Futuro.

De nuevo persecuciones
del patrón contra el esclavo.
Aduciendo de "campañas
subversivas" "comunistas",
el gobierno desterrole
al español Permañer.
A varios obreros, miembros
de Asociación Sindical,
despidieron del trabajo
sin darles ningún desahucio.
Atornillaron los gringos,
con precisión, su vileza
mordiendo carne de mina.
Un empleado del Gobierno,
el Inspector de las Minas,
Sr. Alejandro Bueno,
delató a la Presidencia
las maneras de los yankis
de eludir todo control
en la producción del oro;
pues... diligente, el Gobierno
destituyó al Inspector...
Los gringos, mirada zarca,
suca cabuya en los pelos,
tez de niña de 15 años,
y andar de pavo esponjado,
redoblaban sus desprecios
a la carne raspadura
del cholo que les daba oro.
Ni en la Edad Media un leproso
era mirado con tanto
asco, mezclado de rabia,
como los rubios miraban
a los cetrinos mineros.

Pero... qué importan miradas
de señores pavorreales,
si la Huelga confluía
nuevamente sus tendones?
Tendones que entrelazaban
ligámenes fraternales,
estaban vivos, latentes,
en puños de alma y de sangre,
en la Sindical Obrera.
Cuando una fuerza ha caído
no se arredra de pararse;
pues sabe su propio empuje,
destinado a convencer
la Justicia del Derecho.
Los dirigentes de la ASO
tornáronse relojeros,
armando, pieza por pieza,
el montaje de la Huelga,
a que marche matemática,
marcando, en esfera neta,
el meridiano del triunfo.
Al detalle los mineros

iban armando la Huelga.
Corazones repercuten
en afán humanitario;
espíritus concertados
hacia una mira radiante;
sudores, conglomerados,
entretejiendo pasiones;
hormigas llevando a cuestas,
cada una, grano de arena
que levante la montaña
en cuya cúspide el hombre,
que anhelaba luz del Sol,
mire horizontes abiertos
para su vida podrida.
Hombres con alma de hombres;
pensando, como los hombres;
actuando, como los hombres,
para sentirse más hombres.

Al olfatear la tormenta
los señores de la SADC
se meneaban presurosos.
Llamáronle al chaso Cuenca,
al "perro", "traidor", "morlaco"...
y le dieron la consigna
de vigilar, cauteloso,
la intención de los mineros.

-"Listen, Cuenca, this is pliego
de peticiones de cholos.
Ellos querer eduquemos,
con nuestro money, a chicos
de padres muertos borrachos.
Querer los cholos mineros
30 días vacaciones
al trabajar en 6 meses;
dar plata para paridas;
pedir indemnizaciones,
hasta toilet cada casa,
y baño, de good hot water,
piden aquí los snakes!
Y esto ser lo mejor
de porquería de cholos:
"Luchamos por el imperio
de los derechos del Hombre!"
Damn it! they dirty rats!
Hell with 'em, race of picks!
Tratamos a cholos bien,
pero más y más querer!

Paloma de paz el pliego
arrugado por las zarpas
del Gerente de la SADC,
Juan Cuenca creyó que él mismo
estaba así, maltratado,
bajo la sortija de oro
del yanki que le compraba.
Pensó, veloz, que era ese oro
que él trabajaba, sudado,
destruyéndose la sangre,
quemándose íntegra vida...
que estaba ahí proponiendo...
lo que nunca debió hacer!
Miró con odio al Gerente;
erupcionó todo el cuerpo
en lividez de la rabia;
y sus nervios, retemplados,
con escozor de conciencia,
atronaron, reciamente,
los puños sobre la mesa:

-"No he de ser yo más traidor!
He de luchar yo también
que nos den trato de hombres:
no somos bestias de carga!
Somos hombres, y bien hombres,
con harto... cajón rayado!"
"Here cheque... it is 10 dollars!"

-Cogió el cheque el cholo Cuenca;
lo rasgó, furiosamente,
lanzándole los pedazos
a la barriga del gringo.
.....
Rayón de sangre bajaba,
de la sién hacia la boca,
al transfigurarse el "chaso",
"morlaco perro", el "traidor"...

Salió hasta la plena luz.
Los ojos arriba, al cielo;
trinándole el corazón
en los puños que apretaba.
Vió a los soldados del "Febres",
y su boca fué un volcán
que reventaba blasfemias.

-"Morlaco...
ni de poncho ni de saco!"

-"Cuencano...
ni en iniverno ni en verano!"

Denso goterón de sangre,
en cada dedo del Juan,
flameaba rojez-bandera...
Juan Cuenca tiene alma grande,
y dentro de ella sus puños
del lado de los obreros.
Cómo nunca, fulgurados,
le brillaban hoy los ojos,
transparentes, color tierra,
impresos en luz de aurora.
Juan Cuenca crió, indeleble,
conciencia de clase obrera,
conciencia de valor-hombre
conciencia no doblegada...
por más dólares que dieran!
Es que... la sangre es la sangre!
Es que el dolor es dolor...
Y al que le duele... le duele!

— 25 —

Torcida con devoción
iba engrosando la mecha
del explosivo huelguista.
Los gringos nada intentaron
para castigo del Juan.
Es que sabían... sabían...

Si en la pasada actuación
no imperaban las consignas
del minero sindical
para todos los obreros,
hoy una orden se la cumple;
y de no cumplirla, callan;
sin hacer Judas ni espías.
Casi todo el Campamento
vitalizaba a la ASO
en sus alientos y pulsos,
en el centro más sutil
de sus anhelos de parias,
de cholos que ya encontraron
el camino de ser hombres.

Cómo clarinó Noviembre
en la garganta del Juan,
al anunciar a los gringos
el paro de los trabajos,
en un sector de las minas!

Juan Cuenca encontraba dulce,
zumo vivificante
de capulíes nativos,
el decirles: "compañeros!"
Esta palabra aleteaba
fraternidad en las alas,
que el chaso se imaginaba
le salían de sus labios.
Subíase más cercano
de todos los sumergidos
en la entraña de la tierra.
Y la palabra cordial
le anegaba sangre y boca;
porque en ella respiraba
la sangre misma del cholo,
el sudor y los tendones,
los huesos y las arterias
levantadas contra el yanki.

Sopesaba, ese morlaco,
la tragedia del minero,
la extorsión de los patronos,
que luego de haber empleado
una vida a sus influjos,
que, cuado el cholo era inútil,
para prestarle servicios,
lo echaban del Campamento,
como sacan a las mulas
a que mueran en los llanos...
Así el obrero quedaba
a morirse en los caminos,
bajo el Sol que rehuía
alumbrar despojo y podre...
Al opresor no importaba
la suerte de los mineros:
marcaban de **"comunista"**,
de **"peligroso indeseable"**,
al cholo que lo expulsaban,
como se mata a los perros
enfermos con hidrofobia...

De sórdidos socavones,
de los talleres parados,
del engranaje minero,
estaba en marcha el obrero,

dispuesto a reivindicarse
por el brío de Su Brío.

En marcha, contra los vientos.
Bajo el Sol caniculado,
sobre la tierra estirada
parche de tambor de ataque.
En marcha para el Futuro.
En marcha de mano firme,
así, apretada, compresa,
en forma de puño alzado
sobre el 9 de Noviembre
en que la voz sollamada
invitaba a los obreros
para sumarse a la Huelga.
Tronazonaban ideas
encima de los tropeles
del milico, jineteando
los mulares de la SADC,
lanzados contra los cholos.
Lengueteaban los sablazos,
con bufidos de serpientes,
abriendo brecha de Huelga,
asentaido el mismo día
en las espaldas mineras.
Pero la voz no se calla
por más látigos de acero,
por más patas de mulares,
por más brazos asesinos
qu intenten segar razones,
el derecho a mejor vida,
el trato de humano a humano.

Qué consiguieron los yankis
apresando a 6 mineros?
Inducir, a los obreros
a libertar a los presos...
Pero no! que si se lanzan,
tendrán el triunfo los cholos,
pero, entonces, el soldado
pudiera disparar su arma
"en legítima defensa"...
No importa que los hermanos
se pudran en calabozos.
La carne de ellos dará
semilla viva de vida,
aportando la cosecha
para el triunfo de la Idea,
para raíz de Justicia,
en bien de toda la ASO.
Que se queden los hermanos,
engrilletados, golpeados,
pero la Huelga no puede
detenerse un sólo instante.
Ya el brazo que se tirara
a dar su golpe, no puede
detenerse por la fuerza
que lleva dentro de sí...
La carne presa es simiente:
he aquí a los madereros
cooperando con la ASO,
juntando sus corazones
para lograr imponerse.

Crecía la Huelga, ruda,
tremolando bíceps, voz,
sembrando de ecos la tierra,
instalando geografía
del terrón ecuatoriano,
para sacar vida de ella.
Marchaban los hombres, libres,
dejando huellas profundas
donde asentaban sus pies,
desnudos, pero motores,
que conducían al fin
anhelado por los cholos.
La sombra de los mineros
no se quedaba pegada
al suelo que lo sentía,
pero que no era potente
a retenerla un minuto...
Emanando fuerza el cholo,
irradiaba al horizonte
el vigor que desplazaba
de todo su cuerpo libre.
Fauna y flora de la tierra
estaba suspensa, quieta,
alelada de energía
crecida dentro los hombres,
y qu salía impetuosa,
dominadora y gallarda,
de los puntos cardinales.
Ecuador... no! el Mundo,
estaba latiendo, recio,
en los pulsos del minero.

-"Vamos a la compuerta,
para que no venga el agua

a la Planta de la Luz!"
-"Vamos a la compuerta!
Sin luz no hace nada el gringo!"

-"Todo quedará parado
si ls cortamos el agua!"

Obreros acometiendo,
con testuz de toro bravo
en cada una de sus venas...

-"Salve, oh, Patria, mil veces, oh
Patria!
Gloria a ti! Ya en tu pecho reboza
Gozo y paz, en tu frnte radiosa
Más qu el Sol contemplamos lucir.
Indignados tus hijos del yugo
Que te impuso la ibérica audacia
De la injusta y horrenda desgracia
Que pesaba fatal sobre tí
Santa voz a los cielos alzaron,
Voz de noble y sin par juramento
De vengarte de monstruo sangrient
De vengarte del monstruo san-
griento
De romper ese yugo servil!"

Himno Nacional... titánico,
soplado desde la fragua
de los pulmones mineros,
cantando La Canción Patria
porque era Armonía-Madre
que les alzaba La Vida
contra el rubio explotador.
Remeció el aire la onda
uniforme de las voces;
subió, rectilínea, al cielo,
para luego ir a clavar
profunda pica emotiva
en el centro de la tierra,
en el corazón sufrido
de nuestro suelo Ecuador.

Se oían las pulsaciones
de la vibración terrestre
en los pasos del obrero,
que marchaba a la compuerta.

Latía toda la tierra...
porque era madre del cholo.
Temblaba Toda La Patria,
en terrón, nube y paisaje,
pero no ahí en las conciencias
de sus hijos, traicioneros,
alquilados a los yankis.
Tembló la matriz terrestre.
Tembló el ala de los cóndores.
Tembló la escama del pez.
Tembló el agua en los pantanos.
Tembló todo desperdicio...
mas no temblaron ni un rato,
las arterias mercenarias
del gobernante político,
del hombre que ostenta mando
por el gusto de las masas,
por su inercia, su desidia,
por su ignorancia y su virus
a estarse siempre enyugadas
en esclavitud de ciega.
La tierra sentía el paso
de vencedor del obrero,
y, como madre que era,
quería el bien de sus hijos.
Las bandas presidenciales,
los ministerios y latas
descarrían a los hombres,
que le mercan a la madre
como hicieran con Jesús...

Ahí está el cholo, sudado,
sollozante en la canción
que le nace de la sangre,
porque es legado de padres
que rompieran las cadenas
que cuidaba el León Ibero,
(León de los reyes, mineros, (
porque hasta hoy el Pueblo His-
pano,
es siervo de "aristocracia"...)

El tricolor de la Patria
se funde en sangre de cholo:
amarillo, de los rostros;
azul, de vena y arteria;
rojo, de sangre y de ira;
y tremola contra el Sol,
de parte de los obreros.

Avanza el tumulto, sordo,
siguiendo el puño del Juan
que dentro de él aprisiona
la bandera nacional.
Avanzan... en olas briosas,
masticando Norte y Sur,
masticando Este y Oeste,
en dientes entrechocando
trituraciones de rabia.
Avanzan, contra los vientos;
avanzan, en torbellino;
avanzan, desde sus sangres,
hacia El Futuro que intentan.

Allá... el gringo tamborila
nerviosas uñas rapaces
en el vidrio de una mesa...
que en la tierra tamborillan
los cascos de los mulares,
guiados por los soldados...

Ya llegan a la compuerta...
Ya se oye el ruido del agua
en sus gárgaras de chorros.

De pronto... se rasga el aire
en ráfagas de metralla
salidas de armas falaces
manejadas por hermanos
contra sus mismos hermanos.
Los gritos han destapado
la compuerta de la sangre
del trabajador minero,
a que empurpure la tierra...
no sólo dentro la mina,
sino en la costra candente.
La sangre del tricolor
desparrama sobre el suelo,
en betas que se desgajan
iluminando La Patria.
Ruedan los cholos, y, avanzan,
sostenidos por los gritos
del obrero zarumeño,
que el día ha concrecionado
en los palos y botellas,
en agua de ají y machetes,
en las barras de parrillas,
en lo que a mano les vino
para implantar su razón
en el milico fletado.
El aire se vuelve un arma
en las bocas de las hembras;
la tierra les dió su fuerza
a los pulsos varoniles.
El acero de las balas
busca el tropel del minero
que avanza, hacia la compuerta,
inmune ante la inconsciencia
de los soldados, cobardes,
autómatas, maquinales
a la voz de los tenientes...

Sometió la carne chola
la librea del milico.
Manos furiosas asieron
los botones de los "Febres",
en cuya placa 3 letras:
USA, bajo de un águila,
era el fierro de los amos...
-"Ya gritan, asco soldados,
que viva la Sindical!"

Gargantas apercolladas,
acataron el mandato
de los obreros libertos.
Las bocas de los fusiles
abrieron **os** de tiniebla
en el espanto del cholo
disfrazado de traidor.

El día exhalaba luz,
enrojecida a relámpagos,
en las pupilas obreras.
Se acompasaron las sangres,
obedeciendo los nervios
el anhelo de los hombres
que querían trato de hombres.

Gigante pecho, la tierra
lactaba al trabajador,
convulsionando su aliento.
Compañeros los mineros,
cada cual vivió la vida
del camarada en la suya.
Como común es el aire
a toda respiración,
colectivo fué el contento
bajo el Sol comunitario.

Mas... el gringo no agachaba
por completo su cabeza...
Aceptó parte del pliego
presentado por la ASO;
pero aguardaba el momento
de extirpar la rebeldía,
la gran conciencia de clase
criada en la Sindical,
que estaba bajo sus botas...

Lo que empezó con el triunfo
unánime de los cholos,
echaba al suelo el sajón
este 18 de marzo,
novecientos treintiseis.

2 policías, borrachos
con plata de su alquiler,
ordenados por el yanki,
gritaban atronadores:

-"Que viva la Sindical
y el Coronel Larrea Alba!"

Un piquete policiano,
conchavado en esa farsa,
intimidó a los esbirros
que, entre gritos y puñetes,
se los pusieron en fuga...
Entonces 40 chapas,
la hez de la gente armada,
cargaron metralladoras,
fusiles y bayonetas
contra la gente curiosa.
Taladraba el aire infecto
de la barriada "Machala"
la detonación del rifle,
la entraña ametralladora
que carraspeaba la muerte
entre el obrero aterido...

Fue cataclismo en las balas,
haciendo rosas las carnes
de mujeres y de niños,
de jóvenes y de ancianos,
del hombre trabajador.
Rosas que llevan las balas;
rosas de pétalos-sangre;
rosas de muerte... de muerte...
rosas de muerte maldita,
con olor a criminal...
Rosas, abiertas en tierra;
tierra abierta... como rosas!

Revoltijo de cadáveres
apilándose en la calle.
Corazones detenidos,
abaleados de silencio.
La vida engarfiada, hueca,
en las manos policiales,
cebadas a asesinar.

Las conquistas del minero
se despedazan, en trizas,
en las tiras del papel
que saquean de la ASO.
Saramontón de cadáveres,
revoltijo de papeles,
revoltijo de conciencias
que no podrán ya pensar...
Por eso fué que abusara
la bruta maestra de escuela,
al cabalgar sobre alumna
nacida de padre obrero,
diciendo, lora servil:
**"Así como en vos me monto,
me monto en la Sindical!"**

Era 18 de enero
cuando al obrero mataron,
a traición, los policías.

Era 18 de enero
sin lunas ni lamparillas
de carburos en las frentes.

Era 18 de enero
que vendido el presidente
a los gringos, **"mantenía
el orden en Portovelo,
para librar al País
del peligro comunista"**.

Era 18 de enero
la masacre, así, a mansalva,
que consiguió no pensaran,
en hombre, los **"cholos brutos"**.

Ecuatorianos vendidos
al dollar imperialista.
Hombres que dan la Patria
a quién les pague por ella...
Oro y sangre en Portovelo...
amarillo y escarlata...

Oro y sangre en Portovelo...
El oro para los yankis.
La sangre sólo del cholo.

El oro compra conciencias
dadas al mejor postor.

La sangre de los mineros
sembró en la tierra futuro
para el pan de nuestros hijos! (1)

— 26 —

Secante blanco, el camino
inflamado por el Sol.
Descascarados, los campos
abren sus brazos sedientos
a la mancha de los árboles,
detenida en su crecer.
Es raso azul el celaje,
templado en un bastidor
que crugiera en la solana.
Fatiga, lleno, el resol,
reverberando lanzadas
de luces irresistibles
a los tallos de las plantas.
Petrificada la vida,
no más que dunas de arena
se asombran de que camine
sobre ellas la planta humana.
Viajero que fué a las minas,
silvestre flores poniendo
en el freno de la mula...

A la cintura un atado
de camisas y zapatos;
sombrero que tiene huecos
de perforación de bala;
sin chaqueta, el pecho asoma
carne amarilla de tisis,
que aun dispone de fuerza
para volver a su Llacta,
restituído al cariño
de quién le volvió la espalda...
Debilitadas, flexibles,
en ángulo de resortes,
asientan pasos las piernas
que a duras penas sostienen
un esqueleto ambulante...
En el sofoco del Sol,
el hombre no da denuncia
de la vida con su cuerpo.
Sólo su sombra se traza,
moviéndose, lentamente,
como algo vivo y complejo,
como algo malo de ver...

Se comprimen los sombríos,
espantados de la cará
de Juan Cuenca que regresa
al regazo del terruño.

Camina el hombre, con paso
indeciso, de anemiado
descrédito del humano...
Ahí donde pone el pie,
aplasta sus pensamientos,
el vórtice de su mente,
que es llama que le calienta
a reintegrarla a la madre.
Camina... camino largo,
este desecho que piensa
la desigualdad de la vida.
Todo el recuerdo confluye
cinescamente a sus ojos,
que se cierran, evocando
la tiniebla de la muerte.
Piensa en las mulas que mueren
con sus patas extendidas
al quicio del horizonte,
luego de rendir su fuerza
al lucro del hombre rubio.
Piensa en las mulas... Suspira...
Sobre el suelo, hierro al rojo,
camina... luengo camino,
destrozando sus dos piernas
en el incendio del Sol.
Camina... Camina... Y piensa:

-"De veras que son los hombres
más peores que el animal!

El animal... siendo tal,
no se reúne en ejércitos
para matarse ellos mismos!..."

La Chocha... los hijos... Cuenca...
el Parra... el Pepe... el doctor...
la mina arranchando vidas...
la dinamita que vuela
la derrota de la roca.
La traición al compañero...
Las frases que dijo el gringo...
La Huelga! La Sindical!
Más de un año en Portovelo,
dejando sangre y sudores,
saliva, paciencia y bilis,
a que se truequen en oro
para el boato del amo
de otra sangre y otra laya.

Camina... luengo camino...
Desgarrándose los pies
en las piedras del sendero.
Retíranse los kilómetros,
alargando la jornada
sobre el cielo de ceniza,
bajo el vendaval que sopla
inflados carrillos fríos.

Retuércense savia y hoja
en la punción de la lluvia,
que agujetea continua.
El vientre de las montañas
se lava con el aguaje
que pone verde-esmeralda
en la virtud del paisaje.

Sólo en el Juan es grisura
dentro su boca salada.

Kilómetro tras kilómetro;
hora tras hora, levanta:
tierra parda, tierra negra,
suelo café y amarillo...
Lluvia y noche... Sol y Sol...
Valles, colinas y quiebras,
chacras, llanos, alfalfares,
cañadulzales, y páramo...

Se enrolla y se desenrolla,
bajo sus pies, el camino.
Días... minutos... segundos...
Quedan estampadas huellas
de las plantas de Juan Cuenca
que va subiendo en el monte...

Páramo... Páramo plomo,
sin ningún sentido alegre,
a no ser que tras él late
su pulso la Morlaquía.

Páramo Silbán, vacío
de calores y de nidos,
te metes silbando al pecho
del esmirriado Juan Cuenca...
No te das cuenta, Silbán,
que dentro el pulmón del Juan
alguien también hace silbos
burlándose de tu ruido?
No le emparames al cholo,
que ya quiere descansar!
Cuidado con atraparle!
Dale chicote de viento!
Golpéale, mano abierta,
a que su sangre circule,
con vigor electrizante,
venciendo siempre los rojos
a las brumas y a los plomos!...
Cuidado, Silbán! Cuidado!...
con sorocharle a Juan Cuenca!...
Que Juan viene de la mina,
de la matriz de la tierra,
y ahora se halla en tu cumbre:
plana, suave a las pisadas,
que Juan ha subido al monte...
y está contiguo a Jesús!
y cúidate tú, Silbán,
que si el Juan le cuenta a Dios
las miserias de su vida...
el mismo Cristo llorará,
anegando todo el Mundo.
O... si es que El no vierte llanto,
que conteste a esta pregunta:
cuando ya se dieron ambas
mejillas a que golpeen,
qué cabe hacer a los hombres?

— 27 —

Resbaló Juan la bajada
jabonosa del Silbán...

Repasa el camión, veloz,
las postales de acuarela
en álbum de Morlaquía.

Palomas, se llevan nubes
en el casal de sus vuelos.
Racimos capulicedas
enjoyan viento en sus ramas.
El día canta con voz
de cuencano en sus palabras.
Los pájaros peinan alas
de primavera al maizal.
Tumultos, en son de luz,
llevan la sangre morlaca
a hacerle jugo de tierra.
La Llacta palpita, tibia,
de par en par su regazo
en el aire que moldea
con afección los suspiros.
La noche disuelve tinta
para escribir los recuerdos,
que se fijan indelebles.
Éfloran luces eléctricas
pupilas de amor y de ansia.
Las piedras hilan sus pulsos
bajo los pies de Juan Cuenca
que, descalzo, va pisando,
en puntillas, su regreso.
Sus pasos son de caricia,
de satisfacción ingenua,
cual si mirara la entraña
desgarrada de una novia
vuelta madre por su amor...
Un tropezón de Juan Cuenca
le hace que pegue el oído
a la entraña del terrazgo;
y lo retiene, anhelante,
esperando percibir
lo que pasa allá en su hogar...
Respiro y pulso de Cuenca
le bandeaba el corazón,
puesto en la boca besando
el ombligo de su Llacta.

Cuenca empinada de El Chorro.
Las tiendas dan bienvenida
con sableteadas de luz
donde los niños se tronchan
al tejido del sombrero.
La acequia bulle, chismosa,
con palabras que no se oyen
más que adivina Juan Cuenca...
Saluda al uno y al otro,
gozándose en pronunciar
los nombres de sus vecinas:

-"Buenas noches, vecinita...
seño Petita... Naticita...
Vituquita... Matildita...
seño Nieves... seño Cunshi..."

Palabras que las cociera
la ebullición de los pulsos,
que no encontraron respuesta
a sus brotes fraternales.

Juan Cuenca raspa con mano
envuelta de lagrimones
las paredes y la puerta
de su casa, que refugia
5 corazones suyos.
Repercute dentro de él
el golpe de la llamada.
Como nadie le oye, vuelve
a llamar, más imperioso.

-"Quién es, carajo... quién es?"

-"Vecino Manuel, yo soy...
el Cuenca, que ya regresa!
Diga a la Chocha que me abra!"

Silencio compaginado
en su oquedad escabrosa...
Silencio dentro la casa.
Silencio dentro del Juan
que, con puño llamarado,
hace hablar la misma puerta.
-"Ya voy, Juanchito... ya voy!
En qué conciencia pes vienes
sin poner un telegrama
para salirte al encuentro?"

-"Quería darte sorpresa...
No sé quién se anda en la huerta!
Con quién estuviste, Chocha?"

-"Alma solita, bonito...
pensando en vos, he pasado.
Nadie ha de andar en la huerta...
Ni que inquilinos ya no hay!
Ven a ver a los guagüitos,
de comerles miso están!"

Todo el pasado besaba
el padre en sus cinco guaguas,
berreando, sin apegarse
a las manos paternales
quedadas tiesas, vacías...

-"Como vengo tan flaquiado
los guaguas no me conocen...
Tomando cerveza, Chocha?
Y dos vasos en la mesa...
la boca también te apesta!
Con quién estabas bebiendo?"

-"De temprano pes, Juanchito...
Una vecina trajo eso...
diciendo que era su día,
que quería convidarme,
darme la copa del santo.
No piensas mal, maridito...
Chola, y todo... yo respeto,
como he respetado, Juan,
la ausencia que me dejaste!"
-"Si no digo nada, Rosa..."

-"Ni qué decir tienes, hombre!"

-"Vos me dijiste, Chochita,
que no había ya inquilinos;
y cómo así una vozota,
de hombrezote bien comido,
me preguntó que quién era?"

-"Yo fui que pregunté, Juan...
A veces se hace la voz
bien ronca, sin más motivo..."

-"Y también echa ajos, no?
Bueno, oye: por qué los cuartos,
que antes nos daban arirendo,
aura están sin arrendar?"

-"El Dr. Zeta me dijo
que los dichos inquilinos
más dan dolor de cabeza,
sin pagar de sus arriendos;
que no sé qué Ley ordena
que no se suba el arriendo,
que no se puede botar
a la calle cuando roban
el pago de la vivienda;
que por eso es más mejor
evitarse la molestia
de enredarse en pleitiaciones;
que no tiricie ni biloque
teniendo cerca el remedio."

-"Y quél daría la plata
para pagarle al Seguro,
para que vos te mantengas,
deslayada, no mas de él!
Eso te dijo, no es cierto?
Eso era el remedio, no!
Mientras yo estaba muriendo,
a tus anchas vos aquí...
haciendo que me comparen
con la cabeza del buey!...

-"Ele Corpus... lo que dices!...
Sólo eso faltaba, vay!"

El lloro de los pequeños
chirrió diamantes de sal
en el ambiente enrojado
por las iras paternales.

-"No seas así, Chochita...
Ve como vengo: flaquiado,
palúdico, hasta con tisis...
solamente por ustedes,
para darles el sustento,
limpio pancito a que coman
evitando de arrastrarse...
Confiaba en vos, que eras buena.
Pero... pero, no más, digo!"

-"Si pues... vos en la mina,
divirtiéndote a tus anchas,

y allá la mujer, los guaguas,
tascando sólo los pilis
mientras vos dado al oreo!
Mi hijito, teje que teje,
para ayudarle a la mama,
dando plata para el come
mientras que el taita... ni hostia!

-"No digas eso, ve, Rosa!..."

-"Sí te digo, y no solo eso:
cuantimás que tus compinches
contaron tus diversiones,
sin acordarte, ni un piti,
para nada de nosotros!
Yo aquí sólo en mis polleras,
teje que teje el sombrero..."

-"Mentirosa! Pervertida!
Mentiras, y bien cerdosas,
estás inventando ahora
para tenerme a tu lado,
a que sea el hasmerreir
de todo el barrio que sabe
tu tiranía y tus vicios!"

-"Ya cállate, iño celoso!
Más que haya hecho lo que dices...
Si es que el doctor ayudaba,
era para sacar pan...
no por vicio ni por sucia!
Ya sabes, perro! Ya sabes!
Aura ándate! dondequiera!
no vengas a contagiar
con tu tisis a nosotros!
La casa es mía! bien mía!
por eso mando sacando,
a que no dentres, traposo,
a ensuciarte sobre mí!"

-"Eso era que quise oir!
Pero... pero, no más, digo!
La casa es mía, bandida!
porque en mi cabeza hicieron
las escrituras de compra!"

-"Pero el doctor ha pagado...
Vos, lépero, pes de dónde?
La casa es mía! bien mía!
Y lárgate pronto, ti...!"

Golpeose el pecho Juan Cuenca,
remachando, a lo profundo,
los lloros de sus pequeños
que le espiaban, con saña,
asiéndose a la pollera
de su madre embravecida.
Pólen sobre la tierra
yerma a su sentimiento.
Capulí ya descuajado,
de raíz, en la tormenta.
Fruto maduro, quedado
a pudrirse en la intemperie.
Mecha de dinamita
que explosionara rauda
en el hueso de la roca,
más sin riqueza de oro...

Cuando el Cuenca se marchaba,
el mayor de los muchachos
dijo a la madre, gritando:
-"Pish... mapa taita, ni da medio!
No como el doctor Zetita!"

Bofetón de la señora
segó la voz del chicuelo.

— 28 —

Juan Cuenca pidió posada
en el Taller de un amigo.
Allí, entre pajas y cerdos,
junto a los cuyes y miasmas
está tosiendo, llorando...
el marido de la Rosa.
"Mañana será otro día!
Dios alumbra para todos:
para el pobre, para el rico...
Mañana será otro día!...
La frase sale empapada
de llanto sabor a sangre,
Mañana será otro día...
Mañana... Mañana... Mañana...

Ve alegrándote, Juan Cuenca.
Ya no te quitan la casa.
La casa es tuya, muy tuya;
nadie te arrebatará

hasta que tu niño, el menor,
disponga de 21 años,
y eso... si te mueres vos.
No puedes hipotecarla;
no te pueden embargar;
la casa es la herencia, cholo,
que la dejas a tus hijos.
No importa que hayan pagado
otros las cuotas por vos.

-"Más... de dónde, Santo Dios,
he de dar yo tanta plata
al tal Zeta que ha pagado!
Señor Matita, de dónde,
de dónde he de dar pes yo?"

-"Oye, Juan Cuenca, verás...
140 sucres
ganabas en Portovelo.
Como hoy estás sin empleo,
pide reintegro de aportes;
te vendrán... espera, Juan,
a 7 sucres mensuales,
en 13 meses de empleado,
91 sucres tienes.
Paga con eso al doctor
por las cuotas abonadas
en desinterés laudable
"de católico buen corazón,
que al cielo se ha de ir derecho..."

-"Así será pues, señor..."

-"Es así, mi señor Cuenca!
No te despeches ahora,
mira de frente a la vida,
no seas buey enyugado..."

-"No me mente al buey, señor!
Eso sí que no le aguanto...
Así, sucio y flacuchento,
puedo hundirle las costillas!"

-"No te me enchives, Juan Cuenca...
Yo no te quise ofender.
Y ya que has tocado en "eso"...
acaso no sea cierto
la conducta de la Rosa;
en el rato de la rabia
se dice pues cualquier cosa...
Vos injuriaste primero,
haciéndola malos juicios:
"bulto en la huerta"... "los ajos".
claro pues que tu mujer,
a la fuerza, reaccionó;
ofendiendo, como ofendiste,
no podía estar callada...
Vos escupiste al cielo
a que te caiga en la cara...
por eso mandó zumbando!
Acaso no sabes, Juan,
que a la mujer que es virtuosa
sólo en pensar se la mancha?
Y vos no sólo, pensas,
sino hasta dijiste... bah!"

-"Cierto que me antelé
a inventar la mar de cosas,
que a nadie consta ni saben!
Qué dice, señor Matita,
debo irme donde la Chocha
a decirle que perdone...
que de los dos es la casa?"

-"Yo no me meto, Juan Cuenca,
en camisa de once varas.
Pero si te digo, Juan,
que el orden de los pronombres
es: yo, después tú, y luego ella..."

-"Qué también querrá decir!
Yo le he pedido consejo,
si no quiere dar... a mano!
Déjeme hacer mi real gana,
yo no soy tan babastibias!"

(Y hago un paréntesis leve,
porque en el cielo morlaco
pasa un avión aserrando
los dibujos de las nubes...)

Palabras vueltas llovizna,
con lágrimas que estatizan
el rostro de la mujer.
Mejillas de llamarada,
que imprimen calor de hogar
a la sangre varonil.
Barcas violentas de nubes

bogan el cielo sereno
de los ojos de los guaguas.

-"Vos mismo empezaste, Juan.
a hacer cargos, sin motivo...
sin más que la gana tuya
de acabarme y maltratarme
más peor que a calzones de indio!"

-"La ausencia tuvo la culpa
de todo lo que hice, Chocha...
Yo vine muerto de sed,
y el traste estaba hociquiado""...

-"Todo es mentira, Juanchito...
Cierto que estaba bebiendo
con el burro del doctor.
Pero, te juro, lindito,
que vos sólo me has tocado!
No se hizo la miel, Juanchito,
para el hocico del puerco!"

-"Vay... dá diciendo, Chochita,
al guagua que ya no teja,
matándose, ese sombrero.
Reparte este sucre, Chocha,
para pan, entre los guaguas.
Ya me vinó los aportes
de la Caja del Seguro.
Cuánto debo pes pasarle
al Zeta, por lo que ha dado
para pagar de la casa?"

-"Vieras, Juan... la peste de
hombre!
mil sucres quiso pagar
para tragarse la casa!
pero como yo quedé
de apoderada de vos,
me opuse con cuerpo y alma,
aceptando, nada más,
que los tres sucres mensuales.
Un mes pagó 20 sucres;
a la fuerza hizó que dé;
los demás, a tres, a tres.
Diez meses hemos pagado."

-"50 sucres serán
los que debo devolverle .
Aquí tengo ya la plata;
a la cara he de tirar,
para que vea quién soy!"

-"Malhaya dicho cristiano...
Malhaya basura de hombre!...
Me hizo perder los arriendos,
diciendo que es de él la casa,
que le iba a hacer de dos pisos...
Pero yo bien me supuse
que era sólo a que consienta
sus porquerías y mañas.
Viéndome aquí, botadita,
sin varón que ponga el orden,
pretendió pues abusar...
pero se dió con el cura
de la parroquia el amente!
Sin más ni más... le chasé!"

-"Bien dicho! bien dicho, Chocha!
Nuestros ojos ven el lodo,
más por eso, no se manchan!
La mujer que es honradez,
en pleno cuartel es buena;
la mujer que nació mala,
aunque enclaustrada es dañada!"

Arcoiris en las pupilas.
La sangre va germinando
palma y olivo en las venas.

Huele a fiesta la sartén.
El mote se abre de pechos,
para dar su corazón
vertical y blanquecino.
Aroman fiesta los hijos,
la estrella, el cedrón y el gallo.
En pubertad de suspiro...
Huele a luna, a miel y azahar
la cama, en noche de bodas.
La tierra es un corazón
que, boca arriba, respira
respiro recién nacido.

— 29 —

Ya mejorada la crisis
que acechara a los toquillas,
Juan Cuenca amarró sus nervios

nuevamente entre las pajas.
Salido del betún sucio
del intestino minero,
volvió pues a la blancura
del sombrero y del azufre,
constatando que la suerte
no tiene color feliz
para la vida del cholo...
y eso que todo el mundo
le sonrió al regresar;
viajero de lueñes tierras
irradia envidia y respeto.

-"Hecho una cera ha venido,
transparente... transparente..."

-"Ya no está dado de grande...
El sufrimiento al cristiano
le hace ser al natural".

Una duda intermitente
le clavaba entre las sienes
la imagen de su mujer...
"Si será... Si no será..."
en azar de perdición
le aguadijaba la mente,
sin atinar la verdad.

Y en la tienda está la Chocha...

Qué tiene este guagua encanto
que no juega con su madre?
Su sonrisa albaricoque
ya no alumbra las mejillas
de la Rosa costurera,
de la Chocha tejedora,
de su sangre y de sus huesos,
para darle cielo lleno
en el plato de comida.
Qué le pasa al pedacito
de pechuga y corazón?

Niño lindo, muna-muna,
cari-rosa caramelo,
gozaba haciendo automóvil
con las tapas del betún:
"Bruuú... bruuuú... bruuuuuú"
empujando aquellas cajas
por el suelo, como ruedas.

A su chivita de caucho,
"maaá... maaaá..." le decí
embistiéndole a su mama
con su juguete preciado.
El enseñaba la luna;
sabía de los lugares
donde quedan las mejillas,
dónde los ojos están
y la boca con sus dientes,
con su lengua diminuta:
hojita rosa y pequeña
de frescura y añañay.
Guagua bello, niño hermoso...
de codiciar miso erá!

Mas... helay! aquí la Chocha
agusanó su sonrisa.
Como papas las pupilas
de la madre acongojada,
sin acertar el remedio
sanador de su criatura.
Loca, da vueltas la casa,
ovillándose las sombras
torno a sus sienes, o su alma
que siente remezonarse
como los mazos que caen
aparejando el toquilla...
Se le van los pensamientos
en pesados lagrimones,
sin correr donde el marido
para confiarle la pena,
porque sabe que si el Juan
deja el trabajo le quitan
la plata de su jornal,
y, entonces, vienen las hambres...

-"Aquí se cayó una vez...
En este baúl colgaba
sus piernitas, a los aires,
haciendo, el también sus pruebas
como el payaso del circo...
Movía su mano gorda,
como diicendo: "nuhay... nuhay!"
Para despertarme, el lindo,
me jalaba la nariz,
golpiándome con sus brazos
para que vea más pronto...
La suerte se ceba mismo
en los guaguas de los pobres!"

Con la pena en todo el cuerpo,
los ojos le destilaban
lo que dentro del cerebro
le gritaba una canción
que le acompañó en la ausencia
del marido toquillero:

Rosa me puso mi madre...
que nombre tan desgraciado!
pues no hay rosa que no muera
sin corazón destrozado!...

Como al tirar una piedra
en la lámina de un lago,
la canción la iba agrandando
círculos de incertidumbre
en la oquedad de la mente.

Pájaros fusilados
aparvaban los latidos
del corazón paramado.
La mujer, estremecida,
con hielo duro en la espalda,
paseaba al niño amarcado,
Llora-llorando el pequeño,
con sus ojillos cerrados,
su cara llameando mucho,
retorciendo sus angustias,
sin poder bienexpresarse
para decir: "aquí duele..."
Era el dolor de la Chocha,
que manteca le frotara
en el sitio del ombligo.
Falta de alientos, más nimio,
el chiquitín se moría...

No sé qué corazonada
le confortó a la mujer.

-Qué pasa, vecina Rosa?"

-"Mi guaguito... muere... muere!"

-"Veamos pes lo que tiene..."

-"Ele áhi está, sin moverse,
hecho curpita, llorando...
sin jugar con el perrito
castellanito que dí!"

-"Pero, vidas! Está ojiado...
Traiga, pronto, un poco de ajos,
nua ramita de ruda,
3 maicitos... y verá,
verá como sano al guagua!"
-"Taita Dios le oiga, bonita!"
-"Traiga pronto, no dilate!...
Haberme llamado a tiempo!"

Masticando lo pedido,
la compañera escupió:
en la cara, en el ombligo,
repitiendo: "chuca!... chuca!..."
y exorcismo de su flor,
untando por entre cejas
la pasta de panacea.

Después de pocos instantes,
balanceaba alma la Chocha
sobre un abismo sin fondo,
tiniebla, silencio... vacío...
el guagua cesó sus lloros,
cielo mostró entre sus iris,
sereno de su dolencia.

-"Ni de chanza me agradezca...
Si agradece, esto no vale!
Ya ve que han ojiado al guagua?"

-"Onde será pes, cushitas?
Ah... de veras! debe ser
la mujer, india sarnosa!
del ricote de la esquina.
Allí fui con mi sombrero;
"lindo chico tienes vos"
dijo no más, la maldita!
Ahi debía pes ojiarle
al guagüito de mi vida!"

-"Ele, hechalete, vecina!
Si las ricas miso son...
Mejor no hablar, Virgencita!"
-"Satanasa! debe estarse
contenta con sus hijitos,
y no venir a querer
matar a mi tesorito...
Plata del pueblo se tragan,
chupando nuestro trabajo;
día y noche esqueletamos

para los lujos del rico!
Peor que a lodo basaurean,
y después, encima esto...
si es de beberles la sangre!
Claro... la chola es perdida,
la chola es el trapo sucio
donde vomitan las niñas;
las cholas son las rosconas
que se van con cualquierita...
Pero ellas... mejor callemos!
por atrás no más es todo!
No-no, si es de verter sangre...
Mas que fieras los ricachos,
nos indiean de por vida!"
-"Endeveras, seño Rosa...
con derecho para todo,
creen no más que es abusar,
usar y abusar del pobre,
sin castigos del Señor.
Cuando mueran... ahi verán
que sí hay Justicia de Dios!"
-"En este suelo diverten,
y nosotros padecemos...
Y que no haiga quién les plante.
por últimamente, vay!
en sus layas abusivas!"
-"Helay... bonitica, helay!...
Cuando mueran los ricachos
al ucupacha se han de ir!"

-"Morimos de hambre nosotras,
y tenemos que trincarnos,
bien adetro de la boca,
lo que nos quiere salir
a decir: "esto es el rico,
así es el grande platudo!"
Ay, guagüito, orito mío!...
canelita de Castilla!"

Reía el niño contento,
mientras el día brillaba
sobre del pecho, ya libre,
de la Chocha complacida.
Ni sus días de trajines
laboriosos, le pesaban.
Candelada de frutillas
ardía bajo sus párpados;
sus dientes eran teclados
para músicas alegres.
El perfume de los campos
colindero con El Chorro,
atoraba entre sus labios.

El hijo colmaba todo,
con su risilla de estrella,
en los brazos de Juan Cuenca.

— 30 —

La Chocha y el Juan volvieron
a alquilar algunos cuartos.
El Cuenca, de su trabajo,
sólo dos sucres ponía
para cumplir con su cuota.
Mal que le pese, el doctor
tuvo que aceptar la plata
que, orgulloso, diera el Juan.
No tuvo frases picantes,
ni indirectas deslayadas,
por más que, por todo lado,
le arrancharan de la boca
bocado que iba a gustar...

Poco a poco el chaso Cuenca
se reintegraba a la Llacta.
El alma le vino estrecha
para sorber, anchurosa,
el aire puro de Cuenca
que le daba robustez.
Nueva cara tuvo el Juan,
ya comiendo, entre los suyos,
morlaco mote vital.

Vuelto al Taller,
trabajaba de simple compositor.
Le querían sus amigos
por su manera sencilla
de conducirse con ellos;
jamás ostentaba gestos
de rodado en otras tierras;
al que pedía su ayuda
le daba, como podía,
sin mezquinar un consuelo.
El cholo pensaba entonces
que la Llacta es, sobre todo,
el único afianzamiento
duradero que no engaña;
se decía que aquí, en Cuenca,

comiendo barro aunque sea,
era plácida su vida.
Sus días iban pasando
bajo los golpes del mazo
componiendo los toquillas.
Barco de papel, el Juan
se abandonaba al remanso
de su vivir cristalino...

— 31 —

Las ojeras del obrero
se diluyeron en luz
en el tazón del ocaso.
7 chasos en la esquina;
con lamparones blancuzcos
en su overol de trabajo,
velaban a la agonía
del sábado derritiéndose
en compás de mansedumbre.
-"Vay hagamos una vaca
para ir a tomar traguito.
Trabajamos la semana...
justo es que nos divertamos!"

En la azul y perfumada
humareda de los draques,
le instaron al Juan que cuente
sus andanzas en las minas.
Refirióles pues el cholo,
al detalle, vida y hechos,
con sus pelos y señales
sus días del Campamento.
Mientras narraba la Huelga
notaba que los obreros
se emocionaban a fondo,
comparando su miseria,
de rebaño sombrerero,
con el vivir afiebrado
del minero, ya despierto.
Con voces latidas fraguas
comentaban lo contado;
en crescendo, concretando
sus pulsos compositores
a su necesidad vital.
Cada cual hizo sus cargos,
enunciando sus palabras
los hervores de sus sangres.
-"Debemos decir ahora
que nos den mejor salario.
Nos matamos trabajando
para el gran exportador;
sus ganancias no gozamos,
pero él tiene buenos lujos
que no llegan a nosotros".

-"Mis hijitos con viruelas,
ni saben lo que es el médico!
Ni un remedio, ni una ayuda
para nosotros obreros
destinados a penar".

-"Dicen... que somos viciosos,
que en trago gastamos plata..."

-"Platudos avarientados!
Si bebemos es por rabia,
por augar en la cabeza
lo que nos roban, no más!
Al aire bebemos todos,
no ocultándonos en casas;
andamos calles y plazas
remoliendo nuestra pena;
y nos ve la gente, y... claro!
que somos borrachos dicen!"

-"Pero no ven los adentros
de las casas ricachonas..."

-"Ahi si que abundan los vicios,
ruindades y desparpajo...
pero no sale a la calle
la "educación" de los grandes...
El cholo es el chumo, pues!"

-"Sí, sí... bueno, puede ser...
sólo este vicio tenemos;
Mientras que ellos...
Dios me guarde! Los de arriba
son mismo profesionales
en todas las inmundicias!"

-"Letrinero son sus almas,
solamente que el dinero
todo lo tapan con oro..."

-"Hombres somos, tal como ellos,
pero no piensan en eso.

Como dijo ya el Juanchito,
somos las bestias de carga
del grande capitalista,
que goza de plata agena
sudada por los obreros".

-"Si, plata agena... bien dicho!
Medio a medio no reunieron
su riqueza los señores.
Aura heredando... que chiste!
cualquiera se vuelve rico!..."

-"Y si se suma a todo eso
la explotación que nos hacen...
condenación a los ricos!"

-"Otra cosa es trabajar
dándose cuenta perfecta
de lo que son los obreros,
de lo que ellos necesitan,
pagar bien las composturas,
y a la pobre tejedora
comprarle bien los sombreros,
y no pagando en un sucre
lo que vale más de tres!"

-"Pol suelo están los sombreros..."

-"Eso dicen ellos pues!
Ponen el precio que quieren,
pasándose, todos, la voz
a que ninguno pague más
para tragarse más plata.
Muchas veces el toquilla,
a la enferma tejedora
lo compran solo en plantilla,
solo en copa o en enjire,
y luego, ya de acabado,
le pagan casi debalde...
diciendo que ha rebajado
el valor en el mercado!"

-"Ponen el precio más bajo
a que rinda utilidades
que ni soñamos nosotros!
Al protestar los que tejen,
devuelvan el monis dicen;
y de dónde devolver pes?
acaso nuestras familias
amontonan, de por vicio,
los nicles que han conseguido?"

-"Nos explotan... nos explotan,
sin vergüenza y, más, sin pena!"

-"Y eso que vos no te acuerdas
de los gringos que llegaron
pordioseros y traposos,
y luego echaron sus prosas
hasta todo Cuenca mismo!"

-"Por Dios, que yo les he visto
fumar pucho de tabacos
que tiraban nuestros levas.
Y después... de presidentes
del Club Azuay, y del Tennis,
accionistas de los Bancos,
mandando toda la plata
afuera a la Extranjería...
Ya cuando ricos se largan
escupiendo mismo en Cuenca,
haciendo fieros de todo!"

-"Sólo nosotros, de burros,
estamos muriendo de hambre,
podridos, como basura,
por nacer con sangre chola..."

-"A los gringos favorecen.
Todos se mueren por ellos.
Jamás sentirán el hambre
porque siempre hay algunita
dispuesta a conmiserarse...
Quién tuviera pelo suco!"

-"Dichosos, dichosos gringos,
bien finas reses se almuerzan!"

-"Hasta las alzas del dollar
favorecen a los grandes;
en sucres comercian ellos,
y en dollar se hacen pagar!"

-"Los cañamazos decantan
que ellos solos se han matado
para tener capitales..."

-"Nosotros nos consumimos

para todos sus desmanes.
La tisis quiere atraparnos;
siempre débiles y enfermos,
mal comidos, maltratados,
nuestros guaguas ni se rien...
Llorando, tarde y mañana,
nos angustian de continuo;
ni siquiera rectos crecen
doblados por el tejido!..."

-"Por eso es que los cuencanos
van en busca de otras tierras
que les deparen sustento.
los cuencanos dizqué tienen
la manía de viajar,
de rodar y de ver tierras .. ."

-"El otro día dijeron
que un señor Merchán refiere
que en el Cairo se ha encontrado
con un chasito cuencano.
Cairo... Cairo... dónde queda?
Pero a que vean, no más,
hasta dónde va el morlaco!"

-"Si es que la Llacta mezquina
alimento para el hijo,
a la fuerza ha de salir..."

-"Saldrán los que son de empresa...
Nosotros, flojos, ni cuándo!"

-"Por qué no nacer de piedra
para no sentir dolores?"

-"Es cobardía, mis ñaños,
decir esto que he oído!
El hombre debe portarse
macho! macho... cada vez!
Meter el pecho y triunfar!
Hasta las balas repetan
cuando uno tiene razón!
No vieron en Portovelo?...
Estamos acoquinados,
por eso es que no pensamos
hacer respetar derechos
que nos deben los patrones!"

-"Qué pecho tuviste, Juan?
Ni qué músculo nos quedan...
el pecho sólo es cajón
para guardar a la tisis!"

-"Puedo yo no tener pecho...
pero tengo, compañeros,
un alma que no me avanza
para gritar lo que siento!
Tenemos puños, carajo!
y que bien valen la pena
de tirar a que machaquen...
más bien no quiero decir!
Por qué no unirnos nosotros
en una unión fraternal?
Acaso ya no les dije
que la unión hace la fuerza?
No vieron en Portovelo
que impusimos a los gringos?"

-"Eso será pes allá...
aquí ca es Cuenca, Juanchito!"

-"Nos comemos pues nosotros...
Cada obrero es enemigo
del vecino... Si, señor!"

-"Es que... cada uno pretende
mejorar su situación,
haciendo la competencia
al trabajo del vecino...
cuando dejan los talleres!...
Cada obrero piensa en él,
ser él sólo en la carrera
sin dar la mano al amigo!"

-"Por brutos! Por brutos mismo...
"Mejorar su situación"
dando miseria a los otros!
Lo que falta, compañeros,
-Juan Cuenca evocaba, ardiente,
el dulzor de la palabra
que retumbó los cimientos
de la Patria, allá en las minas;
y que hoy la quería madre
para el obrero de Cuenca!-
lo que falta, compañeros,
es lo que llaman conciencia,
conciencia de nuestra clase,
conciencia de clase, ñaños!...

"LA CHOLA Y EL GUAGUA"

No sabemos quiénes somos,
qué queremos, qué valemos,
no sabemos tan siquiera
si somos hombres o burros!..."

-"Que bien habla nuestro Juan!
por algo estuvo en la mina..."

-"Ahí aprendí, mis amigos,
a pensar por mi cabeza,
a hacerme hombre, hombre
derecho
aunque sea no comiendo,
mas muriendo que viviendo!
Pero me hice hombre, carajo!
Por eso les digo ahora
que el cañamazo nos roba!
Creemos que favorecen
pagando nuestro trabajo
como tiene a harta gana!"

-"Aceptamos esa plata
para no morirnos de hambre..."
-"Pero no por ser legal,
ni cambie nuestra pobreza!"

-"Milagro... milagro fuera
que un obrero tenga ahorritos!"

-"Por falta de esa conciencia
peleamos por el trabajo,
desprestigiando al vecino...
Si nos uniéramos... jay!
Si fuéramos más hermanos,
fijando nosotros mismos
el precio que debe dar
por componer el sombrero,
por tejido, el material,
accidentes de trabajo,
y dar un poco de pan
a los ya inutilizados
por este negocio sucio...
éso fuera pues de hombres!"
-"Mi taita áhi está tirado,
paralítico en las piernas,
de tánto que se sentaba
para tejer el sombrero.
Y quién le dice pes aura:
"oye perro, oye fulano,
cómo te vas pes sintiendo?"
"-Si fuéramos más hermanos...
entonces qué bien nos fuera!
Estudiáramos bastante,
nos aseáramos, leyéramos,
y una alegría evidente
hubiera en la tienda siempre!..."

-"El hombre, con ser el hombre,
vive más peor que animal!
pero es que el hombre, de veras!
hace esclavos a otros hombres...
mientras que el asco animal
se basta él mismo, solito,
en cualquier necesidad,
sin esclavizar a nadie!"

-"Si fuéramos más hermanos...
talvez pudiera vivir
cada cual en tienda propia!"

-"Eso hay que hacer pues, hermanos!
que nos den en proporción
del trabajo que les damos,
que respeten nuestra sangre
que es el cimiento seguro
donde está la sociedad!"

Draque en la sangre... el cerebro
inflama ala incontrolada,
en un tuétano de grito
que hacen se lleguen donde ellos
todo chaso que farrea...
La voz del Juan es antorcha
en cuya punta hay un puño!

-"Más parece que recitas
de memoria lo que te hablas,
que deliras... pobre Cuenca!"
-"Parece que esos masones
de socialistas te hablaron..."

-"No, compañeros. No es eso.
Puede parecer así...
pero no saben ustedes
que lo que uno siente sale
ni aprendido de memoria?
Aquí... en el corazón! me late

la verdad que estoy diciendo.
No soy de los socialistas.
Pero creo que debemos
luchar para hacer obreros,
hombres capaces, de bien,
y esto de bien es que tengan
comodidad, sustento, paz,
instrucción y gran deseo
de destruir lo pasado,
esas taras ahogadoras,
para que el mañana sea
como un Sol de limpio y claro!"

-"Eso queremos, Juan Cuenca..."

-"Que no estén los capitales
solamente entre los dedos
del capitalista ocioso,
del chullquero sin conciencia;
antes sí que beneficie
a todo hombre, a toda industria,
que gire para la masa;
que nuestros hijos se eduquen
dentro la Universidad,
en normales y colegios,
que ahora, sólo de lejos,
contemplamos boquiabiertos,
llenos de odio y de rencor."

-"Como un libro habla el Juan
Cuenca..."

-"No han oído que se dice
que la letra con sangre entra?
El Cuenca tuvo su vida
de botado en Portovelo;
por eso sabe, y él siente...
ni que libro, nuestra Ley!"
Detiénese un rato el Juan.
Círculo de fuego trasmite
en llama su pensamiento,
que quema las manos blancas
de albayalde del obrero.
Las manos pierden color,
el color de esclavitud,
para encenderse de sangre
que corre en brote impetuoso
dentro puños remordidos.
Volcanes están jadeando
dentro los puños mayores.

-"Lo que yo he sufrido, hermanos,
me sirve aura de experiencia;
me he dado cuenta de todo,
a fuerza de chicotazos!
Somos hombres! Hombres libres!
que nos den trato de hombres,
no como hoy... que somos siervos".

-"Somos hombres, si, señor!
Queremos trato de hombres!"

-"Tengamos conciencia, ñaños!
No seamos guardaespaldas,
fletados para pagarle
al que dice la verdad!
la verdad de nuestra vida,
de nuestra pena y trabajo!
Debajo el tacón del rico,
ni respirar duro podemos...
los grandes son poderosos
por la plata que hemos dado,
por el sudor de la frente,
chola y sucia, que desprecian!..."

-"Nos explotan... enteritos,
en el alma y en el cuerpo!"

-"Los cañamazos alegan
que mantienen al obrero;
que sin ellos... moriría!
que adelantos dan a Cuenca;
que la "aristocracia" pide
emprestados sus ayoras..."

-"Mantienen"... sólo de llanto!
Con hambre, pena y dolores,
en que huecos nuestros hijos
nacen, crecen y se mueren!...
Hay diversión para el cholo?
Tenemos siquiera orgullo
de llamarnos cholos, CHOLOS
puros,
sin que nos suene a insulto?"
-"Vestimos siquiera bien?
Muchas veces no tenemos
ni camisa de remuda...
Comemos como es debido?

Pero eso sí, en elecciones
nos adulan y dan trago
porque nesitan del voto!..."

-"Aguantones de por vida...
caballos, bestias de carga...
éso! eso es lo que somos!
para lo que ordene el grande..."

-"Si morimos, qué más da?
habremos ya descansado!
Nos entierran de favor,
y nuestros hijos se quedan
si no en la calle... en el vicio!"

-"Nos mantienen... babosotes!
Adelantos dan a Cuenca...
En mi ñaupa tiempo vide
que los señores Ordóñez
trajeron loza y cubiertos:
enseñando a que comamos
con cuchillo y tenedor;
camas dieron a hospitales
y socorrían al pobre
sin ostentar esa ayuda;
a sus arrieros sentaban
en la misma mesa de ellos,
a indios de sus haciendas
les daban trato de gente;
ellos sí dieron progreso
a nuestra tierra de Cuenca!
Carretera, maestros, libros,
papelerías e imprentas,
máquinas para el campo,
la primera luz eléctrica
vimos por la plata de ellos!
Pagaban buenos jornales
a todos cuantos servíanles,
hasta médicos les daban
a sus peones y familias,
y no contentos con esto
hasta enviaban a París
a hijos de sus mayordomos
para que se hagan doctores,
y todo esto a la callada,
sin esperar gratitudes..."

-"Yo también oí contar
que Don García Moreno
nada hacía sin Don Carlos;
que en los puestos principales,
pese a la chilla de inquinas,
por siempre le sostenia
apreciando sus bondades".

-"Y no hay que olvidar, hermanos
a la Dama Hortensia Mata:
pues ella fue la que diera
la luz y la dignidad
a Cuenca y a Casa Ordóñez".

-"El que es bueno, pues se impone
por la fuerza de sus dones!"

-"Y ahorita que yo recuerdo...
a Taita Carlos **"los grandes"**
en un motín fusiláronle,
y sólo por él querer
dar Camino a Naranjal
poniéndonos en 5 horas
en Puerto de Guayaquil.
De milagro Taita Carlos
escapó de ser vadáver..."

-"A los Ordóñez debemos
dar siempre agradecimiento".
Para educar a los niños
desde Francia les trajeron
a Padres Redentoristas,
a los Hermanos Cristianos
y a las Madres Corazones:
y todo eso con su plata
sin ayudas de gobiernos
que poco después llevábanse
la gloria y fama de ese hecho."

-"Los Ordóñez ayudaron
a que en España editasen
los libros de los cuencanos
que aquí era imposible hacerlo.
Al mismo González Suárez,
Capellán de casa Ordóñez,
le mandaron a Sinancas,
a Roma y por toda Europa
a que estudie documentos
para Historia de Ecuador."

-"Y hay que ver las grandes fiestas
que en casa de nuestro parque,
la primera de ladrillo,
les daban a personajes
del País y el Extranjero,
que abrían todos la boca
por el boato, elegancia
y la innata aristocracia
que los Ordóñez brindaban
sin ostentar de grandezas,
pues el que nace... **es que nace**
y nunca **se hace,** hermanitos."

Y estos cholos sombrereros
seguían sus conversadas
al compás de trago y tragos
por los cuales les salía
La Verdad en Sol que esplende.
Y continuaban así...
Corazón en Llamarada:

-"Caballerazos, noblotes,
engrandecieron la tierra;
el dinero que ganaban
devolvieron a los cholos:
en caridades sin fin.
Adelanto dieron ellos
al grande, mediano y chico
de esta tierra que debiera
honrarles y honrarles siempre!"
-"Pero que... otros se llevan
la gloria que es propia de ellos,
y en estatuas encaraman
a manavali personas."

-"Y aura mismo aquí les tienen
a los ricos cañamazos
que con su plata hacen todo..."
-"Para el señor cañamazo
adelantos es comprarse
lindas y caras casas
en los barrios de los centros.
Edifican buenas casas,
que gritan su poderío,
mientras que aquí... en El Chorro,
los propios piojos comemos!"
-"Qué nos importan las casas,
si no se comen, carajo!
si no son nuestras, señor!"

-"Has dicho bien, Julio Pulla!
"Adelanto" llaman ellos
exhibir la sangre humana,
la sangre nuestra, de cholos,
hecha paredes... hecha autos...
y hecha billetes que pagan
sus lujos, que hacen arder
hasta la sangre más tibia!"

-"Eso mismo digo yo!
Dicen que el blanco que tiene
escudos dizqué de "nobles",
les pide plata prestada...
a la fuerza! entre ellos hay
ayudas y comprensiones;
no ven que si el cañamazo
explota a los sombrereros,
los de la "alta aristocracia"
pisotean al mitayo,
piden diezmos, quitan hijos,
y no les pagan ni nada,
porque son los animales
del señor de horca y cuchillo?"

-"Compañeros... seamos hombres!
Hombres unidos, en todo!
Exijamos, y a vencer!
Hagamos un Sindicato
de los cholos toquilleros!"
-"Hagamos un Sindicato!
Que vivan los sombrereros!"

-"Venceremos! Venceremos!"

De los quicios y rincones
de la taberna retumban
haces de luz encendida
en roncha de flama roja;
esparciéndose, desbordan
sobre los techos de Cuenca
amparadores del "niño".
La palabra "venceremos"
era cuerda que jalaba,
izando contra horizontes,
la razón del toquillero.
La noche remezonaba

con los nervios despertados
del obrero conmovido.

El nombre del cholo Cuenca
navegaba empavesado,
con suspiro y pulsación.
en la sangre de las cholas,
en el iris decidido
de las pupilas obreras.

El hombre lanzó la idea,
la simiente de futuro,
a que recojan las hembras
la esencia de la victoria.
La vida daba quejidos
de alumbramiento cabal.
La Tierra palpó su vientre,
preparando el porvenir
ya enclavado por estrellas
en el papel de la noche.

— 32 —

Formaron el Sindicato.
Consiguieron mejorar
el salario del obrero;
que el patrono proporcione,
en parte, los materiales
al cholo compositor;
que dieran tanto por ciento
de las remesas que exporten
que en caso de enfermedad,
contraída en el oficio,
atiendan la curación,
con todo el jornal pagado.

Cómo el pecho del obrero
reventó pira de júbilo!
Las tinieblas de las tiendas
enhebraron Sol obrero,
que pintaba luminarias
en los dientes de los guaguas.
Ríos de azul en el cielo
remansado a las miradas.
Saliva, en aguas bullentes,
formaban a las palabras
anegadas de esperanza.
Germen de amor riente
formábase dentro el vientre
de la mujer-compañera.
La vida, cimbrando tensa,
sonaba material limpio
en rebato de alegría.
El hombre, mujer y el niño,
sostenían torre firme,
con mástil de madrugada,
donde flotaba bandera
la blanca risa sin mancha.

Sin embargo... la negrura
tiró cenizas al Sol.

Vino hasta Cuenca un tal cura
formando "cooperativas"...
Con buena intención sería...
con mala intención sería...
no más que por ostentar
su influencia ante el Gobierno...
que también sería pues!
Lo cierto es que dividiera
en dos bandos al obrero:
un bando que él encubría
en su red cooperativa;
y otro bando del obrero
que estaba por mantener
el triunfo del Sindicato.
Como Enríquez diera plata
-diez mil ayoras de a uno!-
surgió la desaveniencia,
se alzaron los pescadores
de pesca a río revuelto,
quedando en nada la luz
que el trabajador del toquilla
quisiera para ssu días.
Nubes de ploma tormenta,
electricidad contraria;
hubo truenos y mil rayos
carbonizando conquistas
ahí en la médula esclava.

Previniéronse los amos...
actuaron, no más, como amos...
Los buitres, desde la altura,
no hacen caso de la hormiga...

Vuelta a la insípida vida.
Vuelta, tras vuelta... volteando
en vueltas de asno de noria...

la vista vendada, en giros
de maldición circular,
trabajando condenados
a dar el bien a patrones.
Vuelta y vuelta... tras vuelta,
el obrero con su sangre
engorda siempre al señor...

— 33 —

Biografía de Juan Cuenca...
trasluz de un dolor obrero!
Nacimiento, Niñez, Vida,
pura pena resabrida.
Sangre que emerge, fogosa,
a azotar con ella el cielo;
pero que queda, suspensa,
a ras de los palacetes
donde empolla el cañamazo.

Sangre que fecunda tierra,
para que crezca sobre ella
Carloduvica Palmata,
la palma que hace el toquilla,
que dedicada les fuera
a los reyes españoles
Carlos IV y María Luisa,
los amos de la Colonia,
cuyos esclavos hallaron
aquella fibra asesina
que era ya beneficiada
por la sangre americana.

Carloduvica Palmata,
que viene del Amazonas,
y también desde la zona
húmeda y montañosa
del litoral Ecuador.
Palma que se abre insidiosa,
para luego comprimirse
en fibra de sufrimiento.
Palma que teje la chola,
tejiendo tisis y el hambre;
entrelazando su anemia
a su ruina corporal;
achicándose su tórax;
teje que teje, torciendo
su columna vertebral,
siempre inclinada a la obra,
que sepulta contra el pecho
a morder su corazón,
desacompasado y flojo
por presión de arteria débil

Carloduvica Palmata,
que engañando con señuelos
de mantención y dinero,
solamente da al obrero
ruina física y moral.
Le arruina dentro del cuerpo,
destiñe pulsos y carne,
emblanquece la esclerótica,
les quita presencia humana
hasta hacer se vuelvan trapo,
abúlicos, desganados,
siempre moviendo su yugo,
sin atinar el romperlo...

Carloduvica Palmata,
verduga que se disfraza
con blanca veste de paz;
que a la chola le presiona
concrete su vida en la obra,
con su espíritu y con huesos,
para luego abandonarla,
desecho humano, sin forma...

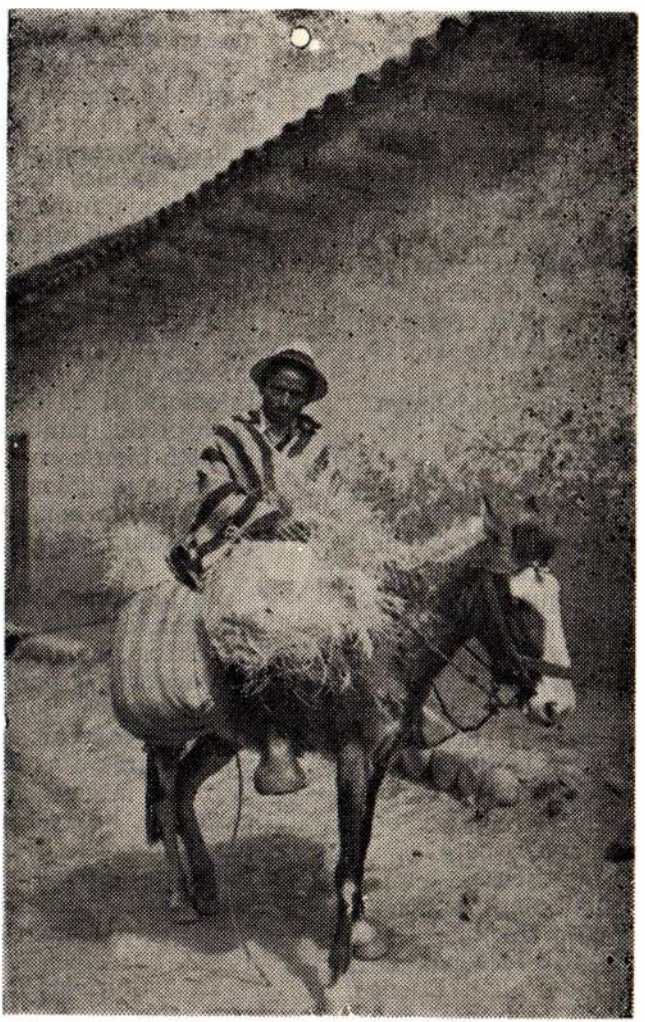
Carloduvica Palmata,
asesina entronizada
en la testa de la Virgen
Morenica del Rosario,
que luce sombrero fino
tejido con mano chola
que muere viviendo vida.

Carloduvica Palmata,
qué bien te la dedicaran
a reyezuelos hispanos...

Y qué te haces vos, Juan Cuenca?
Anda trabaja el sombrero,
para eso naciste cholo...
al decir de los señores!

Aquí vienen los toquillas:
espumando paja crema
-que es médula de la chola-
desbordando en las alforjas,

inmensas, a los dos lados
del caballejo, de a jeme,
que monta el comisionista,
el "perro", así definido
por mejores tejedoras,
Ya el patrón contó docenas,
pagándole, por cada uno,
buena plata al dicho "perro",
que se llena de billetes
que dan sólo la desgracia
al hogar de tejedoras.



EL "PERRO"

La mayoría de veces,
el comisionista engorda;
sus ínfulas y sus rijos,
su inhumano malmodear
a la clase tejedora,
casi hacen de él el patrón,
verdadero amo de todo;
solapado, actúa y roe
honras, cuerpos, moral... alma,
dejando que el grande cargue
con la culpa del pecado...
Comisionista morlaco:
debía haberte marcado
en el curso de mi libro;
mas, si yo les recargaba
el colorido a mis versos,
señores "independientes"
acaso hubieran creído
que yo, adrede, gozaba
en la carne de las víctimas
inventando truculencias...
Ahora mismo pueden creer
que mi libro es desahogo
de personal enemigo...
Pero, todo hombre que tenga
el corazón en su sitio,
puede aquí testificar
que no exagero ni gota!

Ven al trabajo, Juan Cuenca;
no te rasques la barriga,
que el hombre que gasta manos
en coger piojos... se muere!

Ven azocar el sombrero
anda apretando una a una,
las pajas de todo el ruedo;
envuelve al dedo la fibra
y jala, muy delicado,
de manera que el remate
quede a conciencia, parejo.
Ahora toma las tijeras
y ponte a rapar plantilla,
cortando la paja chica
que queda dentro la copa;
has con cuidado, Juan Cuenca,
que si lastimas la trama
del sombrero... a tí te cobran!

Ya puedes ir a lavar
la docena que azocaste;
con jabón y brocha fina,
friégale bien al toquilla
destinado al Extranjero;
lávale, y lávale, bien.
a que le puedan marcar
de "Made in Panamá City".

Mete al cajón los toquillas.
Quema el azufre al carbón,
que su humo y su vaho denso,
que se adentra a tus pulmones
y que le ciega a tu vista,
les van a dejar correctos
a los sombreros del amo.
Ahora, sácalos de ahí:
de esa caja fumarola,
y bota al Sol, a que seque;
deja que el Sol haga su obra,
que si no sale perfecta,
no importa, compositor!
ahí están tu mano y sangre
que corrigen, supervisan,
la ociosidad de don Sol.
Pero el Sol también te ayuda;
ya está bien seco el toquilla.
Ahora a engomarlo, Juan,
a que tenga consistencia
la blandura de la paja.

Ya plánchalo, Juan obrero.
Plancha, con plancha bien fuerte,
de arriba abajo, los lados,
por adentro y por afuera;
que cuando el Sol nuevamente,
se ponga a secar sombreros
vos cortarás esas pajas,
grandes, largas, del remate,
para que, liso y compacto,
presente borde de plato...
borde de plato, Juan Cuenca!
de plato sobre del cual
está tu vida amarilla...

Ya arrancadas las pajuelas
que sobraron del remate,
despelúzale al sombrero,

Con trapo blanco fricciona,
a suaves golpes precisos,
limpiando toda la forma
del aliento de la chola,
que pudo haberse impregnado
en la labor criminal.
Restrega y frota, Juan Cuenca,
quitando todo el espíritu,
la personalidad total
de quién tejiera la paja...
paja asentada en la falda
sobre tabla de tejer,
que es guillotina esperando
la caída de los cuellos
estirados al tejido,
donde aletean las manos,
contraídas al suplicio,
dirigidas por los ojos...
Restrega y frota, Juan Cuenca!
No ves que el toquilla emigra
a tierras de gringo rubio?
cómo ha de ir, pues, cholo Juan,
oliendo a Cuenca el sombrero!...

Ya no hay ni sombra ni señas
de quién tejiera el toquilla!
Por las dudas,
la brocha con la lechada
-kola líquida y molida
con azufre- borra todo;
y si es poco todavía,
en la horma de los pisones
denle y denle, con los mazos,
golpeando rápidamente,
en blancura giratoria,
que al quedar paja uniforme
se pierde la esencia misma
de quién tejiera el sombrero.

Ahora sí sólo le falta
ponerle polvo de azufre
en la cara del toquilla,
a que viaje, sacha gringo,
ocultando su color
de nacido de mestizos.
Ciñe a tu ombligo el reborde
de la mesa, larga y ancha,
donde aplastas a tus días.

Tus brazos están blanqueados,
tu ropa, tu pelo, igual,
blanqueados de blanco-crema...
Cómo no iba a emblanquecer
el exterior de tu facha?
si hasta tu entraña más honda,
allá donde nadie ve,
también ha de estar blanqueando...
El polvo de azufre invade
por tu nariz, por tus ojos,
lo más íntimo del cuerpo.
No obstante... trabaja, Juan!
continua tu empolvar,
Siempre las motas de polvo
dejan pues desprendimientos
de filamentos delgados;
por eso, cholo Juan Cuenca,
despelúzalo otra vez,
quitando algunos hilillos
que el cáñamo de empolvar
osó dejar en la cara
del toquilla disfrazado
de gringo tierno... morlaco...

Ahora sí que los sombreros
ya no conocen al padre;
que a su madre, ha mucho tiempo,
el mismo chaso mató
con golpes, azufre, Sol,
lechada, cáñamo y fuego...

— 35 —

Carloduvica Palmata...
Biografía de Juan Cuenca,
biografía colectiva
en nombre de un solo cholo...

Paja toquilla asesina,
símbolo engañador
que en vez de paz, él destruye...
que en vez de vida, da muerte...
No obstante, se lo bendicen,
con oros, incienso y mirra,
la casta de los señores...

Cielo sonando de azul,
el cielo de Morlaquía.

Tierra, cambiando color,
la tierra del chaso Cuenca.
El viento germina huracán,
sobre la tierra y el cielo
que pisa y mira Juan Cuenca.

No mires al cielo, Juan Cuenca,
que jamás lo alcanzarás...
Mira a la Tierra, Juan Cuenca!
Oye a la tierra, Juan Cuenca!
Siente a la tierra, Juan Cuenca...

Tus ñaños, también son tierra;
como tierra es tu mujer;
como tierra son tus hijos;
como tierra sois vos mismo;
como es tierra que desplaza
el viento que hace huracán...

Mira a la tierra, Juan Cuenca!

Pon a tierra el corazón;
tu mente, vista y suspiro,
ponlos aquí, sobre tierra...

Después... alza el pensamiento.
Pensamiento olido a tierra,
mira a la tierra, Juan Cuenca!
y tú la conquistarás:
para ti y tus hermanos
proletarios resurrectos!
LA TIERRA **ES NUESTRA,**
JUAN CUENCA!
Uníos, UNIOS HERMANOS:
LOS PROLETARIOS DEL
MUNDO!

Yanuncay, 9 de Agosto 1939.

J. Mogrovejo C.

P O R T O V E L O

mines of hell

"South American Development Co." es la primera y más poderosa empresa minera de cuantas existen, actualmente, en territorio nacional..."

Cómo es de vil y de canalla
esta frase embarrada con el dollar del yanki!
Sin embargo... ahí está: coleando y apestosa
en flamantes boletines y en lujosas revistas.
Hombres con el estómago en cadena a los cheques del gringo,
funcionarios que nunca han sentido la entraña de una mina
ensalzan aquel antro de podres y espoliaje
calificándolo de uno "de los mejores y modernos del mundo".
Voz asalariada que en su resuello hediondo
delata bien la hondura de la pezuña rubia
en las "altas esferas" y "puestos descollantes".

¿Queréis saber, rufianes, la verdad descuajada del asiento minero,
el latir del obrero que chupan los subsuelos?
Abrid bien las orejas! Olvidaos un instante
que sois sucios agentes de los imperialismos
y pensad, alguna vez... con honra y entereza,
que tenéis tierra, pulso, cielo, madre y agua **ecuatorianos**.

— 2 —

Las patas de los yankis se hundieron con cautela
dentro la tierra virgen de la Zaruma prieta.
Contratos... concesiones... banquetes y champañas...
para dorar la píldora al dueño despensero.

Luego de que la tierra fue rota y torturada,
cuando de aquellas greñas de tierra ya violada
chorreó el estiércol-oro... cambió la situación:

de favorecido, el gringo tornóse prepotente y señor,
mandón de los terrenos que dieron brillos áuros
a las ínfulas briosas de su dominación.

Esfumado ese bárbaro sistema feudalista del español rampante,
vino la opresión imperial del sajón:
con máquinas, con rifles y maldiciones ríspidas.
El suelo semi-libre tornóse esclavo débil
ahogado por la garra inserta a su garganta.
De allí, de Portovelo, se proyectó la sombra
para comprar conciencias, para marcar adeptos
manejando, a ocultas, políticas y fraudes...
Dentro sus garras rosas se metieron la Patria:
para exprimir el tuétano mestizo y codiciado.
Capitalistas, patrones, guiaron la Nación
al beneficio de ellos,
trocándola sirviente de la ruin Wall Street.
Y el horizonte claro de cantar aborigen
se manchó con los gritos del obrero vejado,
con la lágrima opaca de la mujer hambrienta,
y el suspiro podrido del **huahua** escrofuloso.
Iniquidad bestial fue el alma del negocio:
temblando por los ámbitos de valles y colinas
la palabra en **slang**, y trenza de la fusta.

— 3—

Mas... de aquel tropel insano del capital infecto
la ASOCIACION SINDICAL OBRERA.
El trabajador puso grano de corazón y de esperanza
iluminando la aurora metálica y mujer
con el golpe anchuroso del cerebro consciente.
Su pulso fue a las cumbres y a la hondonada tibia
traspasando el paisaje acolchado de trinos;
hundían las hembras besos al pecho del marido
encendiendo simientes a la hermandad común.

Pero... la feroz dentellada del gringo y sus esbirros
anularon el cenit de concordada clase;
empacharon con plomo las panzas de fusiles;
el oro, extraído por el sudor y sangre portobelos ,
sirvió para pagar voluntades de hermanos alquilables,
para comprar informes óptimos del "delegado arbitrador"...
Fue feudo yanki el trozo de provincia minera,
como fámula yanki fue la brutal maestra
que hundió en el río el cuerpo de una niña de obrero
aullando que montaba sobre la "SINDICAL"...

Tren de "justicia"" a la orden, y asesinato al día;
expulsión del territorio "sagrado" de la Company;
asaltos y saqueos al barrio del local de la A.S.O..
y 14 mil tiros reventados, rabiando,
por los Carabineros del Estado vendido,
contra las inquietudes
de libertad y brío de los trabajadores.

¿No veis que el gringo es amo, juez verdugo y dios?
Le compele al minero a firmar su sentencia:
jurando, por escrito, que nunca tornará
a pisar tierra donada, por la Ley... a los yankis.

Aquí yo me pregunto, malditos vendepatrias:
¿EL ORO es, en teoría, Provincia de Ecuador?
¿O es, de hecho, salvaje y burdamente de U.S.A.?
Que No, NUNCA, JAMAS! dentro, sobre y el ruedo
de nuestras tierras de ORO, latiendo está La Sangre
de un Ecuador Viril, pues él es parte Nuestra:
en cielos y en entrañas, latidos y simiente.

Me empuño El Corazón flameando mis volcanes
y así, ante todos, digo: Cuando uno está en EL ORO,
La Patria es MAS LA PATRIA:
pues toda vejación obliga y nos impulsa
para vengar afrentas con sangre y Pueblo en Armas.

Aquí la realidad, traidores de Palacio,
diputados con medio millar de sucres diarios..
Aquí la llaga bárbara, politiqueros lilas:
tapaos vuestras caras, cubríos vuestras máscaras
a que el estiércol-oro no os denuncie
vuestra bajeza mefítica y bastarda.
Vosotros... qué **"vosotros"**...
U s t e d e s son los puercos microbios de la tisis
que roe los pulmones de los obreros mozos;
por ustedes las madres crian espectros de hijos,
y la joven obrera trafica con su cuerpo;
por ustedes el voraz capitalismo yanki
hace suya la tierra de nosotros los pobres;
ustedes inficionan millaradas de pestes
haciendo de la Patria un hueso carcomido.

Pero... ¿qué importa todo?
Les dan medallas, placas y condecoraciones;
les llaman "eminentes", "beneméritos", "patriotas";
les mandan a conferencias limítrofes, de paz...
y les dan pasaporte para inmortalizarles.

¿Qué más quieren, gusanos burdeleros de patrias?
Cómo deseo, títeres, plantarles un gargajo
como pedrada recia en los labios rosados!

Mas, oigan: figurones troglodoctos de infamias,
ya mismo será tiempo que el obrero se haga hombre,
que nosotros, los eternos defraudados y humildes,
tomemos la Justicia con nuestra propia mano.
Y en los glúteos de ustedes, pancistas deslayados,
marcaremos a fuego, en venganza y victoria

un puño de Hombre Libre
y una aurora de Luz.

1 9 3 7

Chaso	hombre del pueblo cuencano
Ele	voz similar a he ahí
Guagua	niño o niña
Pes	pues
Maltoncito	algo crecido, adolescente
Carcoso	de cara muy sucia
Jíbaro	habitante del Oriente ecuatoriano
Itipi	vestido de los jíbaros
Guambringo	voz cariñosa de guambra
Chagrillo	flores despetaladas que se riegan en las calles
Purhuaés	oriundos primitivos de Riobamba
Otavalos	habitantes de Otavalo
Cañarejos	nativos de Cañar
Shyris	ciudadanos del reino de los Shyris, en Quito
Pullmas	habitantes del centro del Ecuador
Paltas	ciudadanos de Loja
Huancavilcas	habitantes de la Costa de Guayaquil
Guambra	muchacho o muchacha
Señoritas	flores del maizal
Lechada	mezcla de kola y azufre que se pone en el toquilla
Compositor	el que enluce los sombreros toquillas
Cañamazo	exportador del toquilla
Muchándole	besándole
Mitayito	diminutivo de mitayo, pagador de la mita
Cusi	activo, muy trabajador
Taitito	papacito
Mestizo	pan ordinario
Medio	cinco centavos de sucre
Enjire	pajas cruzadas que inician el toquilla
Maceteando	Dar golpes con el mazo del compositor
Ayoras	jovial denominación del sucre
Suspiro	confitura de clara de huevo
Chapa	vigilante
Pacos	Policías
Chumado	embriagado
Capacha	el cuartel de Policía
Helaqui	hele aquí
Léperos	muy pobres
Gualaceña	de Gualaceo

Chamburos	una especie de papayos muy aromáticos
Concertina	acordeón de pocas notas
Chirotes	aves de pecho muy rojo, onofelia belicosa
Monis	de money, dinero
Polcas	prenda tejida a mano que cubre el busto de las cholas cuencanas
Puchuelas	las blusas de las cholas
Huasicama	insignificancias
Huasipichana	semanero indio en la ciudad o en el campo
Curuchupas	barrer la casa, estreno con gran fiesta
Tzungaban	rabo de gusano, conservadores
Zhumir	tomaban
Oler membrillo	excelente aguardiente, whisky cuencano
Shullan	castigar muy rudamente
Chuchaqui	derramar rocío, llorar suavemente
Juruca	sedación del que ha bebido licor
Agachado	hacer trampa
I'm sorry but no job	empobrecido, venido a menos Me apena, pero no hay trabajo
Ushuru	toquilla muy grueso y tosco, mal hecho
Atacocos	tipo popular cuencano, muy divertido
darse de faite	dárselas de grande, preponderar
Chuma	borrachera
Monsro	monstruo
Masho	murciélago
Pucho	colilla de tabaco
Calé	la mitad de cinco centavos
Draques	luciérnagas
Ninacurus	aguardiente con agua hervida, azúcar y limón
Llacta	tierra natal
Calchabotas	zapatos destrozados, harapiento
Chagracama	cuidador de chagras, o sementeras de maíz
Futre	elegante
Chulla-leva	de un solo traje, dícese de los señoritingos cuencanos
Bolsiconas	chola que usa pollera-bolsicón de paño finísimo
Tumbador	conquistador irresistible
Alabate coles	que se jacta sin motivo
Chasquero boca de...	excesivamente charlatán
Turumbas	atolondrarse
Misharle	adelantarse, ganarle
Cueros	amantes, queridas
Púchica	equivale a caramba! expresa contento, asombro, etc.
Bien ladrado	de cara fina
Pinganilla	bien vestido
Ishpingo	flor del canelo
Togadas	lujosas en el vestir
Shilas	cantarillas diminutas y bien trabajadas

Ucunchis	polleras interiores de las cholas e indias
Castillas	denota la bondad de una cosa, magníficos
Mishqui	dulce, miel
Timebum	valiente
Ñeque de	valentón, perdonavidas
Huiracocha	desígnase a los españoles de la Conquista
Achalay	muy hermoso, que lindo!
Ataco	amaranto
Capishcas	música vivaz
Pucón	cobertor de hojas que envuelve el maíz
Achagnarles	atarles de pies y manos
Levas	denominación de los jóvenes cuencanos
Chispos	algo bebidos
Marchante	el querido de una mujer
Llustis	desnudos, pobretones
Quiños	puñadas
Coco	la cabeza
Guayabas	mentirillas
Tambarria	farra, diversión
Cachaco	elegantón
Pillatunas	picardías intrascendentes
ASO	Asociación Sindical Obrera de Portovelo
Suca	rubia
Mashando	tomando sabrosamente el Sol
SADC	South American Development Company
Listen	escucha
This is	este es
money	dinero
good hot wate r	excusado
Snake	buena agua caliente
Damn it! The dirty rats	culebras Maldición! las ratas sucias
Hell with 'em race of picks!	al infierno con ellos, raza de cerdos!
Saramontón	hacinamiento informe, como montón de maíces
Chicote	látigo o boyero
Pilis	piojos
Tiricie	ictericie
Biloque	,volverse loco
Ele Corpus!	sólo eso faltaba! Toma!
Dado al oreo	divertido en grande
Piti	un poco
Iño	la nigua tierna
Mapa	que no vale
A mano	no importa
Amente	sin sentido, falto de raciocinio
Chasé	detener intempestivamente
Muna-muna	hacer tener deseo o envidia

Añañay	que bonito!
Helay	he ahí, o hele ahí
Curpita	deforme, hecho ovillo
Ruda	planta rutácea de medicina familiar
Cushitas	que gusto!
Hechalete!	eso es!
Rosconas	despectivo dedicado a las domésticas
Indiean	tratar como a indios
Ucupacha	infierno
Vaca	a escote
Nicles	dineros
Reses	amantes
Chulquero	prestamista usurario
Botado	abandonado, menesteroso
Ñaupa	antiguo
Vide	ví

Sacha Gringo tiernopseudo o falso

Ilustración de la Pasta:
Diego Torres Mata
Dibujo Interior:
Jorge E. Mogrovejo C.
Exlibris:
Luis Toro Moreno

"JUAN CUENCA", obra de G. h. Mata, es una edición de la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, NUCLEO DE EL ORO, auspiciada por el Sr. Subdirector Doctor COLON TINOCO PINEDA.